



Manuel María Flores

# **Pasionarias**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel María Flores

## Pasionarias

Primera parte  
El alma en primavera

¡Sol de la juventud, en sed de amores  
tu ardiente rayo el corazón inflame!  
¡Primavera del alma, dame flores  
que al sola del arpa por doquier derrame!

Juventud

¡Salve a ti, Juventud!

Atrás mi planta

ha dejado los plácidos linderos  
de la casta niñez, y tus senderos  
a pisar se adelanta.  
Vengo a buscar ansioso, tu alegría,  
mañana de la vida placentera;  
dame la luz de tu risueño día,  
las flores de tu rica primavera,  
el rumor de las brisas melodiosas,  
los besos en perfumes de tus rosas  
y de tu sol la ráfaga esplendente,  
para en las horas del amor dichosas  
bañar con ella de esplendor mi frente.

Inquieto a ti mi corazón se lanza;  
y al son de mi arpa desacorde y rudo,  
con el himno primer de la esperanza,  
¡hermosa Juventud, yo te saludo!

¡Bello es vivir! Se desparrama el día  
en cascadas de luz sobre la tierra,  
y del regazo de la noche fría  
la misteriosa vida se levanta,  
y se estremece de placer y canta  
el himno, del amor y la alegría.

¡Hora de bendición! Despierta, el mundo  
cual de un sueño de amores, voluptuoso;  
a los besos del sol, Naturaleza  
sacude su reposo  
ebria de luz, de vida y de belleza  
como la esposa al beso del esposo.

¡Qué dicha es el vivir! Bella es la vida  
como la virgen del amor, soñada.  
Vaga en la faz de, la Creación, perdida  
la sonrisa de Dios, y su mirada  
sobre ella está encendida.  
Mas ante mí, para los ojos míos,  
esa Creación magnífica estuviera  
de la noche en los ámbitos sombríos  
si a la luz de mi fe yo no la viera.

También el corazón tiene su aurora,  
también llega el momento  
en que así cual se dora  
con la primera luz el firmamento,  
un misterioso, sol surge en el alma  
y se llena de luz el pensamiento.

Y tiene el corazón su primavera,  
su coro de aves, su fulgente día,  
su blanca estrella -la ilusión primera,  
su canto- la poesía,  
sus rosas- los amores,  
y en vaga lontananza,  
bajo el iris de mágicos colores  
el horizonte azul de la esperanza.

¿No flota en las alturas  
espíritu de amor, el Alma inmensa  
que derrama la vida en las criaturas?  
A ella la flor con su perfume incienso,  
a ella los mundos armoniosos cantan,  
a ella el éxtasis vago  
y el suspiro del hombre se levantan;  
para ella enciende su fulgor la aurora  
y su pálida lámpara el lucero,  
y a ella también el alma soñadora  
vuela del arpa en el cantar primero.

Sí: de mi corazón al fuego vivo,  
como raudal desbórdese de flores  
de mis canciones el torrente altivo

al incógnito Dios de los amores.

Hay una cifra mística, bendita,  
con el topacio, sideral escrita  
en la página azul del firmamento:  
hay una voz dulcísima, inefable,  
que acompaña la música del viento,  
y se mezcla al susurro cadencioso  
que estremece los nidos  
entre las hojas del pinar umbroso;  
que flota en las espumas  
del férvido torrente, y juguetea  
en el ritmo de amor con que gorjea  
el ave agreste de irisadas plumas.  
Misterioso cantar de los cantares  
que la Creación levanta,  
y en el arpa soberbia de los mares  
entre las nubes y las olas canta;  
voz que en el éter cristalino flota  
entre las olas de la luz perdida,  
dulce y sagrada nota  
del alma de los mundos desprendida;  
voz errante en la sombra misteriosa  
como el suspiro de la noche en calma;  
voz que seduce y habla cariñosa  
con impaciente inspiración al alma.

¡Lo que dice el «Hosanna»! de la tierra,  
lo, que la cifra sideral escribe  
y mi fogoso corazón encierra,  
es el verbo fecundo,  
es la palabra Amor, himno del mundo!

¡Amor, mágico, amor! Cuando el Eterno  
con tu sagrada nombre  
estremeció de júbilo, el vacío;  
cuando, como, relámpago de vida,  
del caos rasgaste el pabellón sombrío,  
¿no se encendió la luz?...

Así del hombre

en el gran corazón, tu poderío  
hace, la luz y la existencia inflama;  
así sediento, el mío  
no sabe lo que ama... ¡pero ama!

¡Amar! ¿Y qué es amar?

¿Esas visiones

que llegan cuando velo  
a verter en mi frente, inspiraciones.  
que voz no tienen, porque son del cielo;

esas pálidas vírgenes flotantes  
de indecible belleza,  
de ojos y labios para amar encesos,  
que dejan, al pasar, en mi cabeza  
una corona de inefables besos.  
esas son el amor...? En su regazo,  
se reclina mi sien, y ya dormido,  
oid lo que las vírgenes del sueño  
murmuran a mi oído:

Una voz

«-Yo vengo a ti. Soy un ave,  
mística alondra del cielo,  
que voy buscando en mi vuelo  
el nido de un corazón.  
Yo soy la chispa divina  
con que Dios prende la llama  
a cuyo fuego se inflama  
la vida en la Creación.

Yo ilumino la esperanza,  
divinizo la hermosura,  
dulcifica la amargura,  
doy sonrisas al dolor;  
yo tan sólo, de la dicha  
guardo la imposible palma,  
yo soy el alma del alma,  
soy la vida... Soy Amor.»

Otra voz

«-¡Toma, poeta, tu laúd ardiente,  
flamee la inspiración!  
y, corona de luz sobre tu frente,  
reverbere el incendio de tu mente  
al arrojar al mundo tu canción.

¡Brote de tu alma, cual del sol el día,  
palpitante de fuego y armonía,  
la estrofa de tu fe  
La Gloria soy... Y de la frente mía  
lauros para la tuya arrancaré!»

Otra voz

«-Yo soy la antorcha  
que el caos alumbra;

yo soy el vuelo  
que al genio encumbra  
hasta do tiene  
su trono Dios.

Bajo mis alas  
la inteligencia  
abarca el mundo...  
yo soy la Ciencia,  
el día sin noche  
de la Creación.»

#### Otra voz

«-¡Oh! ¡ven a mis brazos! Yo soy la hermosura  
mis ojos embriagan, mis labios también...  
Acerca los tuyos, mis goces apura,  
y luego en mi seno reclina tu sien.  
Deshoja en tu copa balsámicas flores:  
festín es la vida; su flor, la mujer...  
¡Qué dulce es la muerte muriendo, de amores!  
¡La vida es un beso... ¡Yo soy el Placer!».

Y heme aquí, Juventud, a ti viniendo  
con el alma de sueños encendida,  
mi corazón y mi laúd trayendo  
al festín encantado de la vida.  
Heme aquí, Juventud, a tus umbrales...

Atrás, con mi niñez, queda perdida  
la senda de mis campos paternales.

#### Ecos

Mirad la aurora,  
madre del día,  
¡cómo derrama  
luz, alegría!  
Allá en el cielo  
todo es fulgores;  
¡todo en la tierra

cantos y flores!

Sobre las hojas  
tiemblan las perlas,  
vienen las brisas  
a recogerlas.

Saltando el ave  
trina en la rama,  
brilla el aljófara  
sobre la grama.

¿Dó va el incienso,  
de los aromas?  
¿Qué dice el ritmo  
de las palomas?...

Y todo, luce,  
canta, se agita,  
vida sagrada  
doquier palpita.

Alza la tierra  
su amante coro,  
y el sol la paga  
con besos de oro.

Luego, la noche  
su negra tienda  
abre del mundo  
sobre la senda.

Y entre la sombra  
muda y tranquila  
asoma el astro  
su alba pupila.

¿Sois, por ventura,  
blancas estrellas,  
del cielo al mundo  
lágrimas bellas?

¿Joyas que bordan  
el regio velo?  
con que a la tierra  
cobija el cielo?

¿Chispas que lanza  
la eterna sombra?

¿Polvo que deja  
Dios en su alfombra?...

Astros y flores  
quizá no viera  
si amor al alma  
su luz no diera.

Las vagas notas  
que el arpa lanza,  
¿no, son el himno  
de la esperanza?

El alma encierra  
luz, armonía,  
es una aurora  
la fantasía.

Doquier que vague  
mi pensamiento,  
la miel recoge  
de un sentimiento.

Cual mariposa  
va la ilusión  
sobre las flores  
de la creación.

En los ruidos  
que se levantan  
hay dulces ecos,  
voces que cantan.

Rumor de besos  
y de suspiros  
flota en las alas  
de los céfiros.

Como en la selva  
trinan las aves,  
hay en el alma  
voces suaves.

Ecos solemnes  
desconocidos,  
por voz humana  
no traducidos,

Ecos que el alma  
tímida esconde,  
ecos que vienen  
de no sé dónde.

Quizá del verbo  
del alma inmensa  
que dice al hombre  
que vela y piensa:

«-De toda vida  
yo soy la llama:  
contempla, adora,  
espera y ama.»

Yo creo. Por eso  
mi alma levanto.  
Amo, y espero...



Por eso canto.

## Visión

He visto, de la noche  
entre la niebla oscura  
bajar como del cielo,  
radiante de hermosura,  
la sombra de una virgen  
llegando junto a mí.  
Eran sus ojos negros,  
blanca su vestidura,  
su cabellera de ángel...  
tú eras... te conocí.

Y te miré tan bella  
que delirante, ciego,  
por detener tu paso,  
espléndida visión,  
ante tus plantas puse  
mi corazón de fuego,  
y «-Tómale»,- te dije;  
y le tomaste... Y, luego,  
despierto... ¡Y te has llevado,  
mujer, mi corazón!

## Mi sueño

Anoche tuve un sueño. Al pie de negra palma  
estaba yo sentado: la sombra me envolvía.  
La soledad inmensa entristecía mi alma,  
un ruiseñor cantaba... Mi corazón oía:

«Yo canto cuando abren,  
jazmines de la noche,  
las pálidas estrellas  
su luminoso broche,

a la hora en que se llaman  
los seres que se aman.  
Yo soy entre la sombra  
heraldo del amor.»

Después meció a follaje de la siniestra palma,  
del viento de la selva la ráfaga sombría.  
Algo como el suspiro tristísimo del alma  
alzose sollozante... Mi corazón oía:

«-Yo soy el alma errante  
que en las tinieblas giro  
por recoger del hombre  
el tétrico suspiro.  
Yo bebo en las corolas  
las lágrimas que a solas  
en hondo desamparo  
derrama el corazón.»

La noche era muy negra. Las hojas de la palma  
de súbito temblaron... y vi que descendía  
algo como la sombra del ángel de mi alma;  
hablaba en las tinieblas... Mi corazón oía:

«-Hombre de los dolores,  
yo traigo desde el cielo  
palabras inefables  
de paz y de consuelo.  
Herido de tristeza  
inclinás la cabeza,  
¿acaso no conoces  
la vida del amor?»

-¿Qué, tú eres la esperanza?

-Yo doy las ilusiones.

-¿Eres Amor, acaso? ¿La dicha que soñé?

-Se encienden a mi paso de amor los corazones.

Tribútanme su culto, conságranme su fe.

Quizá del cielo, trajo la voz de los amores,

y me enseñó la dicha los himnos del placer.

Encanto la existencia, ahuyento los dolores,

y soy vida del alma... Me llamo «la Mujer».

Y de la oscura noche iluminose el cielo,  
gimió de amor el bosque, la palma retembló,  
y la visión celeste tendiéndome su velo al irse,  
con sus besos mi frente acarició.

Huyó también la noche. La blanca luz del día  
la cumbre de los cielos iluminando va.  
El mundo se despierta, radiante de alegría,  
¡ay! pero el alma dulce, hermana de la mía,  
el ángel de mi sueño, mi virgen... ¿dónde está?

### Mi ángel

¡Oh! niña de mis sueños,  
tan pálida y hermosa  
como los lirios blancos  
que besa el Atoyac;  
tú la de mis recuerdos  
imagen luminosa,  
el ángel cuyas alas.  
tocáronme al pasar;  
perdona, dulce niña,  
perdona si mi acento  
temblando, de mi alma  
levántase, hasta ti;  
pero tu bella imagen  
está en mi pensamiento  
no sé ya desde cuándo...  
quizá desque te vi,

Desde que vi tus ojos,  
tus ojos de querube,  
tus ojos en que el alma  
se abrasa de pasión;  
y desde aquel instante  
otra ilusión no tuve  
que darte con mi vida;  
mi altivo, corazón.

Si apenas te conozco  
¿Por qué te quiero tanto?  
¿por qué mis, ojos ávidos  
te buscan sin cesar?  
¿por qué en el alma siento,  
tan tétrico quebranto!  
cuando tu rostro de ángel  
no puedo contemplar?

¿Por qué sueño contigo  
y en, ti, tan sólo pienso?  
¿por qué tan dulce nombre  
me llena de emoción?  
¿por qué se abrasa mi alma  
en este amor inmenso,  
si apenas te conozco,  
mujer de bendición?

No estás ante mis ojos  
y por doquier te miro;  
conmigo, va tu sombra  
por dondequier que voy.  
Escucho tu pisada,  
recojo tu suspiro,  
y velas a mi lado,  
cuando, dormido estoy.

¿No sabes tú, no sabes,  
mujer, que te amo tanto  
cuanto, sobre la tierra  
el hombre puede amar?  
¿Que diera mi existencia  
por enjugar tu llanto,  
que diera... hasta mi alma,  
tus plantas por besar?

Y si tuviera un mundo,  
un mundo te daría;  
y si tuviera un cielo,  
lo diera yo también,  
porque me amaras tanto,  
mitad del alma mía,  
que alguna vez sintiera  
tus labios en mi sien...

No sientes cuando cierra  
tus ojos celestiales  
el ángel de los sueños  
con su ala sin color,  
no sientes que mi alma  
sobre tus labios rojos  
derrama un mar de besos  
con infinito amor...?

Sé, niña, del poeta  
la inspiración bendita,  
la virgen de mis sueños,  
la fe del corazón;  
sé mi ángel, sé mi estrella,

la luz que necesita  
mi espíritu sediento  
de amor y de ilusión.

Extiende cariñosa  
sobre mi sien tu velo;  
bajo tus alas blancas  
de ti camino en pos,  
tu luminosa huella  
me llevará hasta el cielo:  
te seguiré, mi ángel,  
para llegar a Dios.

A una enlutada

Melancólica enlutada,  
pálida virgen soñada  
por mi ardiente corazón,  
¿porque mata, tu mirada  
la velas con el crespón?

El alma a tus ojos llega  
cuál mariposa a la luz,  
loca, deslumbrada, ciega...  
y a tus amores se entrega  
como el mártir a la cruz.

Pero no tornes airada  
tu dulce faz con enojos,  
porque mi alma enamorada  
cual tú quedará enlutada  
por el desdén de tus ojos.

¿Pudieras ver un delito  
en el amor infinito  
que, al verte, mi alma sintió?  
¡Si el amor está bendito  
desque el mundo redimió...!

¡Y yo te amo! En fuego intenso  
ardió el corazón inmenso  
al rayo de tu mirar,  
y se quema como incienso  
en el ara de tu altar.

Eres la virgen sagrada  
del alma de un soñador,

y veo la tierra alumbrada  
por la luz de tu mirada  
y la llama de mi amor,  
Flota doquier en el viento.  
tu esplendorosa visión,  
llevo en mi oído tu acento,  
tu ser en mi pensamiento,  
tu amor en mi corazón.

La de los negros cabellos,  
la de negra vestidura,  
la de negros ojos bellos,  
negra será como ellos  
de mi amor la desventura

No; tú no puedes querer  
que para siempre mi ser  
se sepulte en el dolor...  
¡Si el alma de la mujer  
es una alma toda amor!

Y amor revela, señora,  
amor oculto que llora,  
esa palidez ardiente  
que marchitando tu frente  
tu semblante descolora.

Hondo, secreto quebranto  
revelan tus ojos bellos:  
¡qué hermoso será, su llanto!  
¡Y cuán acerbo el encanto  
de las lágrimas en ellos!

Tus lágrimas sin enojos,  
de tu alma líquidas perlas  
¡oh! ¡quién pudiera de hinojos,  
cuando asoman en tus ojos  
con los labios recogerlas!

¡Quién pudiera consolarte  
en tus horas de sufrir,  
y vivir para mirarte,  
y mirándote, adorarte,  
y adorándote, morir...!

Mas es en vano mi queja,  
en vano son mis dolores,  
en vano al pie de tu reja  
cada noche mi alma deja  
tanto suspiro de amores...

En vano mi vista ansía  
tu presencia soberana...

Sola gime el alma mía  
ante la calma sombría  
de tu cerrada ventana.

Y esa tristeza doliente  
que mal encubre el crespón  
de tu velo transparente...  
¿Hay palidez en tu frente  
porque hay en tu alma pasión...?

¿Guarda acaso tu memoria  
el recuerdo de una gloria  
que tu corazón soñó?

¿Es acaso alguna historia  
de un amor que ya pasó?

Si es un amor escondido,  
perdona... y deja al olvido,  
mis versos y mi pasión...

¡Dilos sabe si te he querido  
y te llora el corazón!

Pero yo la amo, ¡Dios mío!  
quiero, olvidarla... y no puedo;  
sin ella veo tan vacío,  
tan estéril y sombrío  
el mundo... que tengo miedo.

Tú, Señor, que a su mirada  
diste esa llama sagrada  
que enciende un amor inmenso,  
haz que sepa, enamorada,  
lo que siento, lo que pienso.

¡Haz que entienda, como va,  
que soy un alma cautiva  
que, en sus altares se inmola,  
que quiero que en ella viva  
divina, inmortal y sola!

¡Oh! la de negros cabellos,  
la de negros ojos bellos,  
que mal apaga el crespón:  
deja que iluminen ellos  
la noche del corazón.

Un solo, instante siquiera  
de ser amado. Y, después...,  
¡que, tanta dicha me hiera,  
y que exhale, cuando muera,  
mi alma en un beso a tus pies!

## Noche de luna

La luna esplendente  
su luz transparente  
derrama en mi sien,  
las flores, mecidas  
por auras perdidas  
se besan dormidas  
en dulce vaivén.

¡Qué nubes tan blancas, flotando en el cielo,  
festonan de plata la bóveda azul!  
La noche ha olvidado su manto de duelo,  
y, pálida virgen, cubriose de un velo,  
tejido de luz.

Apenas se siente  
cruzar el ambiente  
la brisa fugaz.  
Ni canto, ni ruido,  
ni un eco perdido  
del mundo dormido  
perturban la paz.

Es la hora en que vierten su copa de olores  
las castas corolas cerradas al sol;  
es la hora en que el alma sedienta de amores  
derrama en el aura que besa las flores  
suspiros de amor.

Si no sabe el hombre  
tu místico nombre  
amor, ni tu voz,  
pregunte al riachuelo  
y al ave en su vuelo,  
¡pregúntele al cielo,  
pregúntele a Dios,!

¡Amor! Este nombre lo escribe la aurora,  
lo dicen serenas las ondas del mar,  
el ave que canta, la fuente que llora,  
la estrella que brilla y el alma que adora...  
¡Vivir es la dicha! ¡Vivir es amar!  
¡Amar! En el alma llevar escondida



la fe de la dicha, la luz de la vida,  
el rostro de un ángel que se hizo, mujer.  
Sentir la existencia flotando perdida  
entre olas de rosas, de luz y placer.

Mirar por las noches las bancas estrellas,  
y luego, en el alma, más dulces que ellas  
dos ojos queridos, luceros también.  
Soñar con caricias, con blandas querellas  
con trémulos besos que abrasan la sien.  
Mirar cuál desmayan dos lánguidos ojos,  
besar una frente bañada en sonrojos,  
dos manos que quieren la faz esconder;  
beber en dos, labios ardientes y rojos  
el tibio suspiro que exhala el placer.

Amar cual las aves que tienden su vuelo,  
en nido de flores dos almas juntar,  
trayendo a este mundo de llantos y duelo  
las horas divinas, los sueños del cielo,  
las dichas sin nombre... ¡Vivir es amar!

En tanto las nubes prosiguen su vuelo,  
oleadas de plata del piélagos azul.  
Se envuelve dormida la noche en su velo,  
y pienso mirando los astros del cielo  
que el alma es un astro y amor es su luz.

Creatura bella blanco vestida

¡Oh blanca niña de los labios rojos,  
pálida estrella que en mi noche brilla,  
cuando me miran tus divinos ojos  
siento como que mi alma se arrodilla!

Siento que me ilumina tu presencia  
con la luz virginal de la alborada,  
y que una ola de luz es mi existencia  
bañada por el sol de tu mirada.

Siento que me trasformo, que otra vida,  
vida sagrada dentro mi alma brota,  
cuando de blanco sideral vestida  
tu casta imagen en mi sueño flota.

Te vi pasar iluminando al día;  
y a cada paso que tu pie avanzaba  
de delicia mi ser se estremecía,  
y me sentía feliz... porque te amaba.

Que es bello para el alma en que se encierra  
la inmensa sed de la pasión que abrasa,  
tener un sueño y al cruzar la tierra  
ver ese sueño en la mujer que pasa.

Mujer a otra mujer incomparable,  
mujer de bendición y poesía,  
mujer de luz a quien tocar no es dable,  
la mujer ideal del alma mía.

Sin ti yo fuera en la desierta vida  
la sombra desolada de tu sombra,  
mirada en llanto que te ve perdida,  
boca que besa de tu pie la alfombra.

Yo fuera sin tu amor como el creyente  
que muere solitario en el tormento,  
pálida y rota de dolor la frente,  
pero, fijo en su Dios el pensamiento.

Pero viniste a mí, me levantaste  
contigo y hasta ti con tu ternura,  
y aquí, dentro del alma, te encerraste  
con la infinita luz de tu hermosura.

Contigo y junto a ti quiero sentarme  
al festín del Amor, la frente erguida;  
y apurar de tu mano hasta embriagarme  
la copa de delicias de la vida.

¡Sol de la juventud, en sus amores  
siempre tu rayo el corazón inflame!  
¡Primavera del alma dame, flores  
que al son del arpa y a sus pies derrame!

Id, raudos genios del insomnio ardiente,  
y de mis labios, de pasión encesos,  
llevad, llevad para su casta frente  
una corona de inmortales besos.

en tanto que en el éter suspendida,  
ampo de luz entre la sombra rota,  
Ella, de blanco sideral vestida,  
entre la bruma de mi sueño flota.

Pensar. Decidme ¿qué nombre  
se puede dar en la tierra  
al infinito que encierra  
el pensamiento del hombre?

El relámpago que prende  
su centella en el vacío,  
para seguir es tardío  
el vuelo que el alma tiende.

El alma, al soplo divino,  
cual átomo sideral,  
se pierde en el torbellino  
de la vida universal.

Ya, de lo inmenso desierta,  
abarca las soledades  
y entre las nubes se asienta  
al tronar las tempestades.

Ya, raudal de inspiración  
que deja fulgentes rastros,  
navega como los astros  
entre Dios y la creación.

Y en sus vuelos vagabundos  
del ideal único, en pos,  
rasga el velo de los mundos  
para llegar hasta Dios.

Para ella es ese mensaje  
de sagrada inspiración  
que en misterioso lenguaje  
murmura la creación;

desde ese trueno que airado  
retumba en el firmamento,  
hasta el suspiro del viento,  
en una flor apagado.

Para ella escribe la aurora  
letras de luz en el cielo,  
para ella se borda el velo  
de la noche inspiradora,

para ella esa voz que nombra  
al Ser que el misterio esconde,  
a quien escucha y responde  
entre el silencio y la sombra.

¿Qué importa que sola viva?  
¿Qué importa que sola vaya?  
Es una ola fugitiva del mar

que no tiene playa.

¿Qué importa la niebla densa  
a su vuelo vagabundo,  
si altiva, creadora, inmensa,  
lleva en sí misma su mundo?

El alma la luz encierra,  
el soplo, de Dios la enciende,  
y es la lámpara que prende  
para su altar en la tierra.

Tras un destierro maldito  
levanta libre su vuelo,  
águila del infinito,  
para perderse en el cielo.

¡Amar! Duplicar la vida,  
escalar el firmamento,  
llevar en el pensamiento  
toda la gloria escondida.

¡Amar! Perder, anhelante,  
de la existencia la calma,  
por el inefable instante  
de dar un alma a su alma.

Beber con loca pasión  
de unos ojos celestiales  
las lágrimas virginales  
que brotan del corazón.

Adormirse dulcemente  
bajo unos labios encesos  
sintiendo sobre la frente  
una corona de besos.

Dentro, del alma sentir  
otra alma, de que se es dueño;  
sonar... y adorar un sueño,  
morir de amor y vivir.

¡Amar! Destellar el día  
como el sol en la creación,  
hacer de luz y armonía  
un ambiente al corazón.

¡Amar! ¿Quién puede decir  
lo que es la vida de amar...?  
Tener el cielo... y sufrir...  
¡Vivir llorando... y gozar!

¡Pensar! ¡Amar! Y siempre, y sin medida,  
el dominio, ensanchar del sentimiento

más allá de la tierra y de la vida...  
esta es la ropa de que estoy sediento.

¿Sufrir...? ¿Qué importa...! El llanto derramado  
es purificación, es el bautismo  
que necesita el corazón manchado  
para alzarse a la fe del idealismo.

Suframós... Dios lo quiere; pero amando;  
Dios está allí donde el dolor empieza,  
do él alma atribulada está apurando  
su cáliz desbordado de tristeza...

Espíritu de luz y de consuelo,  
inspiración que por mí sien resbalas,  
cuando mi alma levantas hasta el cielo,  
pensamiento, y amor ¿no son tus alas?

## Adoración

Como al ara de Dios llega el creyente,  
trémulo el labio al exhalar el ruego,  
turbado el corazón, baja la frente,  
así, mujer, a tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!  
Pálida está mi frente, de dolores;  
¿para qué castigar con tus enojos  
al que es tan infeliz con sus amores?

Soy un esclavo que a tus pies se humilla  
y suplicante tu piedad reclama,  
que con las manos juntas se arrodilla  
para decir con miedo... ¡que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice  
tiembla al sentirle, como débil hoja;  
¡te ama! y el corazón cuando lo dice  
en yo no, sé qué lágrimas se moja.

Perdóname este amor, llama sagrada,  
luz de los cielos que bebí en tus ojos,  
sonrisa de los ángeles, bañada  
en la dulzura de tus labios rojos.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido  
como la luz a la pupila abierta,  
como viene la música al oído,

como la vida a la esperanza muerta.

Fue una chispa de tu alma desprendida  
en el beso de luz de tu mirada,  
que al abrasar mi corazón en vida  
dejó mi alma a la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,  
ilusión imposible que atesoro,  
inefable palabra que suspiro  
y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño  
que con sus alas en mi frente toca,  
y que deja -perdóname... ¡es un sueño!-  
el beso de los cielos en mi boca.

¡Mujer, mujer! Mi, corazón de fuego,  
de amor no sabe la palabra santa,  
pero palpita en el supremo ruego  
que vengo a sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias  
de oír el canto, que tu voz encierra,  
cambiara yo, dichoso, las caricias  
de todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,  
sellando el labio, a la importuna queja,  
de lágrimas y besos cubriría  
la leve huella que tu planta deja?

¿Que por oír en cariñoso acento  
mi pobre nombre entre tus labios rojos,  
para escucharte detendré mi aliento,  
para mirarte me pondré de hinojos?

¿Que por sentir en mi dichosa frente  
tu dulce labio con pasión impreso,  
te diera yo, con mi vivir presente,  
toda mi eternidad... por sólo un beso?

Pero si tanto, amor, delirio tanto,  
tanta ternura ante tus pies traída,  
empapada con gotas de mi llanto,  
formada con la esencia de mi vida;

si este grito de amor, íntimo, ardiente,  
no llega a ti; si mi pasión es loca...,  
perdona los delirios de mi mente,  
perdona las palabras de tu boca.

Y ya no más mi ruego sollozante  
irá a turbar tu indiferente calma...  
pero mí amor hasta el postrer instante  
te daré con las lágrimas del alma.

## Amémonos

Buscaba mi alma con afán tu alma,  
buscaba yo la virgen que mi frente  
tocaba con su labio dulcemente  
en el febril insomnio del amor.

Buscaba la mujer pálida y bella  
que en sueño, me visita desde niño,  
para partir con ella mi cariño,  
para partir con ella mi dolor.

Como en la sacra soledad del templo  
sin ver a Dios se siente su presencia,  
yo presentí en el mundo tu existencia,  
y, como a Dios, sin verte, te adoré.

Y demandando, sin cesar, al cielo  
la dulce, compañera de mi suerte,  
muy lejos yo de ti, sin conocerte,  
en la ara de mi amor te levanté.

No preguntaba ni sabía tu nombre,  
¿En dónde iba a encontrarte? Lo ignoraba;  
pero tu imagen dentro el alma estaba  
más bien presentimiento que ilusión.

Y apenas te miré... tú eras, el ángel  
compañero ideal de mi desvelo,  
la casta virgen de mirar de cielo  
y de la frente pálida de amor.

Y la primera vez que nuestros ojos  
sus miradas magnéticas cruzaron,  
sin buscarse, las manos se encontraron  
y nos dijimos «te amo» sin hablar.

Un sonrojo purísimo en tu frente,  
algo de palidez sobre la mía,  
y una sonrisa que hasta Dios subía...  
así nos comprendimos... nada más.

¡Amémonos, mi bien! En este mundo  
donde lágrimas tantas se derraman,  
las que vierten quizá los que se aman  
tienen yo no sé qué de bendición.

¡Amémonos, mi bien! Tiendan sus alas  
dos corazones en dichoso vuelo;

amar es ver el entreabierto cielo  
y levantar el alma en ascunción.

Amar es empapar el pensamiento  
en la fragancia del Edén perdido;  
amar es... amar es llevar herido  
con un dardo celeste el corazón.

Es tocar los dinteles de la gloria,  
es ver tus ojos, escuchar tu acento,  
en el alma sentir el firmamento,  
y morir a tus pies de adoración.

## Pasión

¡Háblame...! Que tu voz, eco del cielo,  
sobre la tierra por doquier me siga...  
Con tal de oír tu voz, nada me importa  
que el desdén en tu labio me maldiga.

¡Mírame...! Tus miradas me quemaron,  
y tengo sed de ese mirar, eterno...  
Por ver tus ojos, que se abraza mi alma,  
de esa mirada en el celeste infierno...!

¡Amame...! Nada soy... pero tu diestra  
sobre mi frente, pálida, un instante,  
puede hacer del esclavo arrodillado  
el hombre-rey, de corazón gigante...

Tú pasas... y la tierra voluptuosa  
se estremece de amor bajo tus huellas,  
se entibia el aire, se perfuma el prado  
y se inclinan a verte las estrellas.

Quisiera ser la sombra de la noche  
para verte dormir sola y tranquila,  
y luego ser la aurora... y despertarte  
con un beso de luz en la pupila.

Soy tuyo, me posees... Un solo átomo  
no hay en mi ser que para ti no sea:  
dentro mi corazón eres latido,  
y dentro mi cerebro, eres idea.

¡Oh! por mirar tu frente pensativa



y pálido de amores, tu semblante;  
por sentir el aliento de tu boca  
mi labio acariciar un solo instante;  
por estrechar tus manos virginales  
sobre mi corazón, yo de rodillas,  
y devorar con mis tremantes besos  
lágrimas de pasión en tus mejillas;  
yo te diera... no sé... ¡no tengo nada...!  
el poeta es mendigo de la tierra  
¡toda la sangre que en mis venas arde!  
¡todo lo grande que mi mente encierra!

Mas no soy para ti... ¡Si entre tus brazos  
la suerte loca me arrojara un día,  
al terrible contacto de tus labios  
tal vez mi corazón... se rompería!

Nunca será... Para mi negra vida  
la inmensa dicha del amor no existe...  
Sólo nací para llevar en mi alma  
todo lo que hay de tempestuoso y triste.

Y quisiera, morir... ¡pero en tus brazos,  
con la embriaguez de la pasión más loca,  
y que mi ardiente vida se apagara  
al soplo de los besos de tu boca!

En el baño

Alegre y sola en el recodo blando  
que forma entre los árboles el río,  
al fresco abrigo del ramaje umbrío  
se está la niña de mi amor bañando.

Traviesa con las ondas jugueteando  
el busto saca del remanso río,  
y ríe y salpica de glacial rocío  
el blanco seno, de rubor temblando.

Al verla tan hermosa, entre el follaje  
el viento apenas susurrando gira,  
salta trinando el pájaro salvaje,  
el sol más poco a poco se retira  
todo calla... Y Amor, entre el ramaje,  
a escondidas mirándola, suspira.

Cuando me dejas

¡No te apartes de mí...! Cuando me dejas,  
mi corazón suspende su latir,  
me ausento de mi mismo si te alejas,  
todo mi corazón se va tras ti.

Se van mis ojos tras tu grata sombra,  
sueña mi oído con tu dulce voz,  
el labio calla, el corazón te nombra,  
y mi vida suspéndese veloz...

Mas apenas escucho, la armonía  
del leve paso de tu pie gentil,  
despierta conmovida el alma mía  
y siento que la vida vuelve a mí.

Porque te amo, con todos los amores  
que darse puedan bajo el cielo azul;  
como se aman las aves y las flores,  
como se aman los cielos y la luz.

Como se ama la ilusión perdida,  
como se ama la dicha que pasó,  
como aman cuantos, aman en la vida,  
con todos los amores te amo yo.

¡Ámala! dijo Dios, cuando me daba,  
tan rico de ternura el corazón,  
y yo sin conocerte te buscaba  
con la mística fe de mi ilusión.

Y te buscaba mi deseo sin calma,  
y preguntaba al mundo, como a Dios:  
¿En dónde, mi alma encontrará su alma?  
¿Dónde mi amor encontrará su amor?

¿Me oíste...? No lo, sé; mas como estrella  
entre la sombra aparecer te vi.

¡Te amo! me dijo tu mirada bella,  
y todo el cielo descendió hasta mí.

Y me sonrió tu labio cariñoso,  
de inmensa dicha el corazón gimió,  
y un beso mudo, largo, tembloroso  
nuestras férvidas almas desposó.

## Tarde serena

Esta vida ¿es don del cielo  
que debemos bendecir?  
¿o venimos a este suelo  
para llorar y morir?

¡Don del cielo! ¿Por qué no?  
Alzo mi frente y contemplo  
que el universo, es un templo  
que el Creador se levantó.

¡Es tan azul el espacio,  
el aire tan transparente,  
lleva la tarde en su frente  
tantas gasas de topacio!

El horizonte dilata  
su franja azul a lo lejos,  
azul como los espejos  
del golfo que lo retrata.

Blancos penachos de espuma  
agita la mar sonora,  
y la onda se tuerce y llora  
bajo su manto de bruma.

Allá por el valle umbrío,  
como una cinta de acero,  
pasa ligero, ligero,  
sonando, apenas, el río..

Y llevando en el cristal  
escamado de sus olas  
las deshojadas corolas  
de las flores del juncal.

Todo en el bosque es aromas,  
todo solemnes murmullos,  
y músicas y arrullos  
de brisas y de palomas.

Y se va apagando, el día,  
y va suspirando el viento,  
y se llena el pensamiento  
con la imagen de María.

¡Qué dicha la de sentir  
dulce, profunda, secreta,

una pasión de poeta  
imposible de decir!

Pasión a un tiempo nacida  
al cambiar una mirada,  
como ninguna sentida,  
como ninguna premiada.

¡Qué dicha la de soñar  
en este mísero suelo  
con una virgen del cielo  
y junto a ella despertar!

Y en voluptuoso sopor,  
en su regazo, adormido,  
oír el suave latido  
que está murmurando Amor.

¡Amor! Palabra divina.  
Parece que de improviso  
al pronunciarla nos abre  
sus puertas el Paraíso,  
si quien la sueña delira,  
si quien la balbuce canta,  
si quien la dice levanta  
una nota que suspira  
con música más suave  
que el sonido de la lira  
o que los trinos del ave.

Hay en ella sentimiento,  
hay en ella, bendición,  
no se que vago acento  
de tristeza y de pasión,  
que hace vibrar conmovidas  
las fibras más escondidas  
del ardiente corazón.

La vida, esta rapidez  
que nos arrastra en la tierra,  
este minuto que encierra  
niñez, juventud, vejez:  
¿cómo puede ser bastante  
a la expansión infinita  
que para su amor gigante  
el corazón necesita?

¡Qué...! ¿Lo eterno en un instante?  
¿Lo inmenso en lo que es pequeño?  
¿En la muerte lo inmortal?  
¿La realidad en un sueño?  
¿El cielo en lo terrenal?

¡Oh! yo quisiera, quisiera  
que en la espuma de las olas,  
que en la ráfaga ligera  
del olor de las corolas,  
que en las alas de la nube,  
que en las del cóndor sereno  
que cerca los astros sube,  
que en las del rápido trueno  
se perdiera el alma mía...  
para sentir la grandeza  
de embriagarme en la poesía  
de la gran Naturaleza;  
y así, como en un abrazo  
ideal, sublime y bendito,  
abarcando la creación  
en el amor infinito  
que llevo en mi corazón.

## Nupcial

En el regazo frío  
del remanso escondido en la floresta,  
feliz abandonaba  
su hermosa desnudez el amor mío  
en la hora calurosa de la siesta.  
El agua que temblaba  
al sentirla en su seno, la ceñía  
con voluptuoso abrazo y la besaba,  
y a su contacto de placer gemía  
con arrullo, tan suave y deleitoso,  
como el del labio virginal opreso  
por el pérfido labio del esposo  
al contacto nupcial del primer beso.

La onda ligera desparcía, jugando,  
la cascada gentil de su cabello,  
que luego en rizos de ébano flotando  
bajaba por su cuello;  
y cual ruedan las gotas de rocío  
en los tersos botones de las rosas,  
por el seno desnudo así rodaban

las gotas temblorosas.  
Tesoro del amor el más precioso  
eran aquellas perlas;  
¡cuánto no diera el labio codicioso  
trémulo de placer por recogerlas!  
¡Cuál destacaba su marfil turgente  
en la onda semioscura y transparente,  
aquel seno bellísimo de diosa!  
¡Así del cisne la nevada pluma  
en el turbio cristal de la corriente,  
así deslumbradora y esplendente  
Venus rasgando la marina espuma!

Después, en el tranquilo  
agreste cenador, discreto asilo  
del íntimo festín, lánguidamente  
sobre mí descansaba, cariñosa,  
la desmayada frente,  
en suave palidez ya convertida  
la color que antes fuera deliciosa,  
leve matiz de nacarada rosa  
que la lluvia mojó... Mudos los labios,  
de amor estaban al acento blando.  
¿Para qué la palabra si las almas  
se estaban en los ojos adorando?  
¡Si el férvido latido  
que el albo seno palpitar hacía  
decíale al corazón... lo que tan sólo,  
ebrio de dicha, el corazón oía...!

Salimos, y la luna vagamente  
blanqueaba ya el espacio.  
Perdidas en el éter transparente  
como pálidas chispas de topacio  
las estrellas brillaban... las estrellas  
que yo querido habría  
para formar con ellas  
una corona a la adorada mía...  
En mi hombro su cabeza, y silenciosos  
porque idioma no tienen los dichosos,  
nos miraban pasar, estremecidas,  
las encinas del bosque, en donde apenas  
lánguidamente suspiraba el viento,  
como en las horas del amor serenas  
dulce suspira el corazón contento.

Ardiente en mi mejilla de su aliento

sentía el soplo suavísimo, y sus ojos  
muy cerca de mis ojos, y tan cerca  
mi ávido labio de sus labios rojos,  
que, rauda y palpitante  
mariposa de amor, el alma loca,  
en las alas de un beso fugitivo  
fue a posarse en el cáliz de su boca...

¿Por qué la luna se ocultó un instante  
y de los viejos árboles caía  
una sombra nupcial agonizante?  
El astro con sus ojos de diamante  
al través del follaje ¿qué veía...?

Todo callaba en derredor, discreto.  
El bosque fue el santuario  
de un misterio de amor, y sólo el bosque  
guardará en el recinto solitario  
de sus plácidas grutas el secreto  
de aquella hora nupcial, cuyos instantes  
tornar en siglos el recuerdo quiso...

¿Quién se puede olvidar de haber robado  
su única hora de amor al paraíso?

Tu sol

¿Por qué indeciso tu vuelo ya va a la tierra, ya al cielo? Busca un sol...

J. Ramírez.

Y no buscaste un sol, no; le tenías  
dentro tu corazón, y ya el instante  
de su feliz oriente presentías...

¡Ese sol era Amor! Astro fecundo  
que el corazón inflama  
y, con su fuego iluminando el mundo,  
como un sol en el alma se derrama.

Ante él los sueños de la fe benditos,  
las blancas ilusiones, la esperanza  
y del alma la virgen poesía,  
todo en enjambre celestial se lanza  
a hacer en torno al corazón el día.

Así también el sol del firmamento  
fúlgido al asomar. La flecha de oro  
de su rayo primer rasga el espacio...  
En el pálido azul del éter vago,  
las últimas estrellas  
cintilan en sus limbos de topacio,  
tiemblan se apagan tímidas... y luego  
el astro rey desde el confín profundo  
sacude sobre el mundo  
su cabellera espléndida de fuego.

Como bocas amantes  
que se aprestan al beso voluptuosas,  
entreamen palpitantes  
su incensario de púrpura las rosas.  
Las brisas se levantan  
a despertar los pájaros dormidos  
en el tibio regazo de sus nidos,  
y ellos, alegres, despertando, cantan.  
Y cantando despiertan  
el inquieto rumor de los follajes,  
y el bosque todo, saludando al día  
desata la magnífica armonía  
de sus himnos solemnes y salvajes.

Y todo es vida rebosando amores  
y todo amores rebosando vida.  
Desde el trémulo seno de las flores  
cargadas de rocío;  
desde el murmullo del cristal del río,  
y el retumbo soberbio de los mares;  
desde la excelsa cumbre de los montes  
y el azul de los anchos horizontes  
hasta la inmensidad del firmamento,  
es todo luz, perfumes y cantares,  
es todo amor, y vida y movimiento.

Tu sol, el de tu amor, por mucho tiempo  
dentro de tu alma retardó su oriente;  
por mucho tiempo su divino rayo  
no iluminó sobre tu regia frente



las lindas flores de tu rico mayo.  
Por mucho tiempo en vano la belleza  
te revistió de sus preciosas galas,  
y en torno de tu espléndida cabeza  
impaciente el amor batió sus alas.

Por mucho tiempo así.

Llegó el momento,  
la ansiada aurora, el despertar fecundo;  
y, tú lo sabes bien: dentro de mi alma,  
ante el sol de tu amor, alzose un mundo.

El mundo de mi loca fantasía,  
mi mundo de poeta,  
un pedazo, de cielo que se abría  
en la región del alma más secreta,  
un enjambre de sueños voladores  
en torno de dos almas cariñosas,  
y del alba a los tibios resplandores  
un escondido tálamo de rosas  
para el sueño nupcial de los amores.  
Un cáliz desbordado de embriagueces,  
de inmortales delicias,  
un torrente de besos, de suspiros,  
de lágrimas de amor y de caricias.  
¡Ah! ¿dónde estaba de mi lira ardiente  
la orgullosa canción que supe un día?  
¿dó la palabra que, bañado en fuego,  
al oído feliz de la belleza,  
en otro tiempo modular sabía?  
¿Dó las flores gentiles que el poeta  
al pasar la Hermosura derramaba  
con musa fácil, juvenil e inquieta?

¿En dónde está mi audacia, en otro tiempo,  
en otro tiempo tan feliz y loca...?  
Ante el sol del amor que vi en tus ojos,  
cayó a tus pies mi adoración de hinojos  
mi alma tembló y enmudeció mi boca.

Bajo las palmas

Morena por el sol del Mediodía  
que en llama de oro fúlgido la baña,  
es la agreste beldad del alma mía,  
la rosa tropical de la montaña.

Dióle la selva su belleza ardiente,  
dióle la palma su gallardo talle;  
en su pasión hay algo del torrente  
que se despeña desbordando al valle.

Sus miradas son luz, noche sus ojos,  
la pasión en su rostro centellea,  
y late el beso entre sus labios rojos  
cuando desmaya su pupila hebrea...

Me tiembla el corazón cuando la nombro,  
cuando sueño con ella me embeleso,  
y en cada flor con que su senda alfombró  
pusiera un alma como pongo un beso.

Allá en la soledad, entre las flores,  
nos amamos sin fin, a cielo abierto,  
y tienen nuestros férvidos amores  
la inmensidad soberbia del desierto.

Ella, la regia, la beldad altiva  
soñadora de castos embelesos,  
se doblega cual tierna sensitiva  
al aura ardiente de mis locos besos.

Y tiene el bosque voluptuosa sombra,  
profundos y selvosos laberintos,  
y grutas perfumadas, con alfombra  
de enlados y tapices de jacintos.

Y palmas de soberbios abanicos  
mecidos por los vientos sonorosos,  
aves salvajes de canoros picos  
y lejanos torrentes caudalosos.

Los naranjos en flor que nos guarecen  
perfuman el ambiente y en su alfombra  
un tálamo los musgos nos ofrecen  
de las gallardas palmas a la sombra.

Por pabellón tenemos la techumbre  
del azul de los cielos soberano.  
Y por antorcha de Himeneo la lumbre  
del espléndido sol americano.

Y se oyen tronadores los torrentes  
y las aves salvajes en concierto,  
en tanto celebramos indolentes  
nuestros libres amores del desierto.

Los labios de los dos, con fuego impresos,  
se dicen el secreto de las almas;

después... desmayan lánguidos los besos...  
y a la sombra quedamos de las palmas.

Besos

- I -

Primer beso

«-La luz de ocaso moribunda toca  
del pinar los follajes tembladores,  
suspiran en el bosque los rumores  
y las tórtolas gimen en la roca.

Es el instante que el amor invoca;  
ven junto a mí te sostendré con flores  
mientras roban volando los amores  
el dulce beso de tu dulce boca.»

La virgen suspiró: sus labios rojos  
apenas él yo te amo murmuraron,  
se entrecerraron lánguidos los ojos,  
los labios a los labios se juntaron,  
y las frentes, bañadas de sonrojos  
al peso de la dicha se doblaron.

- II -

Un beso nada más

Bésame con el beso de tu boca,  
cariñosa amistad del alma mía,  
un sólo beso el corazón invoca,  
que la dicha de dos... me mataría.

¡Un beso, nada más! Ya su perfume  
en mi alma derramándose, la embriaga;  
y mi alma por tu beso se consume  
y por mis labios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya...! Ya no puedo  
lejos tenerla de tus labios rojos...

¡Pronto...! ¡dame tus labios...! ¡tengo miedo

de ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;  
siento, de dicha el corazón opreso...  
¡Oh! ¡sosténme en la vida de tus brazos  
para que no me mates con tu beso!

- III -

En el jardín

Ella estaba turbada y sonreía,  
él le hablaba en la sombra a media voz;  
solo estaba el jardín, y la algazara  
del baile se escapaba del salón.

Al través de las hojas las estrellas  
lanzaban temblorosas su fulgor...  
Yo no sé cómo fue; mas, sin pensarlo,  
se encontraron los labios de los dos.

Y encontrarse los labios cariñosos  
de dos que se aman con inmenso amor,  
es sentir que dos almas, que dos vidas,  
se confunden en una, y van a Dios...

¡Sonrisa de mujer, tú eres aurora!  
¡Beso de la mujer, tú eres un sol...!  
¡Qué dulces son tus besos, vida mía!  
¡Qué hermoso es el amor!

- IV -

Tu cabellera

Déjame ver tus ojos de paloma  
cerca, tan cerca que me mire en ellos;  
déjame respirar el blando aroma  
que esparcen destrenzados tus cabellos.

Déjame así, sin voz ni pensamiento,  
juntas las manos y a tus pies de hinojos,  
embriagarme, en el néctar de tu aliento,  
abrasarme en el fuego de tus ojos.

Pero te inclinas... La cascada entera  
cae de tus rizos óndulos y espesos.  
¡Escóndeme en tu negra cabellera  
y déjame morir bajo tus besos!

- V -

El beso del adiós

Era el instante del adiós: callaban,  
y sin verse, las manos se estrechaban,  
inmóviles los dos.

Almas que al separarse se rompían,  
temblando y sin hablarse se decían:  
«He ¡aquí el instante del postrer adiós.»

Doliente como el ángel del martirio  
ella su frente pálida de lirio  
tristísima dobló;  
quiso hablar, y el sollozo comprimido  
su pecho desgarró con su gemido  
que el nombre idolatrado sofocó.

Y luego, con afán, con ansia loca  
tendió sus manos y apretó su boca  
a la frente de él...  
Fue un largo beso trémulo... y rodaba  
de aquellos ojos que el dolor cerraba  
copioso llanto de infinita hiel.

Él lo sintió bañando sus mejillas,  
y cayó conmovido de rodillas...  
Sollozaban los dos...  
Y en un abrazo delirante presos  
confundieron sus lágrimas, sus besos,  
y se apartaron... sin decirse adiós.

- VI -

El último beso

Empujé, vacilando como un ebrio  
la entrecerrada puerta.  
Había en la estancia gentes que lloraban,  
y en medio de los cirios funerarios,  
ella... ¡mi vida...! muerta.

Pálido mármol que esculpió la muerte  
en su mano de hielo,  
la hermosura terrestre de la virgen,  
del abierto sepulcro, por la entrada  
se iluminaba con la luz del cielo.

Llegué, me arrodillé... y aquel gemido  
que lanzó mi alma loca  
hizo temblar la llama de los cirios...

Después..., no supe más... Un beso eterno  
clavó a su frente mi convulsa boca.

Todo el llanto de mi alma, el duelo inmenso,  
¡oh niña! de perderte,  
estaba en ese beso de la tumba...  
¿Te lo llevó, -¿verdad?-, llegando al cielo,  
el ángel de la muerte?

Adioses  
Nuestro adiós

¡Si no sabía llorar...! Jamás su frente  
se dobló a los pesares.  
Fue siempre la mujer indiferente,  
la diosa a recibir acostumbrada  
incienso de alabanza en sus altares.

Amor junto a ella humilde  
las alas plegó inquietas,  
y repitió a su oído suplicante  
el cántico de amor de los poetas.  
Y acaso el aura fría  
de la noche besando sus cabellos,  
en un vago sollozo le traía  
una voz de ultratumba en que gemía  
el adiós postrimer de alguno de ellos.

Mas no sabía llorar...  
Y, aquella tarde,  
-una tarde sin luz, triste y lluviosa-,  
inclinó la cabeza silenciosa  
así como las blandas florecillas  
que hirió la tempestad. Los soberanos  
ojos cubriose con entrambas manos  
y el llanto desbordó por sus mejillas.

Lloraba, sí, lloraba.... De rodillas,

yo, traspasado de dolor, le hablaba...  
Pero ella no me oía;  
¡callaba, sollozaba, se moría...!  
Sólo sentí su mano que temblaba  
desesperada al estrechar la mía.

Era aquel nuestro adiós. Era el momento  
solemne de pasión y de tormento  
de un amor inmortal. Eran dos almas  
locamente estrechadas en el fuerte  
nupcial abrazo de una sola vida,  
que separaba, haciéndolas pedazos,  
la mano inexorable de la suerte  
con el fúnebre adiós de la partida.

Y lloraba en mis brazos... Y lloraba  
con tan triste y profundo desconsuelo,  
que en tan lúgubre, tarde parecía  
que al mirarla llorar lloraba el cielo  
y que por ella se enlutaba el día.

Y mojaba la lluvia su semblante,  
su semblante tan pálido y tan bello,  
y el viento de la tarde sollozante  
agitaba en desorden su cabello.  
Yo lo hablaba, le hablaba.... No me oía...  
Solamente su mano temblorosa  
se estrechaba convulsa con la mía.

Así fue nuestro adiós... Toda mi alma  
dejé en sus labios con pasión opresos,  
y me traje la suya, que bebieron  
en sus ardientes lágrimas mis besos.

No... no te digo adiós

¿Por qué vienes así, mi enamorada,  
cuando dormido estoy, cuando con lazos  
invisibles, el sueño ata mis brazos,  
y no puedo apretarte al corazón?  
¿Por qué vienes así cuando mis labios  
cierra el sueño también, y busco ansioso,  
sin poderle encontrar, el cariñoso  
acento con que te habla mi pasión?

¿Por qué vienes así...? ¿Sabes acaso  
que son las de la noche las hermosas  
horas de las estrellas misteriosas,  
y, estrella del amor, surges también,  
porque sabes que la hora de los sueños  
es la hora en que los ángeles sin nombre  
bajan del cielo a visitar al hombre,  
con su ala de oro a proteger su sien?

¿Por qué vienes así, pálida mía,  
con tus ojos de amor sobre mis ojos,  
y con temblor de besos en los rojos  
labios que apagan en el mío la voz?  
¿Por qué son tan dolientes tus abrazos?  
¿Por qué tanto sollozo y duelo tanto,  
y al besarme me mojas con tu llanto,  
y sólo sabes la palabra adiós?

No es un adiós el que mi voz te deja  
llorosa, vida mía,  
que adiós es la tristísima palabra  
de la ausencia sombría.

Que adiós es el sollozo que se arranca  
del corazón herido,  
que adiós es el saludo de la muerte,  
la cifra del olvido.

¡No, no te digo adiós...! Para nosotros  
palabra tal no existe;  
la boda de las almas es eterna  
cuando amor las asiste.

Y lo que llaman en el mundo ausencia,  
distancia, despedida,  
para aquellos no son que sólo forman  
un alma y una vida.

Para aquellos no son que, al fuego vivo,  
de los labios impresos,  
cual nosotros sus almas desposaron  
en tálamo de besos.

No, no te digo adiós... ¿Quién de sí mismo  
se ausenta y se despide?  
¿Cómo puedo a mi propio pensamiento



decir que no me olvide?

No se mira sin luz, y sin ambiente  
el pecho se sofoca,  
y mi luz son tus ojos, y mi aliento  
los besos de tu boca.

Yo soy tan sólo corazón, y tú eres  
su sangre y su latido...  
¿Cómo a mi mismo corazón pudiera  
dejar en el olvido?

Idénticas, mezcladas, confundidas  
cual la llama y su luz,  
nuestras almas no saben siendo una  
si eres yo, si soy tú.

Y antes yo pensaré sin pensamiento  
y veré sin mirada,  
que no llevar dentro de mi alma, eterna,  
el alma cariñosa de mi amada.

Despedida

Cuando a un ayer..., ¡ayer...!, enajenado,  
reposaba en mi pecho tu cabeza,  
y mirando tus ojos, extasiado,  
olvidaba en tu labio nacarado  
con besos y sonrisas mi tristeza;

¿cómo entonces pensar que llegaría  
esta hora de dolor, negra, sin nombre,  
que del alma las fuentes abriría,  
y en lágrimas, de hiel, lágrimas de hombre,  
tu frente inmaculada bañaría...?

Ayer... Ayer, bañaban los amores  
tu semblante con púdicos sonrojos;  
hoy... ya borran tan plácidos colores  
la mortal palidez de los dolores  
y el llanto inagotable de tus ojos.

Es muy breve la vida pasajera  
para que con mi amor todo te ame;  
mas en la eternidad mi alma te espera...  
Dame el último adiós..., tus labios dame...,  
y acuérdate de mí, cuando me muera...!

Si en este instante de supremo duelo,  
si en esta inolvidable despedida  
una gota cupiera de consuelo,  
la tendría para llenar mi vida:  
un beso y una lágrima... ¡Hasta el cielo!

#### Adiós a Jalapa

Tierra de bendición, tierra querida,  
para siempre quizá de ti me alejo,  
y con mi adiós te dejaría mi vida,  
pues que del alma la mitad te dejo.

Adiós, tu azul y trasparente cielo,  
y la sombra nupcial de tus palmares,  
y allá de tus confines tras el velo  
la línea opaca de los vagos mares.

Adiós, Jalapa, lánguida paloma  
que reposa a la margen de la fuente,  
entre los bosques de fragante aroma,  
al ruido sonoro del torrente.

El ángel de la noche misterioso  
bajo su negro pabellón de estrellas  
te besa con el beso del esposo,  
abre sus alas y te aduerme en ellas.

Y la aurora te encuentra todavía  
envuelta en los cendales de la niebla,  
hasta que te despierta la armonía  
con que el zenzontli tu recinto puebla.

Eres grata y gentil como la palma  
del desierto, en la arena abrasadora,  
frente a do llega enamorada el alma  
la sed a mitigar que la devora.

Por eso te idolatra quien te mira  
y no te olvida quien de ti se aleja,  
y en cada adiós que el corazón suspira  
algo del mismo corazón te deja.

¡Cuántas veces al rayo de tu luna  
cercado de mis dulces ilusiones,

he soñado la gloria y la fortuna  
al arrullo de amor de mis canciones!

¡Cuántas veces sintiendo por mi frente  
los besos de tu brisa perfumada,  
algo divino descendió a mi mente  
iluminando el ánima turbada!

¡Cuántas veces entonces el arpa mía  
cayó a mis plantas impotente y rota...  
que decir a los hombres no sabía  
la voz del cielo que en tus auras, flota!

¡Cuántas veces también el alma quiso  
al verte a ti, jardín de las delicias,  
la mujer sin rival del Paraíso  
para morir de amor con sus caricias!

Y la encontré tal vez... Y vi su sombra  
en el misterio de la noche en calma...  
¡Una mujer...! ¡Mi boca no la nombra  
pero la llevo aquí, dentro del alma!

¡Una mujer...! la creó mi fantasía,  
la soñó mi ilusión, mi amor ansiola,  
la encontré, la adoré, la llamé mía,  
y en mi alma vive refulgente y sola.

Única fe que el corazón cautiva,  
yo la idolatro, con mi vida entera,  
con inmensa pasión mientras que viva,  
con infinito amor cuando me muera.

Y te dejo también, luz de mi cielo,  
única flor de mi desierta vida;  
solo y perdido en apartado suelo  
¿qué hará mi alma entre los dos partida?

Sin ti ¿qué seré yo...? Sombra que vaga  
en medio de la noche del desierto,  
lámpara de esperanza que se apaga,  
corazón: ¡ay! en desamparo muerto.

Cuando esté lejos de tus ojos bellos,  
ojos divinos que por mí lloraron,  
acuérdate ¡ay! que con pasión en ellos  
mis labios tantas lágrimas secaron...

Acuérdate ¡ay! que con la fe del niño  
me entrego de tu amor a la confianza,  
que es la vida de mi alma tu cariño  
y el alma de mi vida tu esperanza.

¡Acuérdate ¡ay! que tu celeste nombre  
le solloza mi labio balbuciente;  
que mi primera lágrima de hombre  
al decirte mi adiós, cae en tu frente...

Adiós, Jalapa, búcaro de rosas;  
manantial a la sombra de la palma,  
región de los ensueños, de las diosas,  
y de las dichas que idolatra, el alma.

Quédate, adiós, encantadora tierra  
de mi fe, de mi amor, de mi ventura...  
Hondo sollozo mi garganta cierra,  
al decirte el adiós de mi ternura.

Acaso, ya jamás... jamás -¡quién sabe!-  
a verte volveré, suelo querido;  
tal vez mi vida solitaria acabe lejos,  
muy lejos de mi Edén perdido.

Adiós, la última vez, tierra querida,  
nido primaveral de mis amores,  
que vuelva a verte... y a encontrar perdida,  
una modesta tumba, entre tus flores.

Adiós

Adiós para siempre, mitad de mi vida,  
una alma tan sólo teníamos los dos;  
mas hoy es preciso que esta alma divida  
la amarga palabra del último adiós.

¿Por qué nos separan? ¿No saben acaso  
que pasa la vida cual pasa la flor?  
Cruzamos el mundo como aves de paso...  
Mañana, la tumba; ¿por qué hoy, el dolor...?

¿La dicha secreta de dos que se adoran  
enoja a los cielos, y es fuerza sufrir?  
¿Tan sólo son gratas las almas que lloran

al torvo destino...? ¿La ley es morir...?

¿Quién es el destino...? Te arroja a mis brazos,  
en mi alma te imprime, te infunde en mi ser,  
y bárbaro luego me arranca a pedazos  
el alma y la vida contigo... ¿por qué?

Adiós... es preciso. No llores... y parte.  
La dicha de vernos nos quitan no más;  
pero un solo instante dejar de adorarte,  
hacer que te olvide, ¿lo, pueden...? ¡Jamás!

Con lazos eternos nos hemos unido;  
en vano el destino nos hiere a los dos...  
¡Las almas que se aman no tienen olvido,  
no tienen ausencia, no tienen adiós!

## Ausencia

¡Quién me diera tomar tus manos blancas  
para apretarme el corazón con ellas,  
y besarlas... besarlas, escuchando,  
de tu amor las dulcísimas querellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho,  
reclinada tu lánguida cabeza,  
y escuchar, como enantes, tus suspiros,  
tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar casto y süave  
mi cariñoso labio en tus cabellos,  
y que sintieras sollozar mi alma  
en cada beso, que dejara en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo  
de aquella luz de tu mirar en calma,  
para tener al separarnos luego  
con qué alumbrar la soledad del alma!

¡Oh! quién me diera ser tu misma sombra,  
el mismo ambiente que tu rostro baña,  
y, por besar tus ojos celestiales,  
la lágrima que tiembla en tu pestaña.

Y ser un corazón todo alegría,  
nido de luz y de divinas flores,  
en que durmiese tu alma de paloma  
el sueño virginal de sus amores.

Pero en su triste soledad el alma  
es sombra y nada más, sombra y enojos...  
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia  
disipará la aurora de tus ojos...?

## Soñando

Anoche te soñaba, vida mía,  
estaba solo y triste en mi aposento,  
escribía... no sé qué; mas era algo  
de ternura, de amor, de sentimiento.  
Porque pensaba en ti. Quizá buscaba  
la palabra más fiel para decirte  
la infinita pasión con que te amaba.

De pronto, silenciosa,  
una figura blanca y vaporosa  
a mi lado llegó... Sentí en mi cuello,  
posarse dulcemente  
un brazo cariñoso, y por mi frente  
resbalar una trenza de cabello.  
Sentí sobre mis labios  
el puro soplo de un aliento blando,  
alcé mis ojos y encontré los tuyos  
que me estaban, dulcísimos, mirando.  
Pero estaban tan cerca que sentía  
un yo no sé qué plácido desmayo,  
que en la luz inefable de su rayo

entraba toda tu alma hasta la mía.

Después, largo, süave,  
y rumoroso apenas, en mi frente  
un beso melancólico imprimiste,  
y con dulce sonrisa de tristeza  
resbalando tu mano en mi cabeza  
en voz baja, muy baja, me dijiste:  
«-Me escribes y estás triste  
porque me crees ausente, pobre amigo;  
pero ¿no sabes ya que eternamente  
aunque lejos esté, vivo, contigo?»

Y al despertar de tan hermoso sueño  
sentí en mi corazón plácida calma;  
y me dije: Es verdad... ¡Eternamente...!  
¿Cómo puede, jamás., estar ausente  
la que vive inmortal dentro del alma?

## Tu imagen

Tu imagen vino a visitarme en sueños;  
sentí un aliento, acariciar mi frente,  
y luego un labio trémulo y ardiente  
que buscaba mi labio... y desperté.  
La sombra nada más, la triste sombra,  
la muda soledad, la negra calma  
imagen de la noche de mi alma,  
esto tan sólo al despertar hallé.

¡Ah! Si en la noche de la triste ausencia  
¡no me sonriera la esperanza hermosa  
de que en tu seno, virgen cariñosa,  
el sueño de la dicha he de dormir;  
yo me hundiera en mi lóbrega tristeza  
hasta llegar al seno de la muerte;  
porque no puedo ya vivir sin verte,  
porque amar y estar lejos, es morir.

Pero, al menos tú sabes que te amo  
con un amor que la creación llenara,

con un amor que el ángel envidiara  
si no fueras un ángel tú también.  
Si dueño fuera de la tierra toda,  
la tierra toda ante tus pies pusiera...  
Si fuera Dios... ¡hasta los cielos diera  
por sólo un beso en tu divina sien...!

Mis noches son para soñar tu imagen,  
tu imagen es para encantar mi vida,  
mi vida para, ti, virgen querida,  
y tú para mi eterna adoración.  
Tú, caricia, dulcísima del alma,  
tú, beso de los cielos desprendido  
y en medio de mis lágrimas caído,  
aquí, dentro mi mismo corazón.

¡Oh! ¡ven a mí! Mi vida solitaria  
se acaba, se consume en el hastío;  
necesito de ti, dulce bien mío,  
necesito de ti para vivir.  
Es tu sombra la luz de mi camino,  
sin ti me siento el corazón ateo;  
me estoy muriendo porque no te veo,  
porque amar y estar lejos, es morir.

¡Oh! si me amas también, si también lloras;  
sí, a tu lado buscándome, suspiras;  
si sientes este fuego que me inspiras,  
alma de mi alma enamorada, ¡ven!  
ven a mi pecho, si en el tuyo, viva  
ardiendo está de la pasión la hoguera...  
¡Oh! ¡ven a mí! mi corazón te espera,  
que ardiendo está mi corazón también.

Te veo en mi sueño... ¡Y en mi sueño, loco,  
temblando el alma de pasión, te llamo!  
y te grito... te grito... ¡que te amo!  
¡que soy tu dueño, que tu esclavo soy!  
¡que instante tras instante de mi vida,  
del corazón latido tras latido,  
para volar a ti se han desprendido,  
y que sin vida, que sin alma estoy!

Te llamo en sueños... y venir te siento...  
el ruido de tu paso: me estremece,  
y mi frente, abrasada palidece  
al eco, idolatrado de tu voz.



Y siento que te acercas... que tu aliento  
ardiente y suave mi mejilla toca,  
y que juntas tu boca con mi boca...  
¡Y despierto..., con fiebre el corazón...!

¡Ven...! ¡y una dicha buscaré suprema  
para pagarte la que tú me dieras,  
inundaré tu vida de placeres,  
incendiaré de amor tu corazón!  
Y entonces, cuando loco, de tus labios  
bebiendo esté torrentes de delicias,  
¡mátame, por piedad, con tus caricias!  
¡mátame entre tus brazos... de pasión!

A Rosario

¡Qué...! ¿porque nada el porvenir me guarde  
buscaré, luchador desfallecido,  
el rincón solitario del olvido  
para morir allí triste y cobarde?

¡Jamás, mi corazón, jamás...! Aun arde  
bajo tu dura nieve comprimido  
el fuego de un volcán. No estás vencido,  
y para combatir jamás es tarde.

Lucharé y venceré. Todo se inmola  
de amor ante el esfuerzo, temerario;  
y en mi alma, del amor bajo la aureola,

como Dios en el alma del santuario,  
bella, serena, indestructible y sola  
resplandece la imagen de Rosario.

Ven

¿Me visita tu espíritu, amor mío?  
Yo no lo sé; pero tu imagen bella  
vino a mi lado, y en el mundo vago  
del sueño, anoche, deliré con ella.

Era Chapultepec, y la ancha sombra  
del canoso alruehuetl nos daba abrigo,  
la luna llena iluminaba el bosque y  
estábamos, mi vida, sin testigo.

Tú sabes lo demás... El alma mía  
en su fiebre de amor feliz y loca,  
a cada beso tuyo agonizaba  
en el nido de amores de tu boca.

¡Oh, ven, mi desposada! En el ramaje  
el rayo de la luna desfallece,  
y amor, el rhismo amor, tálamo blando  
en las hojas caídas nos ofrece.

Llegan allí, perdidos en las brisas  
que el bosque perfumadas atraviesan,  
arrullos de torcaces que se llaman,  
suspiros de las hojas que se besan.

¡Oh, ven...! ¿Adónde estás...? Envíame loca  
en el aire que pasa tus caricias,  
que yo en el aire beberé tus besos  
y mi alma embriagaré con tus delicias.

Ven a la gruta en que el placer anida;  
el viejo bosque temblará de amores,  
suspirarán de amor todas las brisas  
y morirán de amor todas las flores.

Apagará tus besos el susurro  
del aura que suspira en los follajes,  
y arrullarán tu sueño entre mis brazos  
los himnos de los pájaros salvajes.

Y a la luz indecisa de la luna  
allá a lo lejos, y de ti celosa,  
la antigua Diana, de los viejos bosques  
diosa caída, vagará medrosa.

La noche azul nos brinda su misterio

y templo el bosque a nuestro amor ofrece:  
mi alma te busca, mi pasión te espera  
y ebrio de amor mi corazón fallece.

¡Oh, ven, mi seducción, mi cariñosa!  
ven a la gruta en que el placer anida,  
que la dicha no mata... y si me mata  
tú con tus besos me darás la vida.

### Nuestro amor

En medio el ancho mar soberbia roca  
se yergue entre la bruma;  
en torno se sacude ruda y loca  
la turbulenta espuma.

La azota el huracán; del rayo torva  
chispea allí la lumbre,  
y el Dragón-Tempesta su dorso encorva  
erizado en la cumbre.

La roca inmóvil se levanta en tanto  
al beso de la nube,  
y es, cuando ruge, de su triunfo el canto  
que de sus plantas sube.

Así, Rosario, nuestro amor sea roca  
que inmóvil se levante;  
y deja que a sus pies la envidia loca  
ruja impotente y nuestro triunfo cante.

### Hojas dispersas

Escucha dulce niña,  
que pides al poeta  
te diga de sus versos  
la inspiración secreta.

Suspiros ahoga el labio  
que brota el corazón,  
suspiros que son ayes  
de incógnito dolor.

Lágrimas que los ojos  
suben a humedecer  
y vuelven en el alma  
ardientes a caer.

Palabras que no deben  
los labios pronunciar,  
si aquella a quien se dicen  
no sabe qué es amar.

Mis versos son las flores  
nacidas de mi llanto;  
de mis suspiros brotan  
las notas de mi canto.

Entro esas flores tristes,  
en ese vago acento,  
palpita todo un mundo  
de amor y sentimiento.

La voz que se levanta  
en mi alma solitaria  
tiembla como un sollozo,  
porque es una plegaria.

Llena de lo imposible  
está mi mente loca,  
de lágrimas y besos  
sedienta está mi boca.

Amaba la esperanza,  
hoy el recuerdo adoro,  
amor supremo y triste,  
mi culto y mi tesoro.

Soñaba todo un mundo  
de amor y de grandeza,

hoy en la vida solo  
me muero de tristeza.

Ignoro mi destino,  
ignoro lo que quiero,  
tan sólo sé que sufro,  
tan sólo sé que muero.

Tú no comprendas, niña,  
lo que mis versos son...  
Tampoco ella comprende  
lo que es mi corazón.

- II -

Vuelve a mi corazón, queda escondida,  
ilusión imposible de mi vida,  
ternura de poeta, pasión loca...  
Si no has de ser dichosa ni creída,  
vive en mi corazón, calla en mi boca.

- III -

¿Qué dice la ola  
que va perdida?  
-Dice, ¿no oyes?:  
Yo soy la vida.

¿Y qué la rosa,  
gala de un día?  
-¿No la oyes? Dice:  
Soy la alegría.

¿Y el ave en busca  
de otra región?  
-¿No va diciendo:  
soy ilusión?

¿Y aquel lucero  
que no se alcanza?  
-¿No dice, acaso:  
Soy esperanza?

¿Y estas tinieblas  
en que me pierdo?  
-¿No las conoces?  
Son tu recuerdo.

¿Y este sollozo  
de mi dolor?  
-Tú bien lo sabes,  
ese es tu amor.

- IV -

Soy una voz de lágrimas que cuenta  
la historia de un amor sin esperanza,  
soy el gemido trémulo que lanza  
el alma sin fe ya.

Soy el recuerdo de una dicha, espectro  
del alma en las ruinas escondido,  
soy un inmenso corazón herido  
que nadie curará..

- V -

Halláronse mis ojos  
con otros ojos bellos,  
el beso de una virgen  
pasó por mis cabellos,  
y penetró en mi alma,  
y la llenó de luz.

Después..., vino la noche,  
la noche sin luceros;  
oí dentro mi pecho  
sollozos lastimeros...  
Mi corazón estaba  
clavado en una cruz.

- VI -

Mariposas celestes  
en lontananza,  
son los vagos ensueños  
de la esperanza.  
¡Ay si corréis tras ellas,  
almas ansiosas!  
Los niños nunca cogen  
las mariposas.

Y si a cogerlas llegan,  
quédales sólo,

de sus brillantes alas  
el polvo de oro;  
como queda el recuerdo  
del bien perdido,  
cuando esperanza y dicha  
nos han huido.

Que las almas son rosas;  
la dicha y. la esperanza  
son mariposas.

- VII -

¿Cómo puede la alondra del valle  
que pasa ligera

en pos de otro clima, dudar que sus flores  
le da primavera?

¿Cómo pueden las flores que se abren  
al beso del día,  
dudar que el sol de oro, su amante celeste,  
su luz les envía?

¿Cómo el sol que en el cielo la mano  
divina suspende,  
dudar puede que el Dios de los astros  
sus rayos enciende?

¿Cómo puedo dudar que infelice  
de no verte muero?  
¿y tú cómo puedes, pedazo del alma,  
dudar que te quiero?

- VIII -

La niña

Si no te enoja, poeta,  
mi curiosa pretensión,  
quisiera leer una hoja  
del álbum del corazón.

El poeta

Pero, niña, si es un libro  
que ni divierte ni alegra,

un libro en que cada página  
es una página negra.  
Cuando a vivir empezamos  
son blancas las hojas todas  
después vamos escribiendo  
coplas, sonetos y odas.  
Hay páginas, que son versos  
de música deliciosa,  
otras que son elegías,  
y otras muchas que son... prosa.

La niña

Mas la página primera  
¿no es la del amor quizás?

El poeta

Es la portada del libro,  
el prólogo... nada más.

La niña

¡La esperanza es tan querida!  
y cuando por fin se alcanza...

El poeta

Es una página rota  
la que habla de la esperanza.

La niña

¿Pero la gloria, ese lauro  
a cuya conquista arroja  
todo su ser el poeta?

El poeta

No, hay en mi libro esa hoja.

La niña

Pero al menos la memoria  
de haberse querido tanto,  
la página de la dicha...



El poeta

Está borrada con llanto.

La niña

Triste es, poeta, tu callada historia:

El poeta

Siempre de luto el corazón está.

La niña

¿No hay siquiera fugaz en tu memoria  
el sueño de una dicha transitoria...?

El poeta

¡La dicha...! Ni soñarla puedo ya.

- IX -

¿Qué...? ¿mi corazón despierta  
y ya sacudiendo altivo  
el polvo de su fe muerta  
se alza con la herida abierta  
pero palpitante y vivo?

¿Aun otra ilusión me inspira...?  
¿Aun brotarán en mi lira  
las canciones del amor...?  
¿para hallar otra mentira?  
¿para hallar otro dolor?

- X -

Como para el mundo un cielo,  
como para el cielo un sol,  
cual Dios, que no lo sería  
si lo pudieran ser dos,  
así para nuestras almas  
existe sólo un amor  
que por único y por grande  
es sol, es cielo y es Dios.

- XI -

Te he dado toda mi vida,  
te he dado toda mi alma,  
todo cuanto soy te di;  
y aun no he podido pagarte  
lo que tú me has dado a mí.

- XII -

El alma que en la mirada  
es caricia y embeleso,  
se hace suspiro, y, temblando,  
penetra el alma en un beso.

- XIII -

Triste es la tarde, sin luz el cielo.  
Niebla que pasas, ¿adónde vas?  
-Sólo Dios, sabe mi incierto vuelo.  
Niebla, ¿qué eres?

-Sombra, no más...

La noche llega, la flor se aduerme,  
brisa que pasas con lento giro,  
¿adónde vuelas?

-Voy a perderme.

Dime, ¿qué eres?

-Soy un suspiro.

Es alta noche: grato beleño  
cierra mis ojos, y en lontananza  
un ángel blanco miro, en mi sueño.  
Ángel, ¿quién eres?

-Soy la esperanza.

Así es la vida; niebla pasajera  
que cruza vagabunda por la esfera  
deshaciéndose en vaga lontananza.

Y nuestra dicha, frágil e indecisa,  
un suspiro que pasa con la brisa,  
y sueño nada más nuestra esperanza.

- XIV -

Allá cuando era joven, el alma en primavera,  
soñando ya en amarte, mi dulce compañera,  
se desbordaba en flores  
y músicas de amor.  
El aura de la vida ungía mi cabellera

con el celeste aroma de la esperanza en flor.

Entonces, una noche... el cielo nos veía  
con su mirada de astros; la bóveda sombría  
era un inmenso templo,  
el sacerdote, Dios.

Ante Él tu fe me diste, ante Él te di la mía:  
quedaron desposadas las almas de los dos.

Pero hoy... la noche es negra. La bóveda enlutada  
es una inmensa tumba... Murió mi desposada,  
perdióse en lo infinito,  
el alma de mi amor.

El templo está desierto, la lámpara apagada,  
y, sólo, en las tinieblas solloza mi dolor.

- XV -

Tú no supiste nunca  
lo que es el sentimiento  
inmenso, de ternura  
que guarda el corazón.  
¿De qué me sirve el alma?  
¿De qué mi pensamiento...?  
Yo soy una hoja seca  
llevada del turbión.

En el ingrato mundo  
mi vida es una ola  
que no hallará más playa  
do pueda descansar,  
que una cercana tumba  
abandonada y sola,  
do nadie irá su llanto  
de amor a derramar.

- XVI -

Bajo la sacra bóveda del templo  
do humea el incensario  
y el oro resplandece, si levanto  
mi ruego solitario,  
el alma habla a su Dios en el santuario.

Pero en medio del bosque, en el desierto  
donde vive la palma  
o a la orilla del mar, do resplandece,

Naturaleza en tempestad o en calma,  
es Dios quien habla al alma.

- XVII -

Cuando después del fatigoso día  
vengo paz a buscar bajo mi techo  
en los brazos del sueño, hay un fantasma  
que se sienta a la orilla de mi lecho.

En vano quiero separar mis ojos  
de aquel fantasma que de luto viste;  
allí está, siempre está, siempre me mira  
inmóvil, mudo, pavoroso, triste:

Y cae sobre mi espíritu el espanto;  
pero evitar no puedo su presencia,  
porque ese triste espectro de mis noches  
está en mi propio ser... es mi conciencia.

- XVIII -

Corazón, ¿qué es lo que quieres?  
Amor, dolores, placeres,  
ya de todo te sacié,  
y sin embargo, ¡te mueres,  
y no sabes ni de qué...!

- XIX -

En un abrazo inmenso confundo mis amores,  
mujeres de delicias, mujeres de dolores,  
mi infierno de placeres,  
mi cielo, de dolor.

Mis labios están hartos de lágrimas y besos,  
y aun tiene sed el alma de no sé qué embelesos...  
¿En dónde está la dicha?  
¿En dónde, está el amor?

- XX -

Sondead la tierra, y en el seno oscuro  
donde guarda el abismo su tesoro,  
envuelto en su ropaje de granito,  
en tosca piedra encontraréis el oro.

Sondead el mar... Las olas turbulentas  
se agitan con furor por esconderla,  
pero bajad al fondo del Océano  
y allá, en su concha, encontraréis la perla.

Sondead el cielo, y en lo más remoto,  
donde tan sólo Dios deja su rastro,  
del infinito en la perpetua noche,  
mundo de luz, encontraréis el astro.

Sondead el corazón, hasta ese fondo  
donde temblando la conciencia entra,  
y de su abismo en la tiniebla impura,  
decidme, ¿qué se encuentra...?

- XXI -

¡Qué dulce es el hogar, Lleno de sombra  
mi corazón traía,  
crucé el umbral de mi modesta casa  
y ¡cuán hermoso fulguraba el día!

¡Qué bueno es el hogar! Amargas iras  
me anegaban el alma,  
pero al besar las canas de mi madre  
llenó mi pecho de perdón y calma.

¡Qué tierno es el hogar! ¡Oh! ¡cuántas lágrimas  
en cariño infinitas,  
sobre mi frente pálida cayeron,  
dulcísimas, temblantes y benditas!

¡Qué santo es el hogar! Quizá mi labio  
el existir maldijo,  
pero lloré, y creí con toda mi alma  
cuando mi santa madre me bendijo.

- XXII -

Tú que pasas ruidosa y deslumbrante  
en cano de oro, entre el aplauso inmenso  
de la turba servil y del incienso  
con que falaz lisonja te importuna,  
¿quién eres, cortesana?

-Soy la reina del mundo, la Fortuna.

Y tú, pálida virgen, tan hermosa,  
que vas a pie, descalza y olvidada,

de estrellas y de espinas coronada,  
vuelta la espalda a la Fortuna impía,  
¿quién eres, dulce virgen?  
-Hija del cielo soy: la Poesía.

- XXIII -

¡Qué bosque tan feraz! ¡Y cuán profuso  
en sombras, en misterio, y en reposo!  
¡Cómo cantan las aves y cuál rueda  
el agua fresca su raudal copioso!

Por falta de unas gotas de esa agua,  
y de algo de esa sombra, en el desierto,  
jadeante, sin vigor, desesperado,  
cae el viajero, muerto.

Ved esa caja en el rincón oculta  
de mísero desván..., ¡cuánto tesoro!  
Tiemblan las manos del avaro, y ruedan  
los diamantes revueltos con el oro.

Por falta nada más de una moneda  
de ese tesoro por que tantos gimen,  
pálida, al lupanar la virgen llama,  
y marcha el hombre al crimen.

Estremece la bóveda del templo,  
del órgano, la voz, grave y severa,  
y el alma del creyente, conmovida,  
en su éxtasis ve a Dios, ruega y espera.

Por falta de una chispa, de una sola  
de esa divina fe, paz y consuelo,  
el hombre en su dolor a Dios olvida  
y hasta se niega el cielo.

- XXIV -

Hermosa y, como siempre fugitiva,  
a mi lado un instante el raudo vuelo  
detuvo compasiva  
la Esperanza feliz, hija del cielo.

Posó su dulce labio en la sombría

pálida frente del poeta triste...,  
y la encontró apagada, seca y fría  
como la frente del que ya no existe.  
Buscó en sus ojos lágrimas, y estaban  
áridos cual arena del desierto;  
tocó su pecho ansiosa  
y buscó el corazón..., ¡y estaba muerto...!

Entonces la Esperanza hija del cielo  
lanzó un suspiro y prosiguió su vuelo.

De ella en pos melancólico y sombrío,  
con vuelo triste y lento  
otro ángel se acercó. Su vestidura  
era más negra que la noche oscura  
y de él en torno sollozaba el viento.  
La frente inanimada del poeta,  
besó también, pero con tal cariño,  
cual si fuese una madre que adurmiese  
en el regazo del amor su niño.  
Y luego, con afán siempre materno,  
en su seno de sombras descansola  
como para dormir el sueño eterno.

Desde entonces reclino mi cabeza  
en el regazo maternal y tierno  
del ángel funeral de la Tristeza.

- XXV -

El viejo, sol en su inmortal carrera  
ha alumbrado al monarca y al guerrero,  
el sabio y al artista y al poeta,  
al rico, altivo, al sacerdote austero.

Ha alumbrado, al apóstol y al creyente,  
al inocente, al mártir y al que es justo,  
y hasta al mismo Hombre-Dios en la figura  
santa y hermosa de Jesús augusto.

Cuanto viviente ser dentro sus siglos  
la triste y vasta humanidad encierra,  
ha visto el viejo sol... y no ha encontrado  
un solo hombre feliz sobre la tierra.

- XXVI -

¡Qué hermoso brilla el sol! Desque amanece  
hasta que cae soberbio en el ocaso  
fecunda vivifica y resplandece.  
Pero el hombre infeliz, paso tras paso,  
sin saber dónde va, gime y padece;  
juguete miserable del acaso,  
todo le engaña, le escarnece y hiere  
hasta que, roto, se doblega y muere...

- XXVII -

He gozado... si goce es la locura  
de soñar lo imposible,  
y creerlo realizado, y estrellarse  
contra algo infame, estúpido o risible.

He sufrido... No sé desde qué hora  
mi martirio comienza,  
pero sé que he llorado, y que llorando,  
de mi propio dolor tuve vergüenza.

¡Vergüenza de encontrarme arrodillado  
ante ídolos de lodo,  
vergüenza de la farsa de la vida,  
vergüenza de los hombres... y de todo!

Ilusión, amistad, amor... locuras  
por que el hombre delira,  
venid para escupiros a la cara  
el solo nombre que tenéis... ¡Mentira!

- XXVIII -

No soy más que mi sombra... ya estoy muerto,  
lo siento en esta calma  
que hay en todo mi ser. Es un desierto  
lo que llevo en el alma.

Tanto he querido y con pasión tan loca  
que dejé, sin sentirlo en mi embeleso,  
un poco de mi vida en cada boca,  
un pedazo de mi alma en cada beso.



- XXIX -

¡No más vida, Señor, ya no más vida...!  
Cuando lloraba el alma dolorida,  
me nutría el pesar.  
Ahora no sufro ya, no deseo nada;  
pero tengo, Señor, mi alma cansada  
y quiero, reposar.

- XXX -

Un viaje por un mar de tempestades  
es la vida mortal; la tumba es puerto.  
Morir es regresar a nuestra patria...  
No se debe llorar por los que han muerto.

Segunda parte  
(Composiciones escritas en varios álbumes)

Guirnalda

Los versos son las flores que el alma del poeta  
de la gentil Belleza derrama en el altar;  
yo cuelgo de mi lira guirnaldas de violeta  
y a vuestros pies, hermosas, las vengo a deshojar.

La fortuna  
A Rosario P.

En su curso voluble la Fortuna  
todo cuanto me diera me quitó;  
y la Miseria pálida y hambrienta  
al umbral de mi puerta se sentó.

Y llegó la Amistad -la que en un día  
el festín de mis dichas presidió-  
y aunque la dije ven, ella, espantada  
al ver aquel espectro, se alejó.

Amor llegó también... Sellé mi labio,  
porque temí que se alejara Amor;  
pero él sin vacilar, bañado en lágrimas,  
vino a mí presuroso... y me abrazó.

Y la Miseria pálida y hambrienta  
que al umbral de mi puerta se sentó,  
a la luz de aquel ángel que lloraba,  
ella ¡la horrible arpía...! se embelleció.

Las flores  
A Ramona

Las flores son un emblema  
del mundo del sentimiento,  
son álbum del pensamiento  
en sus horas de ilusión;  
son páginas en perfume  
por dos almas descifradas,  
son estrofas no cantadas  
del poema del corazón.

En una flor sus recuerdos  
el corazón atesora;  
sobre sus pétalos llora  
su soledad el dolor;  
dulce enigma comprendido  
tan sólo por los amores:  
quien no comprende las flores

tampoco sabe de amor.

Dios a la mujer formando  
completó su Paraíso;  
tal vez con las flores quiso  
completar a la mujer.  
¡Qué bellas son en su frente!  
¡Qué envidia dan en su seno!  
¡Qué activo dulce veneno,  
dan en ellas a beber!

Los mirtos dicen amores,  
la altiva rosa belleza,  
las azucenas pureza,  
recuerdo la miosotis.  
Algo dice en una tumba  
la doliente cineraria,  
y la yedra parietaria  
que borda la ruina gris.

Y ¡cuánto es para el amante  
la primer flor anhelada  
que una mano idolatrada  
furtivamente le dio!  
El labio ardiente se posa,  
insaciable mariposa  
del néctar de la pasión.

Si encanta con sus colores,  
si embriaga con su perfume,  
si se marchita y consume  
apretada al corazón,  
es que en su cáliz esconde  
aliento de la que se ama,  
y perfume que derrama  
en sus besos la pasión.

Es que a los ojos cerrados  
del alma en amores presa,  
esa flor es la promesa  
de eterna felicidad.  
Es una voz silenciosa

que está diciendo te adoro;  
nudo de la red de oro  
en que dos almas están.

Almas locas que no saben  
al simbolizar la creencia  
del amor en la existencia  
efímera. de una flor,  
que su dicha, su esperanza,  
su placer y su alegría  
flores son... y dura un día  
la primavera de amor.

Y la seca flor guardada  
que el tiempo cruel descolora,  
reliquia tal vez de una hora  
que vale una eternidad;  
sombra de flor que no tiene  
de lo que fue más que el nombre,  
cual los recuerdos del hombre  
del alma en la soledad;  
fantasma de una esperanza,  
muelo adiós del bien perdido,  
del naufragio en el olvido  
único resto quizá,  
¿no encierra, triste despojo  
sin perfume ni belleza  
la poesía de la tristeza,  
la religión del pesar?

Sí; las flores simbolizan  
las fugaces alegrías  
que arrancamos a los días  
de la bella juventud.  
Después tan sólo nos quedan  
memorias de amor benditas...  
hojas de flores marchitas  
cayendo en el ataúd...

Lirio  
A Rosario H.

Muy pocas flores de ilusión dejaron  
en mi alma borrascosa los pesares;  
mas las pocas fragantes que quedaron  
permite que las deje en tus altares.

Te traigo de amistad cándido lirio;  
si en él encuentras una acerba gota,  
perdónala... es la sangre de martirio  
que de mi pecho, atormentado brota.

Hirió mi corazón el desencanto,  
de mi ventura deshojó la palma,  
y en la amargura de infortunio tanto,  
secose a fuerza de llorar el alma.

Nublado el horizonte de la vida,  
borrose el porvenir en lontananza,  
y su tallo dobló, descolorida  
y marchita la flor de la esperanza.

Tan sólo melancólica y aislada  
la triste flor de los recuerdos brota,  
como brota la hierba descuidada  
de algún sepulcro entre la piedra rota.

Mas no es ese despojo cinerario,  
no los la flor del recuerdo y el martirio  
la que te ofrece el corazón, Rosario,  
es de amistad el apacible lirio.

Lleva en su cáliz toda la ternura  
que agotar no pudieron los pesares;  
y pues tiene de tu alma la blancura,  
permite que la deje en tus altares.

Sensitiva  
A Guadalupe

«-¿Por qué estás, como yo, pálida y sola?  
¿También para las flores hay dolor?  
¿Como mi corazón, es tu corola  
copa de llanto, solitaria flor?»

Así Una virgen bella y pensativa  
a quien la pena el corazón hirió,  
dijo a la misteriosa sensitiva,  
y una lágrima en ella derramó.

Lágrima de mujer, gota sagrada  
que el arcángel debiera recoger,  
perla del alma, sangre inmaculada  
del mártir corazón de la mujer.

Calló... La sensitiva, estremecida,  
sus pétalos vivientes recogió,  
y la pálida virgen dolorida,  
suspiró con tristeza y murmuró:

«-¿Tan amargo, es mi llanto, que una gota  
hasta a apagar la vida de una flor?  
¿Cómo el raudal que de mi pecho brota  
¡ay! no apaga el recuerdo de mi amor?»

¿Por qué no extingue de mi ser la llama  
el incesante soplo, del pesar?  
¿Por qué no muere el corazón que ama,  
su lágrima primera al devorar?»

¡Dichosa flor! Moriste a la primera  
ráfaga del pesar... En mi aflicción  
dichosa yo también si se rompiera  
mi existencia al romperse mi ilusión.

Que cuando quiso con pasión el alma,  
y lo que quiso, para siempre fue,  
vivir es ya morir... mas sin la calma  
que la tumba promete al padecer.

Mas otras veces -¡he llorado tanto!-  
otras veces mis lágrimas vertí  
sobre otras flores, y jamás mi llanto  
marchitara esas flores como a ti.

¿Eres un cáliz de dolor que encierra  
gotas de llanto que ofrecer a Dios?  
Pero todas las flores de la tierra  
son pocas al raudal del corazón.

¿Quién, eres tú de lánguida corola?  
¿Amaste y te olvidaron, pobre flor?  
Dímelo... que también pálida y sola  
soy una sensitiva del amor.»

### La sensitiva

«-Soy el alma misteriosa  
de mis hermanas, las flores,  
imagen: de esos amores  
que vivieron un ayer:  
hija de un rayo de aurora  
en un día de Primavera,  
es mi vida una quimera  
como tus sueños, mujer.

Yo soy como la esperanza  
que cuando se toca, muere;  
y tu lágrima me hiere  
como te hiere el amor.  
No es tu lágrima el rocío  
que en mí derrama la noche,  
y ha lastimado mi broche  
como tu seno el dolor.

Tu alma y yo somos dos flores  
que tienen la misma historia.  
También yo tuve mi gloria  
como tuviste tu amor.  
Debes a tu amor el llanto  
y yo a tu llanto la muerte...  
Una misma es nuestra suerte,  
¡pobre mujer...! ¡pobre flor!

Por los céfiros mecida,  
por la luz engalanada,  
por los cantos arrullada  
de las aves del pensil,  
es mi vida un paraíso,  
un pensamiento risueño,  
es el éxtasis de un sueño,  
es amar... ¡es ser feliz!

Pero es dicha de un instante:  
de tu lánguida pupila  
rueda abrasada y tranquila  
la gota que me mató.  
Y en vano el cielo fulgura,  
en vano las aves cantan,  
cielo y aves no levantan  
mi corola... ¡pobre flor!

Así la mujer hermosa,  
flor de los cielos querida,  
sensitiva desprendida  
de las manos del Señor,  
trae a la tierra del llanto  
su corola de belleza,  
su rocío de pureza  
y el perfume de su amor.

Y por ensueños mecida,  
del amor enamorada,  
por los himnos arrullada  
del mundo que ve ante sí,  
es su vida un paraíso,  
un pensamiento risueño,  
es el éxtasis de un sueño,  
es amar... ¡es ser feliz!

Pero, es dicha de un instante:  
con su llama abrasadora,  
amor su pecho devora,  
amor consume su ser.  
Y en vano son las promesas  
de la mentida esperanza...  
¿Quién a realizar alcanza  
tu ilusión... pobre mujer...?

Somos dos flores hermanas  
hijas del amor del cielo;  
no comprenden nuestro duelo,  
ni comprenden nuestro amor.  
Por siempre cierro mis hojas,  
por siempre tu llanto trunca...  
La dicha no vuelve nunca...  
¡Pobre mujer...! ¡pobre flor...!

Así dijo la tierna sensitiva;



sobre su muerto tallo se dobló:  
y la pálida virgen pensativa  
dejó en ella una lágrima furtiva  
y triste y en silencio se alejó.

Ramillete  
A Remedios

Símbolo de tu cándida belleza  
son las flores, Remedios, que te envió;  
tu alma, como, su cáliz, es pureza,  
limpio, como tu llanto, su rocío.

Virgen hermana de las flores bellas  
que bordan y perfuman la campiña,  
deja que la amistad teja con ellas  
fresca guirnalda que tu frente ciña.

Algún ángel quizá, niña querida,  
sobre ti tiende con amor su palma,  
que es una rosa blanca desprendida  
de los jardines del Edén tu alma.

Para tu dulce corazón, amores,  
para tu planta, rosas sin abrojos...  
y para mí... para mis pobres flores,  
una mirada de tus negros ojos.

Pasionaria  
A Ángela

Perdióse ya la dicha de mi vida  
y del alma pasó la primavera...  
¿Qué flor, entonces, dejaré caída  
de tu álbum en la página primera?

Yo fui la mitad de un alma  
buscando su otra mitad,  
como se busca la calma  
y la sombra de la palma  
en ardiente soledad.

En un tiempo el alma mía,  
alondra que tiende el vuelo  
bañada en la luz del día,  
sus ricas alas perdía  
en el zafiro del cielo.

Soñé pedir a la gloria  
la vida para mi nombre,  
y que en mi piedra mortuoria  
arrojase una memoria,  
acaso una flor, el hombre.

Soñé, al destello indeciso,  
de un crepúsculo nupcial,  
aparecer de improviso  
la mujer del Paraíso  
que flotaba en mi ideal.

La mujer cuya belleza  
ilumina la Creación,  
la mujer toda ternura,  
la mujer cuya pureza  
santifica el corazón.

La mujer a cuya planta  
se pone el alma de alfombra,  
la mujer única y santa,  
la mujer que no se nombra  
pero que siempre se canta...

Y esa mujer yo la vi  
cuando la dicha soñé;  
el alma toda la di,  
y su imagen está aquí,  
y con ella moriré.

Era su faz mi embeleso  
era su nombre Alma mía;  
donde su planta ponía,  
mi pensamiento en un beso  
adorándola caía.

Soñé el placer indecible  
de que ese arcángel visible  
me embriagase con su amor...  
Soñé la dicha imposible  
en la tierra del dolor.

¿Era sólo una creación  
de mi loca fantasía,  
de mi amante corazón...?  
¿Era el alma que se abría  
en su aurora de ilusión?

¿Era un sueño...? Mas despierto  
adoré lo que soñaba...  
Mi corazón está muerto,  
desque en el mundo desierto  
no encontré lo que buscaba

Por eso voy del mundo en la corriente  
cual hoja solitaria.  
Triste es mi vida, pálida mi frente,  
y si hiera una flor mi alma doliente  
sería la Pasionaria.

Una flor de tristeza y desconsuelo  
que apenas ha vivido  
y levantado su corola al cielo,  
y ya barre sus hojas por el suelo  
el viento del olvido.

Perdóname. Buscaba un pensamiento  
Ángela, que dejar en esta hoja,  
y el gemido del alma en su tormento  
es ¡ay! tan sólo lo que el alma arroja...

Perdóname la nota dolorida  
que exhalara mi lira lastimera,  
perdóname esta lágrima caída

de tu álbum en la página primera.

Rocío  
A Paz

Cuando se va la noche,  
sus lágrimas hermosas  
sobre las flores deja  
en gotas sin color;  
pero al romper el alba  
se tornan luminosas  
en perlas cristalinas,  
corona de la flor.

Así mis pobres versos  
sin brillo ni frescura  
de tu álbum en las hojas  
a derramarse van;  
mas si les dan tus ojos  
la luz de su hermosura,  
las perlas más preciosas  
de la amistad serán.

Flores marchitas  
A Emilia

Primer rayo de luz, primera rosa,  
primer canto del ave en primavera,  
suspiro de una lira melodiosa  
es de tu álbum la página primera.

La arpa de la poetisa resonando  
allí vertió dulcísima sus galas,

blandas como el rumor que al ir volando  
los angeles producen con sus alas.

Este libro comienza como el día,  
con trinos, de ave y esplendor de aurora;  
después de una magnífica armonía,  
¿qué ha de decir mi corazón, señora?

Yo que he dejado olvidada  
y de lágrimas bañada  
la lira del corazón  
en la tumba idolatrada  
de mi postrer ilusión;

yo, pobre alma dolorida  
que atrás dejando va ya  
los vergeles de la vida,  
hoja en el viento perdida  
que no sabe dónde va;

desheredado de amores,  
sin fe ni consolación  
en un valle de dolores...  
¿dónde ha de coger sus flores  
mi desierto corazón...?

Pero ¿qué importa, Emilia, que la nota  
que exhala para ti mi lira rota  
sea triste como el alma sin amor,  
si al través del crespón de mi tristeza  
mirando estoy tu poética belleza  
como se ve tras de la niebla el sol...?

Mis pobres rimas ante ti al ponerlas  
son flores ya marchitas entre abrojos,  
pero fragantes tú puedes hacerlas  
con la mirada de tus negros ojos.

La más pálida flor tiene colores  
cuando el sol con su rayo la abrillanta...  
¡Sean tus ojos sol para las flores  
que vine a deshojar ante tu planta...!

Abrojos  
A Rosa

Como dulce canción vaga y hermosa  
que lejos se oye en la nocturna calma,  
así el eco de tu arpa melodiosa  
oí en la triste soledad del alma.

Trino de alondra, murmurar de río,  
cantó en el tierno suspirar bañado  
de un pecho de mujer, limpio rocío  
sobre la flor del corazón regado;

eso es tu canto. Besa nuestro oído,  
y el corazón a los ensueños lanza,  
porque en sus notas trémulas, perdido  
va el acento feliz de la esperanza.

Mas si gotas esparce de ambrosía  
el ritmo de tu arpa vibradora,  
digno de su gratísima armonía  
no tengo nada que ofrecer, señora.

Corazón que el llanto moja,  
corazón que se deshoja  
al embate del dolor,  
de este álbum para la hoja  
¿en dónde hallar una flor?

¿Dónde encontrar el ambiente  
hecho de brisa olorosa,  
de blanca luz trasparente  
que envuelve tan dulcemente  
en los jardines la rosa?

Si tuviera el alma mía  
de inspiración el tesoro,  
ilusiones, poesía,  
¿cuántas mariposas de oro  
para la rosa tendría!

¡Cómo entonces la envolviera  
el beso de primavera  
en una nube de aroma!  
¡Con qué cariño la diera  
sus arrullos la paloma!

Mas mi musa silenciosa  
no ha querido, en sus enojos,  
que pueda dar otra cosa  
para el álbum de una Rosa,  
más que lo que doy: abrojos...

## Reminiscencias A Eugenia

Pobre amiga, pues que lloras,  
pues que la vida sombría  
en ti derrama sus horas  
de negra melancolía;

pues te hieren los pesares,  
y ha pasado tu contento,  
como la espuma en los mares,  
como la nube en el viento;

permite, sí, que recoja  
mi buena amistad sencilla  
esa lágrima que moja  
tu macilenta mejilla.

El corazón del poeta  
en su solitaria calma,  
es una copa secreta  
de las lágrimas del alma.

La tuya vierte sus perlas.  
Yo no merezco guardarlas,  
pero quiero recogerlas  
porque quisiera cantarlas.

Que también el alma mía  
coronada está de abrojos,  
también he sentido un día  
humedecerse mis ojos.

Porque también he querido,  
porque también he adorado,  
y lo que amaba he perdido,  
y también soy desgraciado.

Yo he sentido la congoja,  
del corazón que revienta,  
en ese llanto que moja  
tu mejilla macilenta.

¡Cómo se llora sonriendo!  
¡Cómo se habla sollozando!  
¡Cómo se vive muriendo  
y se muere recordando!

Sé lo que es, al adorarse  
con infinita pasión,  
decirse adiós.... y arrancarse  
pedazos del corazón.

En ese adiós sin segundo  
se va la existencia entera,  
y queda desierto el mundo  
sin el alma compañera.

Todo es sombras, todo abrojos,  
todo noche, todo nada,  
desque falta a nuestros ojos  
la vida de su mirada.

Y nuestro ser languidece,  
el alma huérfana llora,  
la esperanza se entristece,  
sólo el recuerdo se adora.

Y mientras la negra ausencia  
nos enluta el corazón,  
vivimos una existencia  
de recuerdo y de visión.

Escucho una voz querida



que cariñosa me nombra,  
miro pasar una sombra...  
Es su sombra y es su voz...  
Ese suspiro que vaga  
en el ambiente perdido,  
es un eco desprendido  
de su tristísimo adiós.

El ángel que en sueño veo  
es Ella que viene a verme.  
Cuando mi párpado duerme  
y vela mi corazón  
es Ella, mi cariñosa,  
cuya alma viene angustiada  
a vagar enamorada  
en torno de mi pasión.

Sus ojos están marchitos,  
está gimiendo su pecho,  
y su corazón deshecho  
a fuerza de padecer.  
Es la mitad de mi alma,  
y siente, sí, mi quebranto,  
como siento yo su llanto  
en mi corazón caer.

Perdona, Eugenia, si al cantar tus lágrimas  
con las de mi ángel, triste, las mezclé.  
No hay un consuelo en mis palabras áridas,  
soy infeliz... y consolar no sé.

Pero comprendo tu alma melancólica,  
comprendo su doliente viudedad,  
y son mis versos como flores pálidas  
que prende en tus crespones la amistad.

El alma en flor  
A Eulalia

La juventud sus encantadas puertas,  
gentil Eulalia, a tu pisada abrió,  
y la aurora de Abril en que despiertas  
sus espléndidas rosas te ciñó.

Hoy, corona tu frente la belleza,  
en tu seno florece la ilusión,  
y no sabes lo que es esa tristeza  
que marchita y enferma el corazón.

Mas óyeme: si sabes lo que vale  
un alma virginal, un alma en flor,  
no dejes, no, que generosa exhale  
el celeste perfume de su amor.

Que las almas en flor ¡ay! se deshojan  
al soplo abrasador de la pasión,  
y el llanto en que los párpados se mojan  
cae en gotas de fuego al corazón

Deja tus bellas ilusiones de oro  
dormir en el regazo del candor;  
día vendrá, que viertas su tesoro  
en el raudal del verdadero amor.

Hoy, Eulalia, si sabes lo que tienes  
con tu abril, tu beldad y tu alma en flor,  
oye... no llesves tan preciosos bienes  
a quemarse en la hoguera del amor.

Vivir  
A Carmen

¿Sabes, Carmen, qué es vivir?  
Es nacer para soñar,  
y tras de breve dormir  
despertar para sentir,  
y sentir para llorar.

Sentir que se va muriendo

en el alma la ilusión,  
que, hojas del árbol cayendo,  
así se van desprendiendo  
las creencias del corazón.

Es la dicha fugaz iris  
que pintan en lontananza,  
engaños de la esperanza,  
mentiras del porvenir:

igual que el iris del cielo.  
es tan sólo una quimera  
del alma que reverbera  
como el sol al refulgir...

Y la esperanza es un ave  
que por atraernos canta,  
y al acercarnos la espanta  
de nuestro paso el rumor;

y el amor, fiebre del alma,  
locura de un solo día,  
relámpago de alegría  
en la nube del dolor.

Pues, cuando el alma en amar  
sueña, en vibrante latido,  
lo que era amor es olvido,  
lo que era dicha, pesar.

De los anhelos del alma,  
de la fe del sentimiento,  
del mundo, del pensamiento  
¿sabes qué queda, al final...?

Un fantasma de esperanza,  
el adiós del bien perdido,  
y triunfante del olvido  
el recuerdo funeral.

El recuerdo, triste sombra,  
que al irse, implacable, deja  
cada goce que se al aleja  
rodando a la eternidad:

que de todo lo que ama

en esta existencia el hombre,  
tan sólo le queda... un nombre,  
del alma en la soledad.

Ninguno puede aclarar  
el enigma del vivir,  
tal vez vivir es dormir  
y morir es despertar.

Amistad  
A Anita

Abro mi corazón, de allí recojo  
la dulce flor de la amistad sincera,  
y blanca y perfumada la deshojo  
de tu álbum en la página primera.

Hoy, en la vida juntos nos hallamos;  
pero es un viaje rápido la vida,  
y cuando adiós por siempre nos digamos  
te quedará esa flor en despedida.

Dicen que todo pasa y todo muere,  
que todo en este mundo, es ¡ay! mentira...  
mentira es olvidar cuando se quiere  
con esta fe que tu amistad inspira.

¿Cómo dar al olvido aquellas horas  
en que, escuchando tu afectuoso acento,  
palabras recogí consoladoras  
llenas de inteligencia y sentimiento?

Pálido, mudo, con la frente triste,  
velando mi dolor en falsa calma  
tú me encontraste... y comprender supiste  
el secreto de lágrimas del alma.

Y como madre que al mimado niño,

consuela al mismo tiempo que aconseja,  
así tu santo, fraternal cariño  
trata a mi corazón cuando se queja.

De mi destino sobre el mar incierto,  
al estallar la tempestad violenta,  
mi alma encontró tu corazón abierto  
como el ave su nido en la tormenta.

A él me refugio. La amistad más pura  
allí me ofrece cariñoso abrigo,  
y siento, aunque, bañada de amargura,  
tranquila el alma, porque está contigo.

Amé el amor. Mi juvenil anhelo  
amor y sólo amor quiso en la tierra...  
Ignoraba el tesoro de consuelo  
que la amistad de la mujer encierra.

Si dada fuera a mis cansados ojos  
la dicha de llorar, hermana mía,  
tú sabes que ese llanto sin sonrojos,  
en tu seno no más le vertería.

Que dulce sombra de tranquila palma  
para el que rinde la mortal fatiga,  
así es en el desierto para mi alma  
tu generoso corazón de amiga.

¡Ah! cuando solo, en apartado suelo,  
apuré el cáliz de mi negra suerte,  
a tu memoria deberé consuelo,  
sedienta el alma de volver a verte.

Y a verte volveré... ¡Dulce esperanza,  
que para amigos cual nosotros dos,  
no puede el corazón tener mudanza,  
ni el tiempo olvido, ni la ausencia adiós.

Adiós  
A Lola

Dicen, hermosa niña, que dejas tus hogares,  
la tierra de las flores, del agua, y los palmares,  
la de perenne abril.  
¡Adiós...! Y que los ángeles del alma tutelares,  
sus alas, cariñosos,  
extiendan sobre ti.

Que Dios en tu camino, derrame bendiciones,  
que encuentres a tu paso, amantes corazones,  
y flores a tus pies.  
En torno a ti volando, las castas ilusiones  
los sueños de la dicha  
derramen en tu sien.

Apenas te conozco; apenas he escuchado  
tu acento melodioso; apenas he mirado  
tus ojos de querub;  
como visión celeste de un sueño idolatrado  
que pasa por el alma,  
así pasaste tú.

Mas, pues te doy el nombre gratísimo de amiga,  
como lejano beso del corazón te siga  
el eco de mi voz;  
y, porque no me olvides, dulcísimo te diga:  
¡«Adiós, quizá por siempre,  
hermosa Lola..., adiós...!».

Stella  
A Clementina

El sol está muriendo. De ocaso en las regiones  
revueltos los celajes de cárdeno arrebol,  
fantásticos se tienden, se rasgan en festones,  
y cuelgan en el éter, espléndidos jirones  
que deja al desgarrarse la púrpura del sol.

Y callan los ruidos, y se alzan los rumores,  
y pueblan de los campos la quieta soledad.  
Ocultos en las hojas, alados trovadores,  
en los encinos altos están los ruiseñores  
sus trinos ensayando de amor y libertad.

El ave retardada el aire cruza a solas;  
suspira el viento apenas, las hojas al mover;  
callada está la fuente, dormidas van las olas,  
y doblan desmayadas las flores sus corolas,  
el manto de los sueños la noche al extender.

En tanto allá en el cielo, cual lágrima divina,  
del éter de zafiro caída en el tisú,  
asoma tan hermosa la estrella vespertina,  
como será la perla que rueda, Clementina,  
del cielo de tus ojos cuando llorares tú.

Estrella de la tarde, corona luminosa  
de la sagrada noche, diamante del Señor,  
¿por qué buscan las almas tu lumbre misteriosa?  
¿Acaso te ha encendido la Mano Poderosa,  
porque en el cielo tenga su lámpara el amor?

¡Qué pálida, qué bella cintilas y resbalas  
por las etéreas cumbres do lo ignorado está...!  
No sé qué vaga y triste tranquilidad exhalas,  
espíritu -quién sabe- que llevas en tus alas  
de] alma enamorada los éxtasis quizá.

Si eres ¡oh dulce estrella! la lámpara argentina  
que enseña de la dicha las sendas del amor,  
alumbra los senderos que sigue Clementina;  
y como casto lirio, ante tu luz divina  
se abra para la dicha su corazón en flor.

El ángel del hogar  
A Enrique

Una madre me dio el cielo;  
y cuando pequeño fui mi  
cuna no tuvo ángel...  
estaba mi madre allí.

Y era tan dulce su acento,  
eran sus ojos tan bellos,  
tan blanda la cabecera  
que me daban sus cabellos;

tan dichosa su sonrisa,  
tan profundo su embeleso,  
tan tiernamente inefable  
sobre mis ojos su beso,

que yo ¡feliz!, no sentía  
que dejaba, al despertar,  
a los ángeles del sueño  
por el ángel del hogar.

Y así pasaron, pasaron  
de mi inocencia las horas  
cual pasara bajo el cielo  
una procesión de auroras.

Hasta que llegó el momento  
de separarnos los dos,  
y al hijo la dulce madre  
puso al amparo de Dios.

Y quedó sola mi madre,  
sola y triste en el hogar,  
donde el eco de mi nombre  
se escuchaba sollozar.

Aquellos ojos queridos  
que en mis ojos se miraban,  
con lágrimas se dormían,  
con lágrimas despertaban.

Lágrimas que debería  
secar de rodillas yo,  
lágrimas, madre querida,  
que yo no merezco, no.

Que ingrato, en tanto buscaba



la dicha lejos de ti...  
¡Perdón, madre de mi vida!  
¡Tu sabes cómo volví...!

Volví, sí. ¡Qué dulce llanto  
el volverse a ver arranca!  
¡Mas tu frente estaba pálida,  
tu cabeza estaba blanca!

Que mi ausencia desdichada  
tu corazón lastimó,  
y el pesar de mis pesares  
tu cabello emblanqueció....

Juventud, locos placeres,  
ilusiones mundanales,  
¿valéis una sola gota  
de los ojos maternos?

Santa madre, ídolo mío,  
mi culto, mi única fe,  
¡con qué dolor a tus plantas  
confuso me arrodillé...!

¡Cómo ¡perdón! te gritaba  
y sollozaba tu nombre!  
¡Cómo mojaba tus canas  
con mis lágrimas de hombre!

¡Cómo las tuyas bañando  
mi rostro... y mi corazón,  
derramaban en mi vida  
el bautismo del perdón!

¡En pago de mis errores,  
en pago de mis agravios,  
bendiciones y consuelos  
sólo me dieron tus labios...!

Y desde entonces, mi madre,  
tú lo sabes un altar...  
levanté dentro de mi alma,  
para el ángel de mi hogar.

Y mi madre es mi cariño,  
mi fe, mi orgullo, mi amor;  
y porque la tengo, creo

en tu bendición, Señor.

Enrique, tú en la inocencia  
no comprendes todavía  
lo que es esa Providencia  
que llamamos Madre mía,

Y pues el cielo te ha dado  
una tan buena y tan bella,  
cuanto amor hay encerrado  
en tu alma, dáselo a ella.

Ese ángel que en tus ensueños  
ves, que se inclina a besarte,  
es ella que de tus sueños  
las horas viene a robarte.

Que para amor como el suyo  
es una vida bien poca,  
y por cada beso  
tuyo otra te diera su boca.

Alma a su alma prendida  
eres, con lazo de flores,  
y la vida de su vida,  
y el amor de sus amores.

Amala, no por el cielo,  
ámala, no por deber,  
sino porque ella es consuelo,  
y vida y santo placer.

Y en el alma, desde niño,  
levanta el místico altar  
de un infinito cariño  
para el ángel del hogar.

El Grijalva  
A la señora de Torre

No soy de aquella tierra. No tengo mis hogares  
a la tranquila sombra que dan los plataneros  
allá donde el Grijalva dilata su raudal.  
Mis campos, paternales, primaverales alfombra  
de flores y esmeralda, se tienden a la sombra  
de una soberbia tienda de zafir y cristal.

El regio Citlaltépetl. ¿Le conocéis señora?  
Yo vi, cuando era niño, los velos de la aurora  
tender sobre su frente magnífico dosel,  
bañarle en luz de rosa, por un instante... Y luego,  
el sol americano alzarse sobre él.

Y en la serena tarde, cuando con lento paso  
bajaba a los abismos remotos del ocaso  
su frente en un sudario de nubes a esconder,  
entonces el destello, ya tibio, de su lumbre,  
iba a besar muriendo la solitaria cumbre  
de la Montaña Estrella, como en adiós postrer...

Mas yo, no he conocido, señora, los umbríos  
bosques de vuestra tierra, allí, donde los ríos  
se aduermen al salvaje susurro del manglar;  
no he visto aquellas grutas de musgo tapizadas  
donde a la tibia sombra que dan las enramadas  
la falda de las selvas convida a descansar.

Allá en los florestales tranquilos y desiertos,  
no oí cómo celebran con dúlcidos conciertos  
los pájaros errantes su agreste libertad.  
No oí cómo, a lo lejos en el espacio vagan,  
y en el rumor del bosque suspiran y se apagan  
los ruidos misteriosos de la honda soledad.

No he visto, pensativo, bajo el amate umbrío  
los pálidos cristales de vuestro patrio río  
que «pasan, pasan, pasan...» y siempre pasarán.  
No he visto cómo inclinan las húmedas corolas  
sobre el temblante espejo de las movibles olas  
las flores que bordando sus márgenes están.

¡El férvido Grijalva! Espléndido monarca  
del bosque y la llanura, que cruza su comarca  
tendiendo en el desierto su manto de zafir,  
su manto que retrata celajes y arreboles,  
y en cuyas ondas brilla, como un collar de soles,

entre un olán de espuma, la lumbre del cenit.

Allí, en la clara noche oyendo la armonía  
solemne de sus aguas, la virgen Poesía  
quizá plegó sus alas, un cántico lanzó;  
y su eco, del Grijalva flotando en los rumores,  
en la arpa melodiosa que pulsan sus cantores  
sus notas más hermosas, dulcísima dejó.

¡Que pase el rey soberbio, del bosque y el desierto,  
de trémulos follajes por el dosel cubierto,  
besado por las flores que moja su cristal!  
Que pase entre los himnos grandiosos de la selva...  
hasta que como al hombre la eternidad,  
envuelva el piélago, insondable su pródigo raudal.

Señora, cuando lejos de Méjico la hermosa,  
al lado del que os ama feliz y dulce esposa  
las aguas del Grijalva mirando estéis correr,  
si de lejana tierra, cabe del patrio río  
os hablan los recuerdos..., oíd también el mío...  
¡Quién sabe si ya nunca nos tornemos a ver...!

La voz del arpa  
A Rosalinda

Derrama en mi alma triste  
de tu arpa vibradora  
el inefable acorde,  
la música de amor...  
Hay algo allá en el fondo  
del corazón, que llora,  
y tiene sed de lágrimas  
mi férvido dolor.

¿No sabes que tu arpa  
encierra en sus sonidos  
la voz de los recuerdos  
que idolatrando voy?

¿No sabes cuántos rostros  
hermosos y queridos  
se acercan a mirarme  
cuando escuchando estoy?

¿No sabes a qué abismo  
de amor y de tristeza,  
al eco de tu arpa  
desciende el corazón?  
¿Y que si bajo entonces  
doliente mi cabeza  
es porque pasa en mi alma  
su pálida visión...?

No sabes de quién hablo;  
la historia no has oído,  
de mi postrera dicha,  
de mi primer dolor;  
no sabes que en las ruinas  
del alma hay escondido  
el tétrico fantasma  
de mi primer amor.

Derrama en mi alma triste,  
de tu arpa vibradora  
el inefable acorde,  
la música de amor;  
hay algo allá en el fondo,  
del corazón, que llora,  
y quiere voz de lágrimas  
para llorar mejor.

Las dos  
Elvira y Elisa

Tierna como las flores, suave como el aroma,  
con la mirada dulce que tiene la paloma,  
de un ángel con el rostro, de un ángel con la voz,  
rosa de Italia blanca, ensueño de poeta,  
sombra, recuerdo vivo de la gentil Julieta,

Elvira, así sois vos.

Y pálida y ardiente, soberbia de belleza,  
deslumbradora alzando la espléndida cabeza,  
siendo los ojos noche y la mirada sol,  
ondina del Adriático que lleva en la garganta  
la voz apasionada, del alma cuando canta,  
Elisa, así sois vos.

Cuando las dos beldades os juntáis como hermanas,  
y formáis las dos voces una celeste voz,  
del arte y la belleza gentiles soberanas  
entonces, sois las dos.

Orfandad  
A María

¡Cuánto es triste pensar en tu destino,  
pobre niña que vas por tu camino  
sin bienhechora luz;  
atrás dejando en sus sepulcros yertos,  
yacer el polvo de tus padres muertos  
bajo la negra cruz!

Tú juegas, pobre niña, tú sonrías;  
cual linda mariposa entre alelúes,  
por la existencia vas.  
Aun no hieren tu planta los abrojos,  
aun no saben de lágrimas tus ojos,  
es tu alma toda paz.

En tus ojos purísimos aun tienes  
algo del cielo azul de donde vienes,  
paloma de candor.  
Toda inocencia, hoy eres todavía  
hermana de los ángeles, María,  
la hija del Señor.

Mas ¡ay, pobre ángel! cuando el mundo infame  
en tu inocente corazón derrame

su veneno mortal;  
cuando bañada en lágrimas, María,  
exclames sollozando ¡Madre mía!  
y madre no hallarás.

¡Ay!, una madre... Corazón que adora  
sin cansarse jamás; dolor que llora  
nuestro mismo dolor;  
alma a nuestra alma por el cielo unida,  
entrañable pedazo de la vida,  
único santo amor...

Una madre es así... y así es la mía...;  
y no la tienes, tú, pobre María;  
no hay ángel en tu hogar...  
¿Quién te la puede dar sobre la tierra?  
Cuanto tesoro el universo encierra  
no la puede comprar.

Dos, que al pájaro errante da la espiga,  
y cuida de la alondra, de la hormiga,  
y de la flor de abril,  
Dios el clemente, el bondadoso, el Padre,  
es un inmenso corazón de madre  
y el cielo te dará... ¡La tiene allí...!

La última flor  
A Manuela

Última flor... Para tus hojas secas,  
tiene el recuerdo su secreto llanto...  
Quizá serán las lágrimas postreras  
del corazón que padeciera tanto.

Última flor... Naciste con el día,  
abriste al cielo la gentil corola,  
fuiste el amor del sol y de la brisa...  
Hoy, yaces triste, marchitada y sola...

También yo tuve el cielo de unos ojos,

los suspiros de un alma enamorada,  
las caricias de un ángel... mi tesoro...  
los besos de su boca idolatrada.

Su mano resbalaba en mis cabellos,  
reposaba en su seno mi cabeza,  
y, secando mi llanto con sus besos,  
se embriagaba mi amor en su belleza...

Escuchaba su voz, canto, süave,  
inefable murmullo desprendido  
de un corazón de fuego, palpitante,  
que me daba latido, por latido.

Y la llamaba entre mis brazos mía,  
y muriendo de amor, la acariciaba,  
y muriendo de amor, dábame vida  
el beso, que mis labios abrasaba.

La dicha de la vida es una rosa  
que se seca también y se marchita;  
deshojose la flor... quedó el aroma...  
dulce memoria de mi amor bendita.

Las Gracias  
Álbum de las señoritas B.

Las Gracias, ¿dónde están? Las busco en vano.  
Esas Gracias de Teócrito y Virgilio  
que amenizaban el festín pagano  
y salían a danzar en el idilio,  
¿dónde las hallaré...? ¿Por qué no acude  
alguno de los dioses en mi auxilio?

Esto, dije en un tiempo; mas no pude  
por entonces hallar el grupo hermoso  
a quien la griega tradición alude.  
Era el caso, en verdad dificultoso,  
y ya desesperaba, cuando quiso  
mi destino voluble y caprichoso



arrojarme al umbral de un Paraíso.

¡Jalapa la gentil! Vaso de flores  
cuyo aroma, en el céfiro indeciso,  
es un filtro dulcísimo de amores  
que embriaga el corazón, que le enardece,  
y, arrancándole penas y dolores,  
la ardiente copa del placer le ofrece.

Jalapa la gentil, grato recinto  
donde la riente Flora se adormece  
en su lecho de rosas y jacinto,  
mientras le dan su incienso las aromas  
y en medio, del hojoso laberinto  
le regalan su arrullo las palomas.

Alcázar de las aves y las flores,  
tierra de promisión, ¿de donde tomas  
el hechizo inmortal de tus primores,  
la gracia sin rival de tus mujeres,  
la férvida pasión de sus amores?

Escondido rincón de los placeres,  
mansión primaveral de la Poesía,  
¿quién alcanza a decir lo que tú eres?  
¿quién alcanza a pintar la luz del día?

Jalapa de mi amor. ¡Cuán seductora  
te ofreces a mi ardiente fantasía!  
¿Quién de ti, si te ve, no, se enamora?  
¿Quién, si te ama cual yo, de ti se olvida?  
¿Quién, si cual yo te deja, no te llora?  
Allí el recuerdo de mi amor se anida,  
allí embriagó mis ojos la hermosura,  
allí de flores se cubrió mi vida.  
Aun oye el corazón en su locura,  
como un suspiro, melodioso y blando,  
la cariñosa voz de la ternura  
dentro de mi alma penetrar llorando.  
¡En la negra pestaña veo, las perlas  
de aquellos ojos que besé temblando,  
temblando de pasión, al recogerlas!

Allí mi inspiración ansió atrevida  
alas y extensión para tenderlas  
por los gloriosos campos de la vida.  
Allí mi lira juvenil y loca

lanzó feliz su vibración sentida,  
allí la vida pareciome poca  
para amar y sentir... ¡Allí he saciado  
de besos y de lágrimas mi boca...!

Allí...

-¿Pero las Gracias, desdichado,  
de que quisiste hablar?-

¡Ay! es muy cierto,  
mas el dulce recuerdo, idolatrado.  
que guarda el corazón, hallole abierto,  
y sin pensarlo se escapó impaciente  
de aquel pasado, al venturoso huerto.  
¿Quién no se acuerda de la dicha ausente?  
¿Quién, del frío pensar sin el auxilio,  
puede decir al corazón «detente»?

Las Gracias inmortales de Virgilio  
que amenizaban el festín pagano  
y salían a danzar en el idilio;  
derrocado el Olimpo soberano,  
se refugiaron lindas y risueñas  
en un rincón del suelo mejicano  
y se apellidan hoy LAS JALAPEÑAS.

Las diosas  
A las señoritas Agramonte

Cuando en un día de proscripción y duelo,  
en busca ya de playas extranjeras,  
de Cuba abandonasteis las praderas,  
el sol de fuego y el brillante cielo;

sin duda que en amargo desconsuelo  
viéndoos partir lloraron sus riberas,  
y al deciros adiós en sus palmeras  
gimió la brisa del nativo suelo.

Porque si Cuba es concha de los mares,  
vosotras sois sus perlas más hermosas;

si Cuba es un jardín entre palmares,

vosotras sois sus flores más preciosas;  
y si Amor levantara sus altares,  
de esos altares os hiciera diosas.

## Rosario

Cuando hizo Dios a la mujer primera  
tan bella la encontró que hacerlo quiso  
un presente de amor que digno fuera  
de su beldad y diole el Paraíso.

Era digno este don, de su hermosura...  
Del sol a los primeros resplandores,  
Dios ¡despertó del bosque en la espesura  
el mundo de las aves y las flores.

Allí tendió para la planta inquieta  
de Eva feliz vagando en la arboleda,  
el blando musgo, la gentil violeta  
y el jacinto de pétalos de seda.

Y derramó en las brisas empapadas  
en la nube sutil de los aromas,  
el distante rumor de las cascadas  
y el cercano arrullar de las palomas.

Y puso claras fuentes do pudiera  
Eva mirar su espléndida hermosura,  
y tender su flotante cabellera  
cual manto de oro sobre la onda oscura.

Y dilató a sus ojos extasiados  
el bosque umbroso, la campiña almena;  
y más allá los montes escarpados  
y la atmósfera azul, limpia, y serena.

Luz, riqueza, esplendor, bienes sin nombre,  
diole el Señor a la mujer primera;  
después de Dios ¿qué le quedaba al hombre

que dar a su divina compañera?

Nada... y todo. La sangre generosa  
que ya en su altivo corazón ardía,  
aquella vida mística y hermosa  
que en los jardines del Edén nacía.

Y su alma, la inmortal, la chispa viva  
que enciende Dios en la terrena escoria,  
la siempre soñadora por cautiva  
de eternos goces y de eterna gloria...

Eva al mirar la gran Naturaleza  
tan rica, tan fecunda y tan hermosa,  
a Dios alzó la atónita cabeza...  
y le sonrió bellísima y dichosa.

Pero al mirar al hombre, estremecida  
presintiendo de amor los dulces lazos,  
suspiró ruborosa y conmovida...  
y al blanco seno se cruzó los brazos.

Y dicha y vida y alma, y el portento  
del Paraíso ante su esposa bella todo,  
el hombre lo dio por el tormento  
de amarla mucho y de llorar con ella.

Así nació el amor. Dios no lo quiso;  
oyó el hombre su voz aterradora  
y traspuso el dintel del Paraíso,  
en pos de la primera pecadora.

Así nació el amor, a la hora impía  
en que Dios indignado castigaba,  
en que Satán glorioso sonreía,  
callaba el hombre y la mujer lloraba.

Por eso amor en el Edén nacido  
en una hora fatal de encanto y duelo,  
es siempre un ángel al nacer herido,  
por la celosa cólera del cielo.

Por eso cual reptil la desconfianza  
se abriga en pechos del amor ya presos,  
y tiembla dentro el alma la esperanza  
y se mojan con lágrimas los besos.

Amor nacido en el lindero triste  
que separa el Edén del mundo yerto,  
¿te acuerdas de las dichas que perdiste?  
¿aun respiras las flores de tu huerta?

¿Te acuerdas cuál gimió bajo las palmas  
de aquel beso primer el eco tierno?  
¿Presientes la ventura de las almas  
en las caricias de su amor eterno?

Quién sabe, pobre amor; alma y materia  
tú, como el hombre del Edén proscrito  
envuelto en idealismo y en miseria  
reclamas, como patria lo infinito.

Yo sólo, sé que hay goce en tus pesares  
y que en todos tus goces hay tormento,  
que -Deidad implacable- en tus altares  
arde del hombre el corazón sangriento...

Sólo sé que por ti, ya inobediente,  
se puso el hombre con su Dios en guerra,  
y que amargó, proscrito y delincuente,  
con su primera lágrima la tierra.

Mas sé también que si de mí delante  
Dios pusiera otro Edén y me lo diera,  
¡sin ver... sin vacilar un solo instante  
por la mujer que adoro lo perdiera!

## Asunción

¿Te acuerdas de su adiós...? Hay un instante  
en la revuelta historia de la vida  
que el alma que adoró jamás olvida,  
y es el instante del postrer adiós.  
Las manos que se estrechan, que se aprietan  
convulsas con presión desesperada;  
las lágrimas que empañan la mirada,  
los sollozos que tiemblan en la voz;

la palidez que los semblantes cubre,  
el íntimo dolor de los abrazos,  
todo quiere decir que hecho pedazos  
y agonizando el corazón está.  
Todo quiere decir que nuestra vida,  
la vida toda de nuestra alma entera  
está en otra alma dulce compañera,  
que siempre unida a nuestra suerte va.

Este mundo es tan triste; esta jornada  
de la cuna al sepulcro es tan sombría,  
que un alma siempre sola no podría  
soportar la fatiga del vivir.  
Así lo quiere Dios. Penas y goces  
debemos compartir con los que amamos,  
para dicha mayor cuando gozamos,  
para mejor consuelo en el sufrir.

Una alma que está sola, que no tiene  
ni una pálida luz entre su sombra,  
que a nadie espera, que a ninguno nombra  
que no tiene, ¡infeliz!, por quién llorar;  
que ante un recuerdo para siempre amado,  
temblando de emoción no se despierta,  
¿no es verdad que es un alma que está muerta  
pues la vida del alma es sólo amar?

Feliz quien ama, aunque el dolor impío  
su triste sombra al corazón arroje,  
y tempestuosa la pasión deshoje  
la pasajera flor de la ilusión.  
Feliz quien ama, sí; felices ojos  
los que saben llorar por el ausente;  
feliz el alma que sufriendo siente  
que otra alma la acompaña en su aflicción.

La dicha es nada más el sueño de oro  
del infortunio en la mezquina tierra;  
pero cuanta es posible no la encierra  
más que el amor, que goza en padecer,  
Feliz, bella Asunción, quien mucho ama  
y llena con su amor una existencia;  
feliz quien logra tras amarga ausencia  
la inmensa dicha de volverse a ver.

## Margarita

Allá cuando fui joven, seductora  
la musa del amor y la belleza  
vino hacia mí, coqueta y tentadora,  
ante mis ojos desplegó sus galas,  
y cubriendo un instante mi cabeza  
con la mágica sombra de sus alas,  
de una lira tan pobre cual la mía  
arrancó inspiradora  
raudales de pasión y de armonía.

Yo, era joven, la musa era coqueta,  
como bella mujer, y sus favores  
prodigome indiscreta.  
Entonces por acaso, fui el poeta  
cantor de la hermosura y los amores,  
y en sus ardientes aras  
quemé mi incienso, y esparcí mis flores.

Mas hoy, pese a mi estrella,  
en vano busco a la gentil doncella  
musa gentil de mis tempranos días.  
Me deja... Ya no tengo para ella  
juventud, esperanza y alegrías.  
Inconstante y voluble me abandona,  
de entre mis brazos, pérfida se salva,  
arranca de mis sienes su corona,  
la espantan mi aislamiento,  
mis ojos ciegos, mi cabeza calva,  
y el hallar a mi lado, torva, fría,  
pálido, huésped de los mustios años  
en que el otoño de la vida empieza,  
la musa funeral de la tristeza  
del tedio y los amargos desengaños.

Así, pues, adorable Margarita,  
Margarita preciosa cual las perlas,  
Margarita gentil como las flores,  
más bella y exquisita  
que el diamante de vívidos fulgores;

¿qué te puedo decir, mi dulce hermana,  
que digno de ti sea,  
que digno sea de tu edad temprana?  
¿Qué te puedo decir, amiga mía,  
si tengo el alma de tristezas llena  
y está rota mi lira, y ya no suena  
«como en un tiempo, cuando Dios quería?»

¡Nada te digo ya...! Calle el poeta,  
que no sabe cantar como merece  
la grata seducción de la hermosura,  
y que en pálidos versos sólo ofrece,  
sin color ni frescura,  
despojos de una lira que envejece.

Mas no envejece el corazón nacido  
para amar y sentir constantemente,  
y que sentir y amar siempre ha sabido  
cariñoso y ardiente.  
Y es él, mi corazón, a quien escucho,  
cuando te digo, aunque en humilde prosa,  
pues para hacerlo en verso ya no lucho:  
¡Margarita gentil, flor primorosa,  
paloma del hogar, perla preciosa,  
Margarita de amor... te quiero mucho!

Isabel

¡Isabel, Isabel... quiero cantarte!  
mas ¿qué puedo decir en tu alabanza  
si eres más dulce tú que la esperanza,  
si eres más bella tú que la ilusión?  
¿si pensando que te hablo, me parece  
que me miran tus ojos de querube,  
y la palabra que a mi labio sube  
tímida retrocede al corazón...?

Yo, pobre trovador de los recuerdos  
de mi alma en el dolor envejecida,  
cantor de las tristezas de mi vida  
en pos de un sueño de imposible amor;



yo, que las flores de mi dicha puras  
perderse vi del mundo en la corriente,  
¿ofreceré para ceñir tu frente  
las pálidas adelfas del dolor...?

No; yo pregunto al corazón tu nombre,  
y tu nombre levanta en mi memoria,  
hermosa como el sueño de la gloria,  
tu seductora imagen, Isabel.  
Ella del corazón en la tiniebla  
encenderá la llama inspiradora,  
hará brotar, destello de la aurora,  
en un desierto, flores de vergel...

Yo, soy un soñador, un visionario:  
cuando en la sombra de la noche velo  
miro, tal vez, imágenes del cielo,  
el mundo de mi mente atravesar,  
Son del sueño las vírgenes ideales,  
pálidas, melancólicas y bellas...  
Si te pareces, Isabel, a ellas,  
¿cómo puedo tu sombra bosquejar?

¿Qué decir de la mágica sonrisa  
que vaga dulce entre tus labios rojos?  
¿Qué decir de tus ojos, si tus ojos  
son en tu faz como en el cielo el sol?  
¿Qué decir de tu frente soberana?  
¿Qué decir de tu poética belleza,  
si mirando tu espléndida cabeza  
se piensa en los arcángeles de Dios...?

Si lo que puede Dios pudiera el hombre,  
con estrellas trenzara tus cabellos,  
y luminosa prendería en ellos  
guirnalda de luceros a tu sien.  
Horizontes de luz y de zafiro  
a tu mirada de ángel abriría,  
y tu senda feliz alfombraría  
con las rosas perdidas del Edén.

Y poblara la sombra de tus noches  
con visiones de arcángeles risueños,  
que tenderían, por velar tus sueños,  
sus blanquísimas alas sobre ti;  
y arrojara del mundo los pesares,  
y la tierra llenara de alegría,

porque nunca una lágrima sombría  
marchitara tus labios de rubí.

Isabel, Isabel... Quise cantarte...  
Mas, ¡rómpanse las cuerdas de mi lira...  
El que tus ojos una vez admira,  
el alma loca sentirá después.  
Corona celestial es tu hermosura...  
¡Que la dicha sus flores le entreteja!  
Yo... nada soy... ¡Pero que ponga, deja,  
el alma, entre mis versos, a tus pies...!

Rosa

Dulce cantora de Atoyac, levanta,  
al suave ritmo de tu lira de oro,  
de tu almo verso el revolar canoro  
y como el ave en la enramada, canta.

Voz de pasión, en femenil garganta,  
ya que tiemble feliz en un te adoro,  
ya que so moje en escondido lloro,  
al son de un arpa cual la tuya, canta.

Así como la aurora entre las flores  
va esparciendo sus gotas cristalinas,  
de esa tu arpa derrama los primores

en tantos corazones que fascinas  
y olvida entre el aplauso, y sus loores  
que eres Rosa y te cercan las espinas.

Luisa

Anoche, al dejarte,

tu imagen preciosa  
flotaba en mi mente,  
tan pura y hermosa  
cual flota en un sueño  
celeste visión.  
Tu frente miraba  
tan limpia y serena,  
tu pálida frente  
color de azucena,  
la frente de un ángel  
que está en oración.

Miraba tus ojos,  
tus ojos de estrellas,  
que tienen miradas  
tan dulces y bellas  
cual rayo de luna  
tendido en el mar.  
Miraba esa vaga  
perenne sonrisa  
que olvida en tu boca  
de púrpura, Luisa,  
el ángel del sueño,  
tu labio al besar.

Miraba todo esto,  
fingiendo mi mente  
que el mundo es el turbio  
raudal del torrente,  
y tú, flor sencilla  
que al margen creció.  
¡Que nunca sus aguas  
de amargas, congojas  
de tu alma de lirio  
se lleven las hojas...!  
En ese torrente  
mi fe se perdió.

¡Feliz si no sabes  
lo que es en la vida  
sentir toda el alma  
de amor encendida,  
poblada de sueños,  
radiante de fe!  
Tener pensamientos  
que abrasan la frente,  
sentir la esperanza

de dicha impaciente,  
vivir delirando,  
soñar... no sé qué.

Oír en el agua  
que corre, un lamento,  
oír un suspiro  
que pasa en el viento,  
diciendo fugaces  
La vida es amor.  
Y oyendo ese nombre  
mirar las estrellas,  
y ver que en el cielo,  
escribe con ellas  
la misma palabra  
la mano de Dios.

Pasar de la noche,  
las horas calladas  
fingiéndose en la sombra  
visiones amadas,  
también murmurando:  
La vida es amor;  
y entre ellas la virgen,  
la virgen bendita  
que enciende en el alma  
pasión infinita,  
pasión que es un mundo  
de dicha y dolor.

Amar con delirio,  
con loca ternura,  
y huérfano y solo  
morir de tristeza,  
sin una esperanza  
de dicha quizá;  
tan sólo adorando  
la santa memoria  
de un sueño inefable  
de amor y de gloria,  
que un tiempo gozamos  
y no volverá.

¡Feliz si no sabes...!  
mas no; quien ignora  
lo que es el insomnio,  
del alma que llora

tristezas celestes,  
pesares de amor;  
quien nunca recuerda  
placeres perdidos,  
quien triste no guarda,  
secretos queridos,  
ni vive adorando  
su propio dolor;

es sólo una sombra  
que cruza la vida,  
estéril, errante,  
mezquina, perdida,  
cerebro sin mente,  
pupila sin luz...  
¡Amar es el alma  
lanzar al delirio,  
bañarse en la dicha  
sufriendo el martirio,  
alzarse a los cielos  
clavado en la cruz!

¡Oh, pálida Luisa,  
si encuentras acaso  
un alma enclavada  
de amor en la cruz,  
viajera divina  
que cruzas de paso,  
sé su ángel de amores,  
sé su ángel de luz!

Luz

¡Luz es todo lo bello! Luz la aurora,  
ráfaga de oro tras la noche umbría,  
y la antorcha del sol deslumbradora  
sobre la tierra destellando el día.

Luz es la luna solitaria y blanca,  
confidenta del alma en sus dolores,  
luz la brillante lágrima que arranca

del virgen corazón pena de amores.

Luz el insomnio de la mente inquieta,  
cuando la casta virgen Poesía  
viene a besar la frente del poeta  
y a verter en su arpa melodía.

Luz es el alma en que el amor enciende  
por vez primera su celeste llama:

de luz las alas que soberbio tiende  
un pensamiento que la gloria inflama.

Y luz es la existencia, fatuo fuego  
que de la sombra de la cuna brota,  
brilla un instante... y desaparece luego,  
de los sepulcros en la noche ignota.

Y luz del porvenir es la esperanza,  
luz del alma la fe, luz de la vida  
estos sueños de amor y venturanza  
tras los que corre el ánima perdida.

Y luz es tu beldad ¡oh, Luz más bella  
que la vaga ilusión que me enamora!  
Luz, arcángel que pasas, Luz, estrella  
en la noche del alma que te adora.

Yo te amo, sí, fantasma de mis sueños,  
con el amor ideal de mis delirios,  
yo, soñador de arcángeles risueños  
y vírgenes más puras que los lirios.

Como a ellas te amo, sí; que como ellas,  
eres himno, perfume, melodía;  
y si no te coronan las estrellas,  
de tus miradas se desprende el día.

Estrella de beldad, si Luz te llamas

es porque llevas en tu frente aurora,  
porque la luz que con mirar derramas,  
alumbra el corazón, y le enamora.

Mujer de bendición, inolvidable,  
realizada creación del pensamiento.  
¡Nunca a mi labio dejaré que te hable,  
nunca, ilusión, te deshará mi aliento!

Como la estrella en el azul perdida  
que se mira, se adora y no se alcanza,  
así, mi Luz, estrella de mi vida,  
te idolatra de lejos mi esperanza.

## Dolores

Dolores, bella Dolores,  
¿quién ese nombre te dio?  
Te soñaron los Amores  
y de estrellas y de flores  
Dios, sonriendo, te formó.

Dio a tu frente la pureza  
y el color del azahar,  
y tu lánguida cabeza  
coronó con la belleza:  
ser hermosa, ¿no es reinar...?

Son tus labios ambrosía,  
tus palabras melodía,  
tus sonrisas arrebol;  
en tu rostro luce el día,  
en tus ojos brilla el sol.

Dolores, bella Dolores,  
¿quién este nombre le dio?  
Si te crearon los Amores,  
¿qué dolor, qué sinsabores,  
tu presencia no ahuyentó?

Bien hayas tú, la galana,

la bellísima entre mil,  
la más linda flor poblana  
que descuella soberana  
de esta tierra en el pensil.

Bien haya la soñadora,  
la de dulce inspiración,  
cuyas notas cuando llora  
son las perlas de la aurora  
en la flor del corazón.

Que huyen al viento dispersos  
los duelos del padecer,  
oyendo cuál brotan versos  
dulces, sonoros y tersos  
los labios de una mujer.

Bien hayas tú, la preciosa,  
la bellísima entre mil,  
luz de aurora, perla hermosa,  
sueño de oro, blanca rosa,  
de la vida en el Abril.

Y pues te llamas Dolores,  
selo en el nombre no más;  
para ti... tan sólo flores,  
dichas, encantos, amores...  
pero lágrimas... jamás.

Genoveva

Sola y oculta en el rincón del huerto  
exhala su perfume la violeta;  
sola se queja en escondida grieta  
gentil paloma en el pensil desierto.

Sola, del cielo en el confín incierto,  
brilla y derrama inspiración secreta  
esa estrella querida del poeta,  
que resplandece cuando el sol ha muerto.



Así violeta de fragante aroma  
que perfuma los místicos altares,  
solitaria y dulcísima paloma  
ajena de este mundo a los azares  
y blanca estrella que apacible asoma,  
eres tú, Genoveva, en tus hogares.

### Catalina

«-Patria, familia, hogar..., ¿qué os habéis hecho?  
Quedó la patria tras los anchos mares,  
destruyó el infortunio mis hogares  
cual pobre nido al huracán deshecho.

¡Mi familia, mi amor...! Aquí en mi pecho  
convertí sus sepulcros en altares,  
y he llorado... he llorado mis pesares  
huérfana ¡ay! bajo extranjero techo.»

Así te vi exhalar en hondo duelo  
quejas que al Dios del desterrado claman,  
hija preciosa del cubano cielo.

Llanto tus ojos con razón derraman;  
mas tu patria, tu hogar en este suelo,  
está en el corazón de los que te aman.

### Fúnebres

La desposada de la muerte  
Corona fúnebre de la Sra. Ana María de la Serna y Campbell de Thomas

Coronaban su frente todavía  
los castos azahares,  
el velo de la esposa la cubría

y la nupcial antorcha despedía  
su misteriosa luz en los altares.

Amor, engalanado, jubiloso,  
sus alas recogiendo,  
aun estaba, con aire victorioso,  
en los labios el dedo, y malicioso  
ante la puerta del hogar sonriendo.

Y aun, ebrio con la dicha de su suerte,  
en tan felices lazos  
el esposo dormía, cuando la muerte  
llamó impaciente, penetró, y ya inerte,  
la arrancó sin piedad de entre sus brazos.

Trocose el beso sobre el labio muerto  
en lúgubre quejido;  
el ángel del amor, pálido y yerto,  
las alas agitó con vuelo incierto  
y entro sus labios sofocó un gemido.

El soplo helado del espectro rudo  
apagó temerario  
la lámpara nupcial... Está ya mudo  
y desierto el hogar; en el desnudo  
tálamo, nada más queda un sudario.

¡Ah! ¡todo en vano fue, todo! ¡Ventura,  
juventud y riqueza,  
virtud, amor, talento y hermosura,  
todo de un soplo se perdió en la oscura  
noche, en que la honda eternidad empieza!

¡Pero no la lloréis, no...! Sin ruido  
¿no habéis su vaga sombra  
a vuestro lado alguna vez sentido?  
¿No llega sin rumor a vuestro oído  
una voz como de ángeles que os nombra?

Es Ella; está invisible, mas no ausente.  
Deja un instante el cielo  
por venirte a traer, madre doliente,  
con invisibles besos en tu frente  
la inefable caricia del consuelo.

¡No la lloréis! Celeste mariposa,  
la noche del desierto

atravesó fugaz y luminosa;  
ahora vaga feliz de rosa en rosa  
por los jardines del divino huerto.

¡No la lloréis..., feliz! Bodas mejores  
para esas almas bellas  
hace el Dios de los místicos amores.  
Son en el mundo efímeras las flores  
y eternas en el cielo las estrellas.

En la tumba de la señorita Z.

Venid, y flores derramad y llanto  
sobre esta tumba. La que aquí reposa,  
en el jardín del mundo fue una rosa,  
y así como las rosas, se agostó.

El ángel tenebroso de la muerte  
tendió sobre ella su terrible vuelo,  
y se durmió sonando con el cielo,  
y en el cielo con Dios le despertó.

Manuel Ocaranza

Cuando ante el lienzo, virgen todavía,  
inmóvil el artista se quedaba,  
la frente erguida, la mirada ardiente  
y en la mano el pincel, bella, riente  
hasta él la diosa inspiración bajaba,  
dejaba un beso rápido en su frente,  
y tomando la mano en que temblaba  
el pincel, ya mojado en la paleta,  
arrojaba en el lienzo del artista  
las creaciones del alma del poeta.

Así con la osadía  
del espíritu en que arde y centellea  
la llama esplendorosa de la idea,  
la inspiración magnífica del arte,  
robó Ocaranza su fulgor al día,  
su sombra al bosque, su zafir al cielo,  
y su honda palidez y desconsuelo  
al rostro de la virgen conmovida  
que ve, con llanto que del alma brota,  
la imagen ¡ay! de su «Ilusión perdida»  
en la azucena que se inclina rota.

Quedan allí los acabados cuadros  
de su fácil pincel. Naturaleza,  
como una virgen que el amor conquista  
y se deja robar por el amante  
beso tras beso en lánguida pereza,  
se dejaba robar por el artista  
sus secretos de luz y de belleza.

.....

Un solo cuadro, artista, no acabaste,  
el cuadro de tu vida transitoria.  
¡Qué triste y qué incompleto le dejaste!  
Al través de la gasa mortuoria  
que lo cubre, se mira inmaculada  
brillar como la luz de una alborada  
la hermosa luz de tu temprana gloria.  
A su tenue fulgor, símbolo triste  
del abandono cruel y del tormento  
que en el mundo acompañan al talento,  
se ve una cruz... Sencilla y aun reciente,  
la corona caída de tu frente  
enlaza de la cruz los negros brazos...  
Y al pie de aquella cruz tan triste y sola,  
tu mágico pincel hecho pedazos...

Lo demás es la sombra, la terrible  
sombra que viene del sepulcro abierto,  
la sombra pavorosa  
en donde duermes ya, pálido muerto,  
sin aplauso, sin pompa, sin testigos,  
la sombra de esa noche sin mañana  
donde llegar no pueden  
los pobres ruidos de la gloria humana;  
mas donde acaso llegue

el sollozante adiós de tus amigos...

Tercera parte  
Traducciones, imitaciones y composiciones varias

Aparición  
(Víctor Hugo)

He visto un ángel blanco. Sobre mi sien tendía  
sus alas deslumbrantes... Su frente en la sombría  
tiniebla de la noche miré desaparecer.  
«-¿Qué es lo que buscas, ángel, en la nocturna calma?»  
le dije, y respondiome:

«-Yo, vengo por tu alma.»

Entonces tuve miedo, porque era una mujer.

-¡Oh, déjame mi alma! -gritele suplicante.  
¿Adónde te la llevas, incógnito habitante  
de yo no sé qué mundo...?

Y nada respondió.

-¿Te llevarás mi alma al emprender el vuelo;  
y qué a mi pobre vida le quedará en el suelo?  
El ángel se callaba... El cielo se enlutó.

-Viajero de los cielos, yo quiero conocerte.  
¿Acaso eres la vida...? ¿Acaso eres la muerte?  
El ángel se hizo negro, y dijo:

«-Soy Amor.»

Pero su faz de sombra más bella era que el día,  
brillaban sus pupilas entre la niebla fría,  
y vi tras de sus alas los astros del Señor.

Yo amo  
(Alfredo de Musset)

¡Yo amo!, Es la palabra melodiosa  
que al viento arroja la Creación entera,  
a las aves del bosque  
al arroyo que cruza la pradera...

¡Yo amo! Será el postrero  
triste suspiro que la tierra lance,  
cuando cayendo en la perpetua noche  
el hondo arcano de su fin alcance.

¡Yo amo! También vosotras,  
blancas estrellas que la noche viste,  
también cantáis en la sagrada esfera  
esta palabra encantadora y triste.  
La más pequeña de vosotras quiso  
de la creación en el supremo instante,  
buscar en los espacios sin medida  
al sol hermoso, su inmortal amante.

Y la amorosa estrella  
a los espacios se lanzó profundos;  
pero, también enamorada, de ella  
otra fue en pos...

Y, desde aquel momento,  
en marcha están los mundos  
alredor del inmenso firmamento.

¡Despierta...!  
(Víctor Hugo)

Ya brilla la aurora y aun no abres tu puerta,  
al beso del aura la flor está abierta  
¿y aun duermes y sueñas, angélica flor?  
Yo te amo y te canto, señora... Despierta...,  
despierta, mi vida, que es hora de amor.

Despierta, señora,  
y escucha al cantor,

que canta y que llora  
su trova de amor.

Están a tu puerta llamando, alma mía,  
dulcísimas voces, de blando rumor...  
La aurora te dice: Abril soy el día.  
El pájaro canta: Yo soy armonía.  
Y mi alma suspira: Yo soy el amor.

¡Despierta...! Es la hora  
del ave y la flor,  
del alma que llora  
sedienta de amor.

¡Arcángel, te adoro! ¡Mujer, yo te amo!  
Mitades de un alma nacimos los dos;  
por eso a tu vida mi vida reclamo,  
por eso te canto, por eso te llamo,  
por eso nos junta la mano de Dios.

Despierta, señora;  
ya cesa el cantor,  
ya pasa la aurora...  
Mas queda el amor,

To Jenny  
(Lord Byron)

Hay una virgen de alma cariñosa,  
tan tiernamente al corazón unida,  
que separar su vida de mi vida  
fuera lo mismo que romper las dos.

Hay un semblante pálido y hermoso  
que siempre miro porque está en mi alma,  
y que en la sombra de la noche en calma  
vela con mi ángel cuando duermo yo.

Hay unos negros ojos, adormidos  
a la sombra ideal de la pestaña,

cuya mirada celestial empaña,  
la tristeza dulcísima de amar...

Ojos que buscan en los ojos míos  
el idioma del alma silencioso;  
ojos dichosos si me ven dichoso,  
ojos que lloran si me ven llorar.

Hay la flor de una boca purpurina  
que tan sólo mis labios han opreso...  
Allí temblaba el inefable beso  
del alma casta en su primer amor.

Hay una voz más grata a mis oídos  
que el eco de una música del cielo,  
voz de vaga ilusión, voz de consuelo  
para el alma cansada de dolor.

Hay un cabello derramado en rizos  
que entreteje mi mano cariñosa,  
una cabeza lánguida y hermosa  
que dulcemente desmayando va.

Hay un seno de amor, tibio y tranquilo,  
donde reclino pálida mi frente  
cuando la copa del dolor, ardiente,  
el alma mártir apurando está.

Hay un amor tan grato como el sueño  
que tuviera un arcángel en la gloria,  
un amor para el mundo sin historia,  
un amor que no sé cómo llamar.

Dos vidas que antes de encontrarse fueron  
dos mitades de un alma desprendidas,  
hoy, al hallarse para siempre unidas,  
¿quién las puede de nuevo separar?

Dos corazones hay que a un tiempo mismo  
palpitan de placer o se entristecen,  
y cuanto más en adorarse crecen  
más ávidos se sienten de pasión.

Dos almas de ventura tan suprema,  
que cruel, al separarlas, la fortuna...  
¿al separarlas...? ¡no...! sólo son una  
que eterna vive de su eterno amor.



Anoche  
(V́ctor Hugo)

Ayer, el blando soplo del aura de la noche  
de las agrestes flores que tarde abren su broche  
traía hasta nosotros el embriagante olor...  
La noche iba cayendo, los ruidos se adormían,  
las alas de la sombra tranquilas envolvían  
en su palacio de hojas al pájaro cantor.

El aire estaba tibio; su ráfaga ligera,  
traía, en perfumado vuelo, de la pradera  
cual de invisibles bocas besándose, el rumor...  
Y leves susurraban las hojas de las palmas;  
nupcial era la sombra... Allí de nuestras almas  
abriose a las estrellas la misteriosa flor.

Yo estaba junto a ella, su mano entre mis manos,  
perdidos en la noche sus ojos soberanos,  
en mi hombro reclinada la pensativa sien.  
La hablaba en voz muy baja; porque era la hora santa  
en que algo que va al cielo del alma se levanta,  
y la mirada al cielo levantase también...

La noche suspiraba; besábanse las palmas;  
el estrellado cielo estaba en nuestras almas,  
flotaba en los espacios el alma del Amor...

.....

Y al asomar el blanco crepúsculo del día,  
me dije recordando la imagen de María:  
he visto entre la sombra el ángel del Señor.

El arpa  
(Lord Byron)

Triste el ánimo está. Busca en el arpa,  
en el arpa de Heber, esos gemidos  
de la vibrante cuerda, tan queridos  
a mi ya latigado corazón.  
Si ha quedado, siquiera una esperanza  
en el fondo de mi alma sin ventura,  
despertará consoladora y pura  
al eco de la triste vibración.

Si ha quedado una lágrima postrera  
en mis áridos ojos escondida,  
ruede por la mejilla enflaquecida  
y ya mi corazón no abrasará.  
Pero quiero una música muy triste...  
triste como el rumor de ese gemido  
que exhala con su llanto, en el olvido  
un corazón sin esperanza ya.

Triste como el sollozo con que damos  
a la ilusión de amar la despedida,  
triste como la lágrima vertida  
por el recuerdo del amor primer.  
Está llena de lágrimas el alma,  
necesita llorar... ¡Ah! si no llora,  
esta angustia cruel que la devora  
acabará con mi cansado ser.

¡Tanto ha ya que alimento mis pesares  
aquí en la soledad del alma mía;  
tanto ha ya que padezco en la sombría  
noche de mi existencia funeral;  
que ya es tiempo que cesen mis dolores  
a sufrir más mi corazón no alcanza!  
O que brote en el alma una esperanza  
al influjo de tu arpa celestial.

Más  
(Canto eslavo)

Mirando los tumbos de la ola bravía  
la niña decía:  
«-¿Hay algo más vasto que el vasto Océano?  
¿Hay algo querido aun más que un hermano?  
¿Hay algo más dulce  
quizá que la miel?»

Y un pez le responde, saliendo a la orilla:  
«-¡Oh, niña sencilla!  
El cielo es más vasto que el vasto Océano;  
se quiere al amante aun más que al hermano,  
y un beso es más dulce  
que toda la miel.»

¡Siempre amar...!  
(Alfredo de Musset)

-¿Qué me importa la muerte...? ¿qué la vida...?  
¡Quiero amar y de amor palidecer!  
¡Tan sólo por un beso yo daría  
la idea que sienta en mi cerebro arder!

¡Quiero, por mi mejilla enflaquecida  
de la pasión las lágrimas sentir!  
¡Quiero gozar la inexplicable dicha  
de, por amar con frenesí, sufrir!

Quiero contar que herido de un engaño  
juró no amar mi corazón jamás...  
Y ahora es el juramento que hago  
no vivir un instante, sin amar...

Corazón desbordado de amargura,

¡despójate de orgullo y de desdén!  
Rasga ya la mortaja que te enluta,  
vuelve a la vida y al amor también.

Después de haber sufrido -es el destino-  
¡ay! es, preciso sin cesar sufrir;  
después de haber amado ¡ay! es preciso,  
¡amar... y siempre amar... hasta morir!

El silfo  
(Víctor Hugo)

Estaba la noche muy negra, muy fría;  
y ya moribunda la luz del hogar  
tras góticos vidrios apenas lucía.  
Adentro una niña... ¿velaba? ¿dormía...?  
Alguno por fuera llamaba al cristal.

«-Soy en la límpida esfera  
el hijo vago y risueño  
del sol y la primavera,  
un silfo... menos que un sueño.  
Soy el espíritu errante  
que desprende del rocío  
la mañana al despertar,  
soy del éter habitante,  
y en la noche, por el frío,  
soy el huésped del hogar.

Esta tarde, entre las flores,  
una pareja dichosa  
estaba hablando de amores  
en voz baja y cariñosa.  
Yo de muy cerca la oía;  
cuando de pronto en un beso

que su palabra cortó,  
cogieron un ala mía...  
y aun estaba yo allí preso,  
cuando la noche llegó.

Es ¡ay! demasiado tarde  
para que yo entre a mi broche.  
Estoy solo... soy cobarde...  
¡Ábreme por esta noche!  
Deja que duerma en tu lecho,  
y cuando vierta la aurora  
su luz primera me iré,  
tendré lugar muy estrecho,  
y te prometo, señora,  
que muy poco ruido haré.

Mis hermanos han hallado  
un albergue en el rocío;  
solo y fuera me he quedado...  
¿Adónde encontrar mi broche?  
Tengo miedo... y tengo frío.  
No hay una luz en el cielo,  
en los campos una flor...  
¡Ábreme por esta noche!  
¡No tengas ningún recelo...!  
¡Si yo soy... todo candor!

¡Ábreme! Sus densos flancos  
pavorosa la tiniebla  
de horribles espectros blancos  
y negros fantasmas puebla.  
Entre el follaje sombrío  
como lívidas miradas  
los fuegos fatuos se ven;  
y sobre el agua del río  
claridades azuladas  
lívidas flotan también.

¡Ábreme, señora mía!  
Porque en los campos desiertos,  
tras la colina sombría  
están bailando los muertos.  
A sus almas desveladas  
da la noche pavorosa  
un sudario de vapor.  
Si esas fantasmas heladas  
por divertirse, a su fosa

me arrebataran... ¡qué horror!

Si desoyes mi gemido,  
¿buscaré los musgos viles  
y disputaré su nido  
miserable a los reptiles?  
¡Ábreme por un momento!  
Son cariñosos mis ojos  
y mi palabra de miel;  
sé remedar el acento  
que oye, con dulces, sonrojos  
la niña, de su doncel...

Además... ¡Soy tan hermoso!  
¡Si vieras temblar lucientes  
mis alas al sol radioso  
blancas, puras, transparentes...!  
Tengo los bellos colores  
del lirio que me escondía  
del tenebroso capuz,  
y se disputan las flores  
mi aliento, todo ambrosía,  
y mi cuerpo, todo luz.

La ligera mariposa  
es pesada junto a mí,  
y sin perfume la rosa  
ni belleza el colibrí,  
cuando de gala vestido  
con reflejos de topacios  
y zafiro brillador,  
voy en la luz escondido  
visitando mis palacios,  
como rey, de flor en flor.

Mas ¡ay! ¡en vano te imploro...!  
Aquí nada tengo mío:  
ni mis corolas de oro,  
ni mis copas de rocío.  
Yo te las diera, señora,  
porque abrieras tu ventana  
un instante para mí;  
y no que vendrá la aurora  
y triste verá mañana  
que ante tu puerta morí.

En cambio del hospedaje

que en esta noche me dieres,  
¿de un hada quieres el traje?  
¿El velo de un ángel quieres?  
Haré de tu noche, día;  
y sin que corte el desvelo  
tu deleite embriagador,  
pasará tu fantasía  
de los ensueños del cielo  
a los ensueños de amor.

Pero en vano está mi aliento  
empañando tu vidriera.  
¿Crees que pérfido mi acento  
la voz de un amante fuera?  
No soy más que un silfo, errante  
a quien lejos de su broche  
un ósculo aprisionó,  
pero no soy un amante...  
¡Ábreme por esta noche,  
porque soy un silfo yo...!»

El Silfo lloraba. De pronto, sonora,  
cual dulce reclamo del alma que llora,  
se alzó una voz triste que luego calló.  
¿Qué voz era aquella?  
La niña, sin miedo,  
abrió la ventana, muy quedo, muy quedo...  
Mas nadie ha sabido si al silfo la abrió...

Colón  
(Schiller)

¡Marcha, marcha, Colón! Y si ese mundo  
que pides al misterio del océano  
no ha sido creado aún, de entre las olas  
en premio de tu audacia  
le hará surgir la omnipotente mano.

Porque existe en la gran Naturaleza  
el eterno Creador, que de su arcano  
levantando, portentos de belleza,  
saber cumplir en toda su grandeza  
las promesas del genio soberano.

Mirando al cielo  
(V́ctor Hugo)

El ́ltimo destello de la tarde  
murió en ocaso... Pálidas y bellas,  
unas tras otras salpicando iban  
el manto de la noche las estrellas.  
Dulcemente en mi pecho reclinada,  
tan pálida y hermosa como ellas,  
mi lánguida María,  
en voz muy baja, cariñosa y triste,  
sonriendo me decía:

«-¿Qué buscan tus miradas en el cielo?  
¿No estoy aquí? ¿no te amo?  
Por mirar las estrellas no me miras,  
ni escuchas que te llamo.  
¡Oh! vuelve a mí tus ojos;  
deja a los cielos en su eterna calma;  
no los mires ya más... ¡Mira mi alma!»

«En esa oscuridad en donde apenas  
el tímido lucero se divisa,  
¿qué encontrarás que valga nuestro beso?  
¿qué encontrarás que valga mi sonrisa?  
¿Qué miras en los astros...?  
¿Las miradas de amor son menos bellas?  
Alza el vela de mi alma.  
¡Cuán llena está de estrellas!»

«¡Cuántos soles! Escucha: cuando amamos  
llevamos en el alma un firmamento.  
El sol divino del amor, alumbra  
Pon inefable luz el pensamiento.



Y cuando la dulcísima tristeza  
hija callada del amor la cubre,  
en medio de esa noche, la esperanza  
y los recuerdos adorados, brillan  
como esos astros que tu vista alcanza.  
La abnegación, el sacrificio, el llanto,  
más bellos son que Venus cuando asoma  
de la montaña sobre el pico agreste.  
Cree mi palabra... el firmamento es nada;  
el cielo de mi alma es más celeste.»

«Bello es mirar los astros que tachonan  
de las sombras magníficas el manto;  
bella es el alba y la Creación es bella;  
mas nada tiene el inefable encanto,  
de amarse con pasión. El mejor fuego,  
la llama más espléndida y sagrada  
es aquella que cambian en silencio,  
dos almas, en la luz de una mirada.»

«Vale más un amor correspondido  
en un rincón humilde de la tierra,  
que todos esos ignorados soles  
en que el Eterno, su secreto encierra.  
Dios, el padre del hombre,  
que al hombre siempre lo mejor ha dado,  
puso lejos de él el vasto cielo;  
la mujer, a su lado.  
Ama y vive, nos dice dondequiera  
su acento soberano;  
ama y vive, mortal; es tu destino:  
lo demás, es mi arcano.»

«¡Amemos! He aquí todo. Dios lo quiere.  
Deja esos rayos pálidos que doran  
la región de la sombra... Más hermosos  
los verás en los ojos que te adoran.  
Amar es comprender toda la vida  
y presentir lo eterno.  
El verdadero amor siempre ha juntado  
alma más grande a corazón más tierno.»

«Ven ¡oh mi amor! ¿No escuchas  
una música vaga que suspira  
a nuestro derredor...? Naturaleza  
se cambia en una lira  
y nuestro amor celebra... ¡Oh, dueño mío,

vaguemos entre el musgo y el rocío!  
Ya no me des enojos,  
no más mires al cielo;  
estoy celosa de él... ¡mira mis ojos!

Con voz muy baja, cariñosa y triste,  
así hablaba mi pálida María.  
Brillaba el astro, suspiraba el viento,  
la flor su copa de perfume abría,  
y blanqueaba la luna el firmamento.

Tranquila soledad de mi retiro,  
astros, noche de amor, tímidas flores,  
¿adónde se perdió tanto suspiro?  
¿Qué se hicieron, decidme, mis amores?

¡Qué triste es el destino! Aquel instante,  
eternamente al corazón querido,  
pasó como los otros... ¡Y quién sabe  
si para Ella perdióse en el olvido...!

Frío  
(Cuento bohemio)

La tarde era triste,  
la nieve caía.  
su blanco sudario  
los campos cubría;  
ni un ave volaba,  
ni se oía rumor...

Apena en la nieve  
dejando su huella,  
pasaba muy triste,  
muy pálida y bella,  
la niña que ha sido  
del valle la flor.

Llevaba en el cinto  
su pobre calzado;

su hermano pequeño  
que marcha a su lado  
le dice:-«¿No, sienten  
la nieve tus pies?»

«-Mis pies nada sienten»  
responde con calma.  
«El frío que siento  
lo llevo en el alma;  
éste de la nieve,  
más recio no es.»

Y dice el pequeño  
que helado tiritita:  
«-¡Un frío más recio  
¿Cuál es hermanita?  
¡No hay otro, que pueda  
decirse mayor...!»

«-Aquel que de muerte  
las almas taladre;  
aquel que en el alma  
me puso mi madre,  
desde que a mi esposo  
me unió sin amor.»

Glicere  
(Horacio)

Reina de Pafos y de Gnido, Venus,  
deja de Chipre el encantado sitio,  
y ven aquí, donde Glicere tiene  
de placer y de amor mágico asilo.  
Y que las gracias de cintura suelta,  
y que las ninfas de semblante lindo,  
y el que alegra los años juveniles  
grato y feliz amor, vengan contigo.

De Júpiter el hijo y de Semele,  
y los deseos eróticos aun vivos,

quieren que entregue el corazón cansado  
a los amores que juzgué perdidos.  
Y me abraso por ti, rubia Glicere,  
y me enamora tu semblante altivo,  
y de tu tez la nieve inmaculada  
como el mármol de Paros terso y fino.  
Y me enamora tu habla melodiosa,  
tu continuo reír provocativo,  
y de tus ojos húmedos el fuego,  
y tu desdén también y tu capricho.

Venus me sigue por doquier, me sigue;  
conmigo va, detiéndose conmigo,  
en contacto de fuego a mí se acerca  
domina mi razón y mi albedrío.  
Y ya no mas contra el feroz escita,  
ni contra el parto, huyendo tan temido,  
mi lira tiene cuerdas... Ya no sabe  
sino de amor los deleitosos himnos.  
Apresúrate y ven rubia Glicere.  
Apresúrate y ven al lado mío,  
trayendo de marfil la dulce lira  
grata como el aliento del céfiro;  
y a modo de las hijas de Laconia  
el sedoso cabello recogido.

¡Ven, Glicere gentil! A mí te acerca  
como enantes feliz; cese el desvío.  
Te quiero junto a mí más impetuosa  
que las férvidas ondas del henchido  
Adriático, que Eolo, de Calabria  
en el golfo, alza en áspero rüido.

Mientras del lobo perseguido sea  
el balador cordero, y el marino  
tema de Orión el tormentoso influjo,  
y acaricien los trémulos céfiros  
de Apolo, la dorada cabellera,  
te daré por tu amor el amor mío.

¡Que resuene el festín grato a los dioses!  
¿Dónde la flauta está del Berecinto?  
¿Qué hace el oboe junto a la lira muda?  
Rosas traedme del jardín vecino,  
y resalte en la nieve de mis canas  
de su corona el purpurino brillo.  
Saca del fondo de la cueva, esclavo,

el sécubo oloroso, envejecido,  
y en la cercana fuente me refresca  
la ánfora esbelta de falerno rico.

En tanto, yo celebraré a Neptuno:  
y escucharán también plácidos himnos  
las nereidas de verde cabellera,  
mientras ofreces de tu lira el ritmo  
a las flechas de Diana y a Latona.  
Luego mis cantos alzaré contigo  
a quien reina en la Cíclades, y vuela  
en un carro por cisnes conducido;  
y nuestro himno, final será a la noche  
del misterio nupcial muda testigo.

¡Ea! Poned sobre el altar de césped,  
junto a la copa del sagrado vino,  
esclavos, el incienso y la verbena.  
Tributemos el culto merecido,  
y la caliente sangre de la víctima  
haga acepto a la Diosa el sacrificio.

Eloísa  
(E. Quinet)

...Sí, me acuerdo: llamábame Eloísa  
cuando él también llamábase Abelardo...

Los cielos, esos cielos sin medida,  
no son tan vastos que encerrar pudieran  
el infinito amor del alma mía.  
Del claustro las baldosas funerales  
mi seno no enfriarían... Está encendida  
la llama de mi amor; bajo la muerte  
mi imposible esperanza aun está viva...  
¡Cuántas veces en medio de la noche,  
allá en mi celda solitaria y fría,  
levántome a abrazar ¡oh, mi Abelardo!  
tu sombra tan hermosa y tan querida...  
Sobre tu corazón está mi cielo,

tú eres mi fe, mi religión, mi guía,  
tú mi Cristo también... ¿No soy, acaso,  
esposo de mi amor, tu prometida...?  
Nuestra tumba será mi Paraíso;  
y para siempre allí, no quiero el día.  
¡Que mis huesos se junten a tus huesos,  
tu ceniza se mezcle a mi ceniza...!  
¡Y eternamente así, para nosotros  
no haya resurrección... no haya otra vida...!

Julieta  
(W. Shakespeare)

¡Oh, noche, ven a mí! Trae a Romeo,  
noche querida y triste;  
virgen sagrada de la frente negra  
que ya juntos nos viste.

¡Oh, noche, ven a mí! ¡Trae a Romeo!  
y de tu niebla fría  
¡luz y calor será...! ¡Que su presencia  
haga en la noche, día!

¡Oh, noche, ven a mí...! ¡Trae a Romeo!  
y entre tu densa bruma  
como la nieve brillará, del cuervo,  
sobre la negra pluma.

¡Oh, noche, ven a mí...! ¡Trae a Romeo!  
y su ceniza fría,  
¡cuando llegue a morir, dispersa en astros  
te alumbre como el día!

Francesca  
(Dante)

«La tierra en donde vi la luz primera  
es vecina del golfo en que suspende  
el Po, ya fatigado, su carrera.

Amor, que sin sentir, al alma prende,  
a éste prendó del don, que arrebatado  
me fue de modo que aun aquí me ofende.

Amor, que obliga a amar al que es amado,  
juntos a los dos con red tan fuerte  
que para siempre ya nos ha ligado.

Amor hirieron con terrible suerte;  
y está Caín de entonces esperando  
aquí al perverso que nos dio la muerte.»

Palabras tan dolientes escuchando  
incliné sobre el pecho la cabeza,  
y ¿en qué -dijo el Poeta- estás pensando?

Y respondí, movido de tristeza.  
¡Ay de mí! ¡Cuánto bello pensamiento,  
cuánto sueño de amor y de ternura

los condujeron al fatal momento!  
Y vuelto a ellos -¡oh, Francesca!- dije,  
al corazón me llega tu lamento,

y de tal modo tu dolor me aflige,  
que las lágrimas bañan mi semblante.  
Pero tu triste voz a mí dirige,

y dime de qué modo, en cual instante,  
cuando tan dulcemente suspirabais,  
y en el fondo del alma, vacilante,

tímido aún vuestro deseo guardabais;  
dime de qué manera inesperada  
os reveló el Amor que os adorabais?

Ella me respondió: -¡Desventurada!  
¡No hay pena más aguda, más impía,  
que recordar la dicha ya pasada

en medio de la bárbara agonía  
de un presente dolor...! Y esa tortura  
la conoce muy bien el que te guía.

Mas ya que tu piedad saber procura  
el cómo, aquel amor rasgó su velo,  
llorando te diré mi desventura.

Leíamos con quietud y grato anhelo  
de Lanceloto el libro cierto día,  
solos los dos y sin ningún recelo.

Leíamos..., y, en tanto sucedía  
que dulces las miradas se encontraban  
y la color del rostro se perdía.

Un solo punto nos venció. Pintaban  
cómo, de la ventura en el exceso,  
en los labios amados apagaban

los labios del amante, con un beso,  
la dulce risa que a gozar provoca;  
y entonces éste, que a mi lado preso

para siempre estará, con ansia loca  
hizo en su frenesí lo que leía...  
Temblando de pasión, besó mi boca...  
Y no leímos más en aquel día.

Ofelia  
(W. Shakespeare -Hamlet)

Estaba sola; entró, tomó mi mano  
con fuerza la estrechó,  
y con la otra apretándose la frente,  
como si fuera a dibujar mi rostro  
de hito en hito, en silencio, me miró.

Así permaneció por mucho tiempo,  
así permaneció...



Febril, de pronto, sacudió mi brazo;  
y dos veces y tres, la frente lívida,  
siniestra y triste, levantó y bajó.

Y de lo más impenetrable y hondo  
del corazón, oí  
que un suspiro lanzó... pero suspiro  
que, rompiéndole el pecho, iba a morir.

Y luego, de mi lado lentamente  
alejarse le vi...  
pero vuelta la faz sobre la espalda,  
su camino sin ver, pasó la puerta,  
los ojos fijos... fijos... sobre mí...

Coro de los espíritus  
(Goethe -Fausto)

¡Despareced, arcadas de la sombra!  
y tras el roto, velo,  
la claridad dulcísima sonría  
en el zafir espléndido del cielo.

Y que pasen las nubes fugitivas,  
y que pasen sus rastros,  
dejando cintilar, pálidos soles,  
con tibio rayo los pequeños astros.

Bellezas del ideal, hijas del cielo  
que sueña la esperanza,  
cerrad en torno de gentil mancebo  
el giro voluptuoso de la danza.

Destrenzad la rizada cabellera,  
desatad la cintura,  
despojaos de la túnica que encubre  
la ardiente desnudez de la hermosura;

y dejadla caer allá del prado  
en el bosque verde,

donde a la hora lasciva de la siesta  
la pareja de amor entra... y se pierde.

¡Oh, la tierna verdura de los sotos!  
¡Oh, brazos de las vides!  
¡Oh miosota azul, que en la ribera  
está diciendo, al corazón «No olvidéis!»

Amontona la viña sus racimos,  
se alegran los hogares,  
el vino, salta en espumosas olas  
y la púrpura corre en los lagares.

Criaturas del Señor, almas aladas,  
¡tended el raudo vuelo!  
Allá a lo lejos, horizontes de oro,  
islas de amor confinan con el cielo.

Todo allí es libertad, risas y juegos  
en la campestre alfombra,  
y por las noches, al brillar los astros,  
los misterios nupciales de la sombra.

Espíritus de amor los pasos guían  
de tantos amadores,  
a la tranquila, luminosa cumbre  
de la colina rebosando en flores.

¡Criaturas del Señor, id a la vida!  
Hay flores en el suelo...  
cortadlas... y mirad para vosotras  
una estrella de amor, fija en el cielo.

Canción  
(H. Heine)

¡Que hay en mis versos veneno...!  
eso dices... ¿Cómo no  
si de veneno llenaste  
mi vida y mi corazón?

¡Que hay en mis versos veneno...!  
y ¿cómo no haberlo, di,  
si en mi alma llevo serpientes  
y además te llevo a ti?

Un astro  
(Víctor Hugo)

Una tierra infeliz, áspera y dura  
donde trabajan tristes los vivientes,  
empapadas las almas de amargura  
y de sudor las abatidas frentes;  
campos de sol y estériles arenas  
que en cambio de trabajo y de quebranto  
a una raza maldita dan apenas  
pan miserable que humedece el llanto;  
los hijos del oprobio engrandeciendo;  
orgullosas ciudades delincuentes,  
de donde las virtudes van huyendo  
y las manos torciéndose dolientes;  
el orgullo infernal hallando abrigo  
lo mismo del magnate bajo el techo  
que dentro del tugurio del mendigo;  
el odio y el dolor en cada pecho:  
sobre las cumbres las espesas nieblas;  
la inocencia y justicia prostituidas;  
la muerte, espectro ciego, en las tinieblas  
riendo feroz y arrebatando vidas;  
aquí las soledades abrasantes,  
allá del polo los eternos hielos,  
océanos que rebraman espumantes  
escupiendo su cólera a los cielos;  
y todas las pasiones engendrando  
todos los males, todos los dolores;  
las grutas a las fieras abrigando,  
ocultando a los áspides las flores;  
continentes cubiertos de humo y ruido  
donde la guerra infame centellea;

luto, crimen y llantos y rugido  
salvaje del furor de la pelea;  
pueblos que se desgarran palpitantes  
del odio de Satán, de rabia y celo,  
sangrientos, rencorosos, blasfemantes...  
¿Y todo esto es un astro allá en el cielo?

Felicidad  
(Lamartine)

Como es blanca la página ofrecida  
a mis versos aquí por tu amistad,  
blanco es también el libro de tu vida;  
si lo pudiera yo, niña querida,  
escribiría en él: Felicidad.

Variante

Blanca es la hoja  
por ti ofrecida  
aquí a los versos  
de la amistad,  
blanco está el libro,  
aun de tu vida...  
Si yo pudiese,  
virgen querida,  
en él pusiera:  
Felicidad.

En la patria  
(M. Hartman)

La dulce claridad de la mañana  
apareciendo ya,  
en la tierra cubierta de rocío  
veía reflejar.  
Estaba yo sentado de una casa  
en el modesto umbral,  
era aquella la casa de mi madre,  
aquel era mi hogar.  
Las ventanas cerradas y las puertas  
me puse a contemplar,  
y corrían por mi rostro muchas lágrimas,  
y corrían más y más.  
Estaba yo a la puerta de mi casa;  
y no quería llamar;  
no quería ahuyentar el blando sueño,  
el sueño matinal,  
de aquellos ojos, cielo de los míos,  
que tantas veces ¡ay!  
que tantas veces sólo por mi causa  
lloraron sin cesar.  
Dicen que el sueño tregua da a las penas  
que afligen al mortal,  
fuerza da al corazón para que pueda  
más penas soportar;  
que el dulce sueño que mi santa madre  
aun disfrutando está,  
fuerza la dé esta vez para la dicha  
de verme al despertar.

Y lleno el corazón de una ternura  
que no puedo explicar,  
con los ojos mojados, y temblando  
besaba aquel umbral.  
Porque en aquel umbral en que mi labio  
posaba con afán,  
el polvo, de las plantas de mi madre  
aun estaba quizás.  
En este mismo umbral los afligidos  
detiéndense a buscar  
para sus corazones, esperanza,  
para sus labios, pan.  
¡Cuántas veces he visto de mi madre  
la ardiente caridad,  
la dádiva celeste del consuelo  
a su óbolo agregar!

¡Oh! si me ha sido grato, de la vida  
en la lucha mortal,  
sufrir por los que sufren, y mi llanto,  
a los que lloran dar;  
si he podido llegar al sacrificio,  
al martirio quizá  
por los que sufren, temblorosos miembros  
del Cristo celestial:  
yo sé a quién debo, por haberlo hecho,  
mi gratitud alzar;  
yo sé a quién debo que jamás en mi alma  
se entibie la piedad.  
Si las chispas de amor que hay en mi pecho  
no han de morir jamás,  
yo sé de qué alma vienen a la mía,  
y yo sé de qué hogar.

Yo canto a la mujer santa y sencilla  
que ignora en su bondad  
¡cuánto en su corazón hay de sublime!  
¡cuánto de celestial!  
Yo canto a la mujer que se llenara  
de asombro sin igual,  
si llegara a saber que sus virtudes  
quiero glorificar.  
Canto a mí mismo corazón, mi madre,  
el ángel del hogar;  
y tiembla mi alma de ternura, y siento,  
mis lágrimas rodar.

Soñaba...  
(Heine)

Soñaba yo... Mis párpados henchidos.  
de lágrimas sentía;  
soñé que estabas en la tumba, muerta,  
y muerta te veía...  
Era un sueño no más pero despierto  
lloraba todavía.

Estaba yo soñando, y por la cara,  
el llanto, me corría,  
soñé que te arrancaba de mi lado,  
alguno, vida mía...  
Era un sueño, no más, pero despierto  
lloraba todavía.  
Soñaba yo... Me ahogaban los sollozos,  
el llanto me bebía...  
Estaba yo soñando que me amabas,  
¡soñando que eras mía!  
Era un sueño no más, no más que un sueño,  
y lloro, más que nunca, todavía.

Malicia  
(Imitación de Vitorelli)

Supé que al primer destello  
que lanza al mundo la aurora,  
te levantaste, señora,  
inquieta de... no sé qué.

Supé que a la hora terrible  
en que el alto sol abrasa,  
te saliste de tu casa  
buscando... yo no sé qué.

Supé que, en tu faz hermosa  
echando un discreto velo,  
te fuiste a mirar el cielo,  
allí... donde no se ve.

Supé...

-Mas ¿quieres decirme  
quién te informó de ese modo...?  
Malicia, que sabe todo,  
malicia, que todo ve.

Las Furias  
(Lessing)

«-Mis Furias están ya viejas y torpes»,  
Plutón dijo a Mercurio, mensajero  
que se halla de los dioses al servicio.  
«Necesito cambiarlas: ve a la tierra,  
y búscame tres mozas  
lozanas y capaces del oficio.»

Desde luego, Mercurio, diligente,  
el coturno con alas  
como pudo calzose prontamente,  
y atravesando las etéreas salas,  
ligero y volador como ninguno  
a la tierra subió.

La diosa Juno,  
poco tiempo después a su doncella,  
esto es, su camarista, Isis bella,  
también le dijo: «-Mira: Citerea,  
con mengua del honor de las mujeres,  
se jacta de que ya no hay en el mundo  
ninguna de ellas que su fiel no sea  
y que culto no rinda a los placeres.

Para burlarme de ella y del dios ciego  
baja a la tierra luego,  
y tráeme por lo menos, tres doncellas;  
mas... doncellas... ¿entiendes?  
enteramente castas todas ellas.»

Isis partió también. Valle y montaña,  
alcázar y cabaña,  
ciudad, pueblo, aldehuela, y aun ermita,  
todo lo registró la pobrecita;  
mas ¡ay! que todo en vano;  
y paso a paso y mano sobre mano,  
cansada y triste, regresó solita.

«-¡Cómo! ¿es posible...? ¿sola? -gritó Juno  
mirándola llegar con faz airada.  
¡Oh virtud! ¡oh, pureza...! ¿Conque nada?»



Isis le dijo: «-¡Nada! ¡Qué oportuno  
hubiera sido, el viaje más temprano!  
Estuviera cumplido  
¡oh, diosa! tu mandato, soberano;  
hubiérate traído  
lo que tú me pediste... tres doncellas.

Las encontré en verdad; y eran de aquéllas  
que nunca conocieron un amante,  
que jamás le pusieron,  
jamás, a hombre ninguno buen semblante;  
ni en sus glaciales senos  
consintieron la llama devorante  
de amorosa pasión... ni mucho menos.  
Tres doncellas, en fin (sin que esto alarde  
sea de ojo certero),  
purísimas, castísimas, sin pero,  
como tú las querías... ¡Llegué tarde...!»

«-¿Cómo tarde?»

-Mercurio en este instante  
para el fiero Plutón las embargaba.  
«-¡Eso no puede ser...! ¡Cuando pensaba  
vengar yo de su sexo las injurias...!  
Y..., ¿para qué las quiere?»

«-¡Para Furias!».

Jamás  
(Campoamor)

¡Adiós, mi bien! Es el postrer instante...  
Pero seca en tu pálido semblante  
¡ay! ese llanto que vertiendo estás,  
Lejos me voy, tristísimo y errante,  
más no te olvida el corazón jamás.  
¿Jamás?

¡Jamás, mi bien! La noche de la ausencia  
enlutará mi huérfana existencia  
y tú mi corazón no alumbrarás;  
en vez de tu dulcísima presencia

tu bella imagen miraré no más.

-¿No más?

¡No más, mi bien! Levanta tu cabeza,  
déjame ver tu pálida belleza

aun otra vez... la postrimer quizás.

De este tu adiós supremo la tristeza,

¡ay! ¿cómo, ingrato, olvidaré jamás?

-¿Jamás?

¡Jamás, mi bien! En mi alma, dondequiera,  
hasta el instante de mi luz postrera,

la inolvidable, la única serás...

Y tú ¿me llorarás cuando me muera?

¿En mi tan sólo pensarás no más?

-¡No más!

¿No más, mi bien? De querubín el canto  
es la palabra que diciendo estás...

¡Adiós...! ¡Un beso...! ¡Beberé tu llanto...!

-¿Te olvidarás de la que te ama tanto...?

-¡Jamás, mitad del corazón...! ¡Jamás...!

## La oración (Flaubert)

Por la mañana en el desierto inmenso  
humeaba el arenal, y sus vapores  
se alzaban cual las nubes del incienso.

Luego, en la tarde, cuando el sol moría  
de ocaso entre los tibios esplendores,  
de oro y de fuego deslumbrantes flores  
en el madero de la cruz ponía.

Y por la noche, cuando ya la oscura  
majestad de la sombra acrecentaba  
el solemne pavor de la llanura,  
y de estrellas el cielo se llenaba;  
cuando tan sólo se escuchaba incierto  
ese rumor apenas percibido  
que parece el suspiro del desierto

en su infinita soledad dormido;  
entonces a mi espíritu perdido,  
en su éxtasis de fe, le parecía  
que ese vago rumor, que la honda noche,  
y el silencio, los seres, y las cosas...  
Naturaleza toda que yacía  
en tal recogimiento,  
mientras oraba sobre el polvo frío  
de mi lóbrega gruta, se juntaban,  
se juntaban a mí para llevarte  
mi alma y mi fe con mi oración, ¡Dios mío...!  
¿Y ahora...? Rezos, plegarias, asunciones  
de alma a Dios, extáticas visiones  
que llenaban de júbilo mi pecho,  
trasportes del espíritu en el santo  
fervor de la oración... ¿qué os habéis hecho...?

La esfinge  
(Heine)

Por el antiguo bosque del encanto,  
del vago ensueño y misterioso asilo,  
caminaba al azar y sin espanto.

Su blando aroma derramaba el tilo  
y de inefable paz mi alma llenaba  
de la alta luna el esplendor tranquilo.

Profundo era el silencio que reinaba;  
pero de pronto acarició mi oído  
la música de una ave que cantaba.

Era el canoro ruiseñor hundido  
en la blanda espesura de las hojas  
que cantaba, volando, junto al nido,

los goces del amor y sus congojas.  
Pero aquel su volar era tan triste  
como el suspiro, corazón, que arrojas

recordando la dicha que perdiste;  
mientras que tan alegre era el lamento  
cual tu esperanza cuando niño fuiste.

Así es que al escuchar aquel acento,  
tan triste y tan alegre a un tiempo mismo,  
levantarse sentí en mi pensamiento,

como del vago fondo de un abismo,  
esperanzas, recuerdos y tristezas  
con mis viejos ensueños de idealismo.

Siguiendo entre las bravas asperezas  
de aquella hermosa selva, vi que erguía  
un castillo, sobre áridas malezas

su vieja torre en ruinas, y sombría.  
En las almenas de zarzal cubiertas  
ningún viviente ser aparecía.

Las ventanas cerradas y las puertas  
estaban, y silencio pavoroso  
reinaba en torno de las cosas muertas,

como si aquel recinto misterioso  
la misma muerte hubiérase escogido,  
para el horrible hogar de su reposo.

Ni una voz, ni un acento, ni un gemido:  
era aquella la ausencia de la vida,  
en el silencio eterno del olvido.

Del castillo a la puerta derruida,  
y en granito durísimo tallada  
la misteriosa Esfinge vi tendida.

Era su aspecto horrible a la mirada,  
pero atractiva a la ánima medrosa.  
Con cuerpo estaba de león formada

y rostro y seno de mujer  
de mujer hermosísima. Brillaba  
su pupila salvaje y voluptuosa

con sensual embriaguez, y desmayaba,  
mientras el beso del placer ardiente  
en su labio de piedra palpitaba.

Sintió terror el ánima tremente,  
pero al par que terror sintió contento.  
Entonces el ruseñor cantó impaciente

y ya no puede resistir... Violento  
a la Esfinge di un beso... Y mi alma loca,  
presa quedó de aquel encantamiento.

Porque vida y acción cobró la roca,  
la Esfinge suspiró con embeleso,  
¡y, con sed ardentísima, en mi boca

bebió toda la llama de mi beso...!  
Y yo sentí que mi postrer instante  
se me escapaba entre sus brazos preso.

Pues mientras que convulsa, jadeante  
de voluptuosidad me acariciaba,  
mi carne estremecida y palpitante

con sus garras de fiera destrozaba,  
y entre horribles dolores y delicias  
sin nombre y sin igual, me aniquilaba.

¡Oh de la muerte vívidas primicias!  
¡Oh martirio sin fin, oh goce eterno!  
¡Oh lágrimas mezcladas con caricias!

En tanto que la garra me rompía  
la carne, y penetraba hasta mis huesos,  
yo de placer y de dolor moría

al contacto monstruoso de sus besos...  
y cantó, el ruseñor allá en la oscura  
soledad de los árboles espesos:

«-¡Oh secreto del cielo y de natura!  
¡Oh amor, oh bella esfinge! ¿por qué enlazas  
en tu seno el placer a la tortura?

¿Por qué con garra el corazón abrazas?  
¡Oh inexplicable Amor, Esfinge hermosa!  
¿por qué, cuando acaricias, despedazas...?

¿Cuál es, di, la palabra misteriosa  
que el hondo enigma de tu ser esconde?»

Cesó el canto la Esfinge pavorosa  
en piedra convertida, no responde.

### Composiciones varias

Al pie de la cruz  
A mi madre, la señora doña Dionisia M. de Flores

Abrasa el sol, la flor en la llanura  
y la palma gentil en el desierto;  
y tibia el agua del Jordán oscura  
rueda a la soledad del Lago Muerto.

Ni un rumor en los quietos olivares,  
ni un reptil que se arrastre por la senda;  
y busca el agareno en sus aduares  
la tibia sombra de la móvil tienda.

No perfuman la brisa los aromas  
que exhala el cinamomo y al aloe;  
mudas están y tristes las palomas  
allá en los terebintos de Siloe.

A lo lejos, perdida en el incierto  
vapor del arenal que vibra crece,  
cual inmóvil fantasma del desierto,  
la ciudad del Profeta resplandece.

Y más y más el sol su fuego envía  
a la hora sofocante de la siesta,  
y más se abrasan al calor del día  
el campo, la ciudad y la floresta,

Mas de aquella colina allá en la cumbre  
se levanta confuso vocerío,  
y se agita feroce muchedumbre  
cual las olas del piélago bravío.

Es un pueblo que vil y que obcecado  
su cobarde furor viene escupiendo  
a un hombre que, desnudo, desgarrado,  
pendiente de una cruz, está muriendo.

Es el Gólgota allí. Su árida cima  
que ya tantos patíbulo ha visto,  
parece con horror ver a Solima  
la negra cruz al soportar de Cristo.

Hijo del hombre, en el ingrato mundo  
do reposar no tuvo su cabeza;  
gimió bajo el olivo, moribundo,  
y el cáliz apuró de la tristeza.

Hoy ceñido de bárbaros abrojos,  
desfigurado, pálido, temblando,  
de lo alto de la cruz torna los ojos  
y en vano ¡tengo sed! está clamando.

¡Sed el que da la lluvia a las corolas,  
y hace vagar las nubes en el viento!  
¡Sed, el que, agita de la mar las olas,  
y el agua dividió del firmamento!

Y sangre nada más su labio moja;  
levanta al cielo su mirar sombrío,  
y clama con la voz de la congoja:  
¿Por qué me abandonaste, Padre mío?

Y va a morir. El ángel de la muerte  
se acerca ya con pavoroso vuelo...  
Y es el Increado, el Hacedor, el Fuerte,  
¡el Hijo Eterno del Señor del Cielo...!

Y en torno a la cruz, rugiendo  
estaba el pueblo sin fe;  
iba el sol palideciendo,  
el Hijo estaba muriendo,  
la Madre llorando al pie.

Era madre, y en su frente,  
gota tras gota sentía  
caer la sangre caliente

del Hijo en la Cruz pendiente,  
que por el hombre moría.

Y aquella sangre caída  
las entrañas abrasaba  
de Madre tan afligida,  
que de dolores transida  
juntas las manos alzaba.

Y era cual dardo acerado  
en su corazón clavado  
aquel dolor sin segundo...  
¡El Hijo, crucificado,  
la Madre sola en el mundo!

Pálida virgen María,  
Madre mártir de Jesús  
y madre también ¡ay! mía  
¿cómo contar tu agonía  
llorando al pie de la cruz?

¡Tú llorando, virgen bella,  
cuando ha besado tu huella  
el ángel que dijo: «Eres,  
»bendita entre las mujeres,  
»¡oh, purísima doncella!»

Cuando ha llevado tu seno  
a Aquél, de quien es el día  
sólo un reflejo que envía  
de su semblante sereno  
sobre la tierra sombría.

¿Cuándo ceñirán tu frente  
los luceros diamantinos...  
¿Cuándo el querub esplendente  
se inclinará reverente  
ante tus ojos divinos...?

¿Cómo la tierra que habitas,  
y éstas las razas precitas  
por las que el Hijo se inmola  
de tus lágrimas benditas  
no valen ¡ay! una sola?

¿Tú llorando en tanto duelo



como en el mundo no hay dos;  
y no hay para ti consuelo,  
y eres la Reina del Cielo,  
y eres la Madre de Dios...?

Se iba el sol oscureciendo;  
y en torno a la cruz, rugiendo  
seguía el pueblo sin fe:  
Jesús estaba muriendo,  
la Madre llorando al pie...

Gemían en las heredades  
las tórtolas quejumbrosas,  
y roncadas las tempestades  
resonaban pavorosas  
en las negras soledades.

Las tinieblas se palpaban,  
mugían los mares airados,  
los cielos abandonaban  
los ángeles, y lloraban  
en torno a la cruz postrados...

Y las tinieblas surcaron  
lívidos rayos inciertos,  
y las piedras se chocaron,  
y de sus tumbas alzaron  
su atónita faz los muertos.

Y las legiones de ángeles dolientes  
que rodeaban el Gólgota temblaron;  
y sollozando, sus divinas frentes  
con sus alas velaron.

Envuelto en la tiniebla centellante  
el Eterno, severo y solitario,  
su mirada terrible en ese instante  
apartó del Calvario.

Entonces ¡En tus manos me encomiendo!  
con grande voz el Redentor gimió;  
vibró su espada, el querubín tremendo...  
¡Todo se consumió!

La cruz  
A Tirso R. Córdoba

Hace dieciocho siglos, humillado  
y lleno el mundo de terror veía  
cómo Roma triunfal le conducía  
al rudo carro de su gloria atado.

Hace dieciocho siglos, ignorado  
del mundo que su fe no conocía,  
un hombre en el patíbulo moría  
como vil criminal crucificado.

Dieciocho siglos ha... Tras gloria tanta  
besó Roma imperial el polvo inmundo  
del bárbaro feroz bajo la planta;

mientras la cruz del Cristo moribundo  
entre el cielo y la tierra se levanta  
sobre el inmenso pedestal del mundo.

Mater dolorosa  
Plegaria

A mi hermana Marina

Virgen del infortunio, doliente Madre mía,  
en busca de consuelo me postro ante tu altar.  
Mi espíritu está triste, mi vida está sombría,  
pasaron sobre mi alma las olas del pesar.

Estoy en desamparo, no tengo quien me acoja;  
hay horas en mi vida de bárbara aflicción,  
y solo... siempre solo, no tengo quién recoja  
las lágrimas secretas que llora el corazón.

Es cierto que, del mundo en la corriente impura,  
cayeron deshojadas las rosas de mi fe,  
que en pos de mis fantasmas de juvenil locura  
corriendo delirante, Señora, te olvidé.

Que me cegó el orgullo satánico del hombre,  
y en mi ánimo turbada la duda penetró;  
y se olvidó mi labio de pronunciar tu nombre,  
y de mi mente loca tu imagen se borró.

Es cierto... ¡pero escucha...! De niño te adoraba,  
al pie de tus altares mi madre me llevó...  
Llorando, arrodillada la historia me contaba,  
del Gólgota tremendo cuando Jesús murió.

Y vi sobre tu rostro la angustia y el quebranto,  
daba sobre tu frente la sombra de una cruz,  
tus lágrimas rodaban y negro era tu manto...  
Todo, de un cirio pálido a la siniestra luz...

Entonces era niño, no comprendí tu duelo;  
pero te amé, Señora, ¡tú sabes que te amé!  
que dulce, inmaculado, alzábase hasta el cielo  
el infantil acento de mi sencilla fe.

Por esa fe de niño, por el ardiente ruego  
que al lado de mi madre con ella repetí  
¡Virgen del Infortunio, cuando a tus plantas llego,  
Virgen del Infortunio, apiádate de mi!

Tú miras, reina augusta, la senda que cruzamos:  
con llanto la regaron generaciones cien,  
a nuestra vez nosotros con llanto la regamos,  
y las que vienen luego la regarán también.

A nuestro paso vamos dejando en sus abrojos  
pedazos palpitantes del roto corazón;  
y andamos... más andamos... y no hallan nuestros ojos  
ni tregua a la jornada, ni tregua a la aflicción.

Mas tú eres la esperanza, la luz, nuestro consuelo:  
tus ojos levantados suplican al Señor,  
tus manos están juntas en dirección al cielo...  
Tú ruegas por nosotros, ¡oh, Madre del Dolor...!

En busca de consuelo yo vengo a tus altares  
con alma entristecida y amargo corazón;

y pongo ante tus ojos, Señora, mis pesares,  
y en lágrimas se baña la voz de mi oración.

No mires que, olvidando tu imagen y tu nombre,  
al viento de este mundo mis creencias arrojé.  
Acuérdate del niño y olvídate del hombre...  
mi frente está en el polvo... perdóname... pequé.

¡Oh! por mi fe de niño, por el ferviente ruego  
que al lado de mi madre con ella repetí,  
Virgen de los Dolores, cuando a tus plantas llego,  
Virgen de los Dolores ¡apiádate de mí!

Eva  
A Rosario de la Peña

Era la sexta aurora. Todavía  
el ámbito profundo  
del éter, el Fiat-lux estremecía;  
era el sereno despertar del mundo,  
del tiempo en la niñez...

Amanecía,  
y del Criador la mano soberana  
ceñía en gasas de topacio y rosa,  
como la casta frente de una esposa,  
la frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera  
las olas de oro de la luz primera,  
y levantando, púdica su velo  
Primavera gentil, rica de galas,  
iba en los campos vírgenes del suelo  
regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito  
dejando acariciar por los celajes  
dispersos en el éter infinito,  
en campos desplegada de esmeralda  
la exuberante falda

de sus bosques tranquilos y salvajes.

Y cortinas de móviles follajes,  
cascada de verdura  
cayendo en los barrancos,  
daban sombra y frescura  
a grutas que fragantes tapizaban  
rosas purpúreas y jazmines blancos...

El denso bosque, presintiendo el día  
poblaba su arboleda de rumores,  
el agua alegre y juguetona huía  
entre cañas y juncos tembladores,  
el ángel de la niebla sacudía  
las gotas de sus alas en las flores,  
y flotaba la Aurora en el espacio  
envuelta en sus cendales de topacio.

Era la hora nupcial. Dormía la tierra  
como una virgen bajo el casto velo,  
y el regio sol, al sorprenderla amante,  
para besarla, iluminaba el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas  
de los ríos, las fuentes y los mares,  
en un coro inefable preludiaban  
un ritmo del Cantar de los Cantares  
El incienso sagrado del perfume  
exhalado de todas las corolas,  
flotaba derramado en los céfiros  
que al rumor de sus alas ensayaban  
un concierto de besos y suspiros;  
y cuantas aves de canoro acento,  
se pierden en las diáfanas regiones,  
inundaban de músicas el viento  
desatando el raudal de sus canciones.

Era la hora nupcial. Naturaleza,  
de salir de su caos aun deslumbrada  
ebria de juventud y de belleza,  
virginal y sagrada,  
velándose en misterio y poesía,  
sobre el tálamo en rosas de la tierra  
al hombre se ofrecía.

¡El hombre...! Allá en el fondo,  
más secreto del bosque, do la sombra

era más tibia del gentil palmero  
y más mullida la musgosa alfombra  
y más rico y fragante el limonero;  
donde más lindas se tupían las flores  
y llevaba la brisa más aromas,  
la fuente más rumores,  
y trinaban mejor los ruiseñores,  
y lloraban, más dulces las palomas;  
do, más bellos tendía  
sus velos el crepúsculo indeciso,  
allí el hombre dormía,  
aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado  
se mostraba al nacer grande y sereno;  
Dios miraba lo creado  
y hallaba que era bueno...

Bañado en esplendor, lleno de aurora  
de aquel instante en la sagrada calma,  
a la sombra dormido de la palma,  
y del césped florido en el regazo  
estaba Adán, la varonil cabeza  
en el robusto brazo,  
y esparcida a la brisa juguetona  
la melena gentil; pero la altiva  
frente predestinada a la corona,  
la noble faz augusta de belleza  
en medio de su sueño revelaba  
severa y melancólica tristeza.  
El aura matinal en blando giro  
su frente acariciaba, y suavemente  
su pecho respiraba;  
pero algo como el soplo de un suspiro  
por su labio entreabierto resbalaba.  
¿Sufría...? En tal retiro,  
sólo el Creador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, era el momento  
primero de su vida, y ya, su labio  
bosquejaba la voz del sufrimiento.  
La inmensa vida palpitaba en torno,  
pero él estaba solo. El aislamiento  
trasformaba en proscrito al soberano...  
Entonces el Creador tendió su mano  
y el costado de Adán tocó un instante.

Suave, indecisa, sideral, flotante,  
como el leve vapor de las espumas,  
cual blanco rayo de la luna, errante  
en un girón de tenebrosa brumas,  
emanación castísima y serena,  
del cáliz virginal de la azucena,  
perla viviente de la aurora hermosa,  
ampo de luz del venidero día,  
condensado en la forma voluptuosa  
de un nuevo ser que vida recibía,  
una blanca figura luminosa  
alzose junto a Adán... Adán dormía.

¡La primera mujer! Fúlgido cielo  
que bañaste en tu lumbre  
la mañana primer de las mañanas,  
¿viste luego, en la vasta muchedumbre  
de las hijas humanas,  
alguna más gentil, más hechicera,  
más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra  
de azules horizontes,  
los campos de esmeralda,  
y de nieve la cumbre de los montes  
y de verde oscurísimo su falda;  
la que en las olas de la mar sombría  
alza penachos de brillante espuma,  
y corona de arcoiris y de bruma  
la catarata rápida y bravía;  
la que, tiñe con mágicos colores  
las plumas de las aves y las flores;  
la que tan bellos pinta esos celajes  
de oro y ópalo y purpura que forman  
del cielo de la tarde los paisajes;  
la que cuelga en el éter cristalino  
el globo opaco de la luna fría  
y en el zenit espléndido levanta  
la corona del sol que lanza el día:  
la que al tender el transparente velo  
del ancho firmamento, como rastros  
de sus dedos de luz dejó en el cielo  
el polvo fulgoroso de los astros;  
la mano que en la gran Naturaleza,  
pródiga vierte perannal hechizo,  
la del Eterno Dios de la belleza,  
¡oh primera mujer... esa te hizo!

La dulce palidez de la azucena  
que se abre con la aurora  
y el casto rayo de la luna llena,  
dejaron en su faz encantadora  
la pureza y la luz. Los frescos labios  
como la rosa purpurina, rojos,  
esa mirada en que fulgura el alma  
en los rasgados y brillantes ojos  
y por el albo cuello,  
voluptuoso crespón de sus hechizos,  
la opulenta cascada del cabello  
cayendo en olas de flotantes rizos...

Su casta desnudez iluminaba,  
su labio sonreía,  
su aliento perfumaba  
y el mirar de sus ojos encendía  
una inefable luz que se mezclaba  
del albor al crepúsculo indeciso...  
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida,  
se agitaba dichosa;  
Naturaleza toda palpitante,  
como a la virgen trémula el amante  
la envolvía cariñosa.  
Las brisas y las hojas le cantaban.  
la canción del susurro melodioso;  
al compás de las fuentes que rodaban  
su raudal cristalino y sonoro;  
en torno cefirillos voladores  
su cabello empapaban con aromas,  
suspiraban pasando los rumores  
y trinaban mejor los ruiseñores  
y lloraban más dulce las palomas;  
en tanto que las rosas extasiadas,  
húmedas ya con el celeste riego,  
temblando de cariño a su presencia  
su pie bañaban de fragante esencia  
y le inclinaban a besarle luego.

Iba a salir el sol, amanecía,  
y a la plácida sombra del palmero,  
tranquilo Adán dormía.  
Su frente majestuosa acariciaba  
el ala de la brisa que pasaba



y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba  
sobre el inquieto corazón las manos,  
húmedos y cargados de ternura  
los ya lánguidos ojos soberanos;  
y poco a poco, trémula, agitada,  
sintiendo dentro el seno, comprimido  
del corazón el férvido latido;  
sintiendo que potente, irresistible,  
algo inefable que en su ser había  
sobre los labios del gentil dormido  
los suyos atraía,  
inclinose sobre él...

Y de improviso  
se oyó el ruido de un beso palpitante,  
se estremeció de amor el Paraíso...  
¡y alzó su frente el sol en ese instante!

A los que estudian

¡Atrás quedad los viejos horizontes  
que en círculo mezquino  
cercáis la inteligencia  
y sublime volar del pensamiento!  
¡Atrás quedad! El campo de la Ciencia  
tiene la inmensidad del firmamento.

El espíritu es luz. ¡Dejad que brille  
disipando la sombra que rodea  
a la sacra Verdad! ¡Dejad que vuele  
en su ala de relámpago la idea!

¿Quién encadena a estúpido sosiego  
a lánguido desmayo  
las águilas del trópico, que tienen  
para mirar el sol ojos de fuego  
y alas que cruzan la región del rayo...?

¡Y es águila del alma el pensamiento  
que el sol de la verdad busca anhelante,  
y que quiere en sus giros vagabundos,  
chispa de Dios flamígera y errante,  
perderse en lo infinito de los mundos!

¿A dónde llegará?

Naturaleza  
es un libro sellado de misterio,  
cuyas profundas páginas empieza  
el hombre a deletrear. De su camino  
en el rápido paso  
cada generación descifra apenas  
algunas letras, de misterio llenas,  
y se hunde de la tumba en el ocaso.

Mas la conquista de la edad que muere  
es el tesoro de la edad que nace.  
No es la ciencia relámpago que hiere  
un instante la vista y se deshace;  
sino el astro inmortal, la estrella fija  
que en la serena frente de los siglos  
inapagable encienden  
mil ráfagas de luz que se condensan,  
ráfagas que alumbrando se desprenden  
de los grandes espíritus que piensan.

¡La gloria allí! Constelación fulgente  
Ve deja en su trascurso fugitivo,  
de cada edad el alma inteligente,  
única aureola con que puede altivo  
un siglo coronar su frente.

Tras esa aureola camináis, hermanos  
vosotros, los cerebros en que bulle,  
mariposa de luz, la fantasía,  
ansiosa de tender sus alas de oro  
en campos inundados por el día.  
Vosotros, operarios impacientes  
que secáis a la hoguera del estudio  
el frescor juvenil de vuestras frentes;  
obreros del saber, cuya faena  
comienza con la aurora,  
sembradores ahora  
del generoso grano de la Ciencia,  
segadores mañana

de los frutos de la alma inteligencia...

Sois nuestra juventud, arca sagrada  
do con amor guardamos  
la fe del porvenir idolatrada.  
Sois en este momento  
de la Patria a los lauros inmortales  
las flores luminosas del talento.  
Sois el alma dormida en el regazo  
de la casta ilusión, nido de flores,  
soñando en el abrazo  
de la virgen ideal de los amores.  
Sois el ardiente corazón mecido  
del ensueño en la nube transitoria  
¡sed también el espíritu encendido  
en la ambición sublime de la gloria!

¡Alentad nuestra fe! ¡Rasgad el velo  
que el horizonte patrio descolora;  
alzad en el oriente de su cielo  
vuestra frente de aurora!

Y no sintáis vuestros felices días  
del fatigoso estudio  
ir consumiendo en la vigilia quieta...  
Acaso valen más vuestros desvelos  
que los sueños febriles del poeta.

Los sueños del poeta son estrellas  
de tan remoto cielo, que se apagan  
apenas cuando nacen;  
efímeras centellas  
que de la vida entre la niebla vagan  
y que al soplo, del mundo se deshacen.

¡No desmayéis! Sus páginas benditas  
os abren la Creación: buscad en ellas  
la luz de la verdad. Están escritas  
en el oro inmortal de las estrellas,  
del volcán en las lavas seculares,  
en el púrpura oculto de la roca,  
en el abismo ignoto de los mares,  
del vapor comprimido en la potencia,  
en la centella eléctrica del rayo,  
y en el cáliz de esencia  
de las flores purísimas de Mayo.

No descanséis en la obra del creyente,  
en buscar como el pan de cada día  
el pan de la verdad a vuestra mente.  
Ola es la vida que a perderse corre  
del sepulcro en la bruma;  
el paso por el mundo es una oleada,  
y los goces del mundo son espuma.  
Que sea vuestro vivir linfa serena  
que el campo del estudio fertilice.  
Que haga brotar el fruto de la Ciencia  
la paz en el hogar de la conciencia  
y fama que después immortalice.

Sois la esperanza en flor de nuestra gloria,  
el mañana feliz que ambicionamos;  
dejadnos por memoria  
flores de ciencia que ceñir podamos  
a la serena frente de la Historia.  
Obreros del saber, ¡prended la Ciencia  
como un ala de luz al pensamiento,  
y con ella lanzad la inteligencia  
a iluminar el mundo  
y titán a escalar el firmamento!

¡Hijos del porvenir, dejad que vuele  
en su ala de relámpago la idea  
y a su excelso fulgor ilumináos!  
¡Reine la Ciencia! ¡Que el Progreso sea...!  
¡y al hacerse la luz, rásguese el caos!

### La diva Ángela

Ángela, te escuché. El alma mía  
de arrobamiento presa,  
al beso de tu voz se estremecía  
como al beso del céfiro la hoja,  
como la cuerda que vibrando arroja  
al viento su armonía.

¡Ángela, te escuché! Sobre mi frente  
se abrió... no sé que cielo;

cruzaron el ambiente  
rumores de alas en ligero vuelo;  
y cual chispa que arrastra el torbellino,  
me arrebataste en el raudal sonoro,  
en el ritmo divino  
de la cascada de tus notas de oro.

¿A dónde mi alma fue? -Flotó, dormida  
del ensueño magnífico en la nube.  
Dejó la triste playa de la vida,  
y en vaga lontananza  
sonrió a la dicha, y reposó en el seno  
del ángel inmortal de la esperanza.  
Después... vinieron en tropel confuso  
memorias vagas de lejanos días  
del corazón las deshojadas rosas.  
El coro de las almas cariñosas  
que en otro tiempo apellidaba mías.

Tal vez sentí sobre mi frente triste  
el beso venerando  
de un padre que no existe;  
tal vez sentí por mi mejilla ardiente  
el tibio llanto de mi madre ausente,  
¡madre del alma que dejé llorando...!

Quizá cuando, sonaba  
tu nota lastimera,  
pálida ante mi espíritu pasaba,  
ángel caído, mi ilusión primera.  
La primera mujer, Eva nacida  
del alma virginal entre las flores  
en la casta alborada de la vida,  
la mujer de mi amor y mis dolores  
por siempre amada y para siempre ida.

El mundo todo dolorido y vago  
de sombras melancólicas y amantes  
que en la memoria flota;  
los pálidos semblantes  
que a verme vienen, cuando triste y solo,  
árido llanto el corazón me brota;  
todos los ecos del pasado, tristes,  
en la memoria de mi amor dormidos,  
rumores de suspiros y de besos,  
ayes de adiós, del alma desprendidos,  
y que quedaron en el alma impresos...

Todo el influjo de tu voz, señora,  
súbito despertó...

El alma mía  
vivió siquiera una hora  
la vida de mis sueños:  
sentimiento, idealismo, poesía.

Suena tu voz... las frentes palidecen,  
algo inefable el corazón oprime,  
y con un llanto de emoción sublime  
los ojos que te miran se humedecen.

Tu voz es el rüido,  
el trémulo susurro melodioso  
del céfiro perdido  
de árbol en árbol en el bosque hojoso.  
Es la música errante en las espumas  
del arroyo que plácido resbala;  
el trino alegre que batiendo el ala  
lanzan las aves, al huir las brumas...  
Tu voz es la delicia  
del corazón que siente como el mío,  
tan blanda como el soplo que acaricia  
los pálidos nenúfares del río.  
Es vibración que flota  
del arpa de oro del querub nacida,  
incomparable nota  
del alma soñadora desprendida.  
Es la estrofa divina que, soñando,  
acaso un ángel a tu oído canta,  
y que al mundo repites, despertando  
con músicas del cielo, en la garganta.

Bandada de argentinas vibraciones,  
aves celestes por el mundo errantes,  
tus mágicas canciones  
caer en los corazones  
como chorro de perlas y diamantes.

Tal vez es poesía  
del alma en la embriaguez de la ternura  
torrente de dulzura,  
cascada de armonía,  
inspiración felice de poeta,  
suspiro de Desdémona y Julieta

inefable delirio de Lucía.

Voz de los seres que adorando viven  
y la palabra del amor ignoran;  
casta plegaria que confían al cielo  
vírgenes almas que en secreto adoran;  
verbo supremo, misterioso y blando,  
que dulce se desprende  
del corazón al corazón hablando;  
suspiro de ángel que al pasar resbalas  
por el alma del hombre  
y al cielo le remontas en tus alas;  
canto sublime de Ángela, ¡dilata  
tu ráfaga armoniosa...!  
¡Y al perderse en el éter cristalino  
en donde el sol del trópico flamea,  
ese canto magnífico, divino,  
himno a la gloria de mi patria sea!

En una distribución de premios a las escuelas municipales

¡Salve, dulce niñez!

Ha mucho tiempo  
que las sendas dejé primaverales  
de la infancia gentil, entre los lirios  
de mis queridos campos paternos.  
El sol que alumbra mi existir ahora  
no es ¡ay! el de la aurora,  
no el que bañó mi juvenil cabeza  
coronada de sueños y de flores,  
no el bello sol de mis primeros años;  
sino el opaco sol de los dolores,  
de la inmensa tristeza  
y de los incurables desengaños.

Por eso al verte aquí, niñez querida,  
a mi alma conmovida  
viene el recuerdo de mi edad de niño,  
y al son del arpa, cuando triste rudo,  
con supremo cariño,  
¡niñez, dulce niñez, yo te saludo!

Cuando bate gentil la Primavera  
las alas de sus brisas melodiosas,  
Flora derrama su festón de rosas,  
en el verde tapiz de la pradera.  
Tibia la aurora sus cendales rojos  
despliega tras el monte,  
y va tendiendo a los atentos ojos  
su inmensa faja azul el horizonte.  
Entonces en el aire trasparente  
más limpia se destaca la montaña,  
brillan más los cristales de la fuente  
y es más puro y balsámico el ambiente  
que respira el labriego en su cabaña.

Entonces, ¡con qué plácida delicia  
absorta la mirada  
resbala su caricia  
del cielo por la bóveda argentada,  
por el vago gentil del horizonte  
que entre la niebla pálida se pierde,  
y por la franja del cercano monte  
y de los campos por la alfombra verde!

El viento, mece con vaivén sonoro  
la rica mies en que el labriego espera  
opimo, fruto en las espigas de oro.

Así al mirarte aquí, niñez querida,  
débil planta de amor y de esperanza,  
levantada en el campo de la vida,  
rica de porvenir y de confianza,  
y abriendo ya la tierna inteligencia  
al fecundante rayo  
de ese sol del espíritu, la ciencia;  
así al mirar tan pura y floreciente  
tu dulce Primavera,  
el corazón presiente  
de tu saber, para mi patria el fruto  
y su sacro laurel para tu frente.

A vosotros los niños ignorados,  
flores humildes de mi patrio suelo,  
a vosotros los niños desgraciados,  
a vosotros que vais desheredados,



está ofreciendo el Porvenir su cielo.

Hijos de la pobreza  
que mora en el hogar del artesano,  
cuya cuna mecieron la tristeza,  
el hambre, el desaliento,  
el fatigado trabajar en vano...  
Vosotros, arrojados por la suerte  
al antro de ignorancia donde gimen,  
las víctimas del fuerte,  
a ser la presa inerte  
del infortunio, del dolor, del crimen;  
¡vosotros, levantaos! Ante la puerta  
estáis del porvenir vaga y oscura,  
pero, tomad la lámpara divina  
que os ofrece el saber; su sacra llama  
todo sendero lóbrego ilumina.

Hijo del proletario  
que la miseria oprime,  
ha sido la ignorancia tu calvario;  
mas, como el Evangelio, el silabario  
de la abyección redime.

Trabajad, estudiad. Trabajo y Ciencia  
las llaves son del porvenir del hombre;  
haced rica de luz la inteligencia  
y rico haréis de lustre vuestro nombre.

Y esta madre inmortal, esta sagrada  
dulce tierra de amor, Patria bendita,  
a cuyo nombre el corazón palpita  
y el brazo débil se trasforma en fuerte  
por cuya gloria en el combate rudo  
aun el cobarde desafía la muerte;  
esta madre gentil ¿no tiene acaso  
lauros para la frente del artista,  
premios para el talento  
que los secretos del saber conquista?  
¿No elevará con orgulloso anhelo  
la gloria de sus grandes,  
como elevan sus cúspides al cielo  
los montes de cristal de nuestros Andes?

¡Oh, la dulce niñez! Flor de inocencia  
que en rico fruto te abrirás mañana,  
¿no sabes que con oro de la Ciencia

se teje la corona soberana  
de la alma inteligencia?

Y vosotras, vosotras, dulces niñas,  
hijas también del llanto y la pobreza,  
que lleváis en el alma la pureza  
de la modesta flor de las campiñas;  
vosotras, mariposas virginales  
que sacudiendo el ala voladora  
revoláis en un campo de rosales  
al tibio rayo de la casta aurora;  
corazones cerrados por sencillos  
del mundo triste a las amargas penas,  
espíritus de paz y de alegría,  
alondras cuyo vuelo  
parece todavía  
los confines buscar del patrio suelo;  
vosotras sois ahora  
la perla del hogar, la flor temprana  
entreabierta, a los besos de la aurora,  
pero ya la mujer seréis mañana.  
Entonces, más que el hombre,  
seréis el porvenir, pues seréis madres;  
y el alma de una madre es el santuario  
donde el hijo cree en Dios, el relicario  
de su primera fe. Tiene en sus manos,  
cual blanda cera, el corazón del niño,  
y con la santa fuerza del cariño  
todos sus sentimientos se le imprimen.  
Ella es quien pone el germen escondido  
de la virtud o el crimen.  
Le nutre con la sangre de su pecho  
y también con su espíritu; endereza  
así del cuerpo el indeciso paso  
como el del alma que a vivir empieza;  
ella hará de ese espíritu fecundo  
donde todo se imprime,  
según como le inflame,  
o el alma hermosa de Platón sublime,  
o el alma negra de Nerón infame;  
en la vida del hombre se refleja  
como en cristal pulido,  
crimen, virtud, indiferencia, olvido,  
lo que la madre en la del niño deja...  
Héroes criaban las madres espartanas  
y mártires y santos las cristianas.

¡Tal es, mujer, tu noble sacerdocio,  
tal la augusta misión de tu existencia,  
madre del hombre-rey, seno fecundo,  
para poder amamantar el mundo,  
junta a tu corazón tu inteligencia!

¡Oh la dulce niñez de las escuelas,  
tan humilde a la vez y tan querida,  
tiende tus alas con altivo vuelo,  
que el alma de la tierra desprendida  
por el estudio, se levanta al cielo!

Hijos del pueblo, idolatrad la Ciencia,  
de la ignorancia disipad el caos,  
y a la luz del estudio conquistaos  
otro pan, otro sol, otra existencia.

La Ciencia

A mi maestro en primeras letras Sr. D. Andrés Iglesias

La Ciencia es el Fiat-Lux. Verbo fecundo,  
que rasgando la noche  
del espíritu humano, le deslumbra;  
y cual brotara de la sombra el mundo  
a la voz del Eterno, así su rayo  
una creación al pensamiento alumbró.

El alma por la Ciencia iluminada  
despiértase del Orbe a la poesía,  
como al beso de amor la desposada,  
como la tierra despertó, besada  
por la fecunda luz del primer día,

Ciencia, antorcha de Dios, que sacudiendo,  
tus vívidos reflejos,  
en el hondo horizonte de los siglos  
alumbras las edades, y a lo lejos

iluminas los faros de la gloria  
en las remotas cumbres de la historia.

Ciencia, rayo de luz, ráfaga hermosa  
de la diadema del Señor caída,  
ala en que se levanta poderosa  
el alma, del instante de la vida  
y en lo infinito, piérdese radiosa.

Ciencia, mirada audaz, allá siguiendo  
en los abismos del vacío profundos  
de los cometas pálidos los rastros,  
rasgando la cortina de los mundos  
por saber el misterio de los astros.

Desprende el rayo de la nube ardiente  
y mudo le encadena;  
y esa sierpe de fuego que terrible  
rasga el nublado, y el confín atruena,  
hoy sumisa, obediente,  
lleva en un hilo de metal flexible  
del hombre la palabra inteligente.

¿Dónde está la distancia? Entre la espuma  
de las salvajes olas del Atlante,  
fiero corcel del mar, su crin de bruma  
sacudiendo, el vapor pasa, triunfante...  
Alma que infunde a la materia el hombre,  
con indomable empuje  
el vasto espacio devorante ruge;  
atrás deja los ríos,  
traspone las montañas,  
los bosques los desiertos y los valles...  
¡Paso libre al vapor! En las entrañas  
del Aculzingo se abrirán sus calles!  
Ante esa faja caprichosa y leve  
que se pierde en los mares  
y se rasga al cruzar las sementeras  
no existen valladares  
y se acercan amigas las fronteras.  
¡Paso libre al vapor! Símbolo escaso  
es del genio del hombre que anhelante  
marcha gritando: «¡Paso!  
¡La voz del Porvenir es ¡Adelante!»

Sí, la Ciencia es la luz. En vano el cielo  
pretende deslumbrar el ojo humano,

con su fúlgido sol, o en denso velo  
de negras sombras esconder su arcano;  
en vano el mar sus olas  
sobre el bajel desplomará; la tierra,  
en su seno fecundo,  
la edad en vano guardará del mundo,  
del libro de la ciencia prodigioso  
páginas son las sombras del abismo,  
y allí la Geología  
encontrará el bautismo  
de la Creación en su primero día.

En vano, dondequier Naturaleza  
ocultará el tesoro  
de los secretos mil de su grandeza  
desde el cortejo de sus astros de oro  
hasta la pobre flor de la maleza.  
Rey de lo creado, el hombre se levanta  
de pie sobre su imperio,  
su corona es un sol, la inteligencia,  
y sacude la antorcha de la Ciencia  
y se rasgan los velos del misterio...

¡La gloria es del saber! Cual se levantan  
del Egipto en las mudas soledades  
las gigantes pirámides, erguidas  
en eternos cimientos,  
en la extensión así de las edades  
se levantan soberbios monumentos  
al genio del saber; y ante su basa  
el siglo llega, se arrodilla... y pasa.

Grecia vive magnífica en la historia  
con el recuerdo de oro  
del arte y la poesía;  
aun parece que oímos el sonoro  
idioma de Tucídides y Homero  
brotando en armonía,  
y contemplamos a Platón severo  
sentado en Sunio, meditando a solas,  
u grandiosa república, soñada  
al estruendo solemne de las olas.

Roma también. Pasaron sus legiones  
con su pompa marcial y sus laureles,  
trotaron de Alarico los corceles  
en los templos de Júpiter, del solio

se eclipsó el esplendor, y ni las sombras  
de los Césares guarda el Capitolio.  
Se ausentaron los dioses y los reyes,  
pero ante el mundo, Roma  
quedó inmortalizada por sus leyes.

¡La gloria es del saber! ¡De él es el mundo!  
de él ese rico porvenir naciente  
cuyos albores reflejarse miro,  
hermana Juventud, sobre tu frente!

¡Oh, grata Juventud, vívida aurora  
que ardiente llegas prometiendo el día  
de la paz bienhechora  
al turbio cielo de la patria mía!  
¡Juventud, manantial de inspiraciones,  
alma toda alborada en que se agita  
un enjambre de nobles ambiciones;  
foco de vida, nido de esperanza,  
corazón de la patria en que palpita  
la fe en el porvenir y la esperanza...!  
¡Tú eres fuerza y poder! ¡Tú eres el brazo  
en que la Patria buscará su apoyo  
para seguir altiva su camino,  
y reposar al fin en el regazo  
del ángel tutelar de su destino...!

Vida le dieron nuestros padres héroes,  
lauros y libertad diole la guerra,  
¡Que la paz y el poder le den la dicha...!  
Y el poder de esa dicha en ti se encierra...  
¡Que el ángel del Progreso  
traiga a mi Patria su divino beso!  
¡Y con él al ungir sus sienes bellas,  
encuentre, Juventud, que salpicaste  
su oliva y sus laureles con estrellas!

Mi madre

A la señora doña Margarita Llerena de Peña

¡Oh santa madre mía!  
Aun puedo al despertar por las mañanas  
santificar mi trabajoso día  
con mi beso primer sobre tus canas;  
aun puedo con el alma cariñosa  
sentir cómo resbala temblorosa  
la mano en mis cabellos,  
acaso por secar, madre piadosa,  
la humedad de tus lágrimas en ellos.

Porque tú lo comprendes, tú lo sabes,  
aunque no te lo diga, madre mía;  
no soy feliz... Padezco. Hay en mi alma  
el callado sufrir de la agonía.  
Tú lo sabes, lo sabes, y por eso,  
presintiendo de mi alma las congojas,  
al estampar sobre mi frente un beso,  
sin quererlo, con lágrimas lo mojas.

¿Qué fuera yo sin ti? ¿Dónde encontrara  
mi triste vida cariñoso abrigo?  
¿Quién con mis breves júbilos gozara?  
¿Quién me buscara por sufrir conmigo?

¿Quién me diera valor? ¿Quién me alentara  
en esta lucha eterna con la suerte?  
¿Quién sino la evangélica matrona  
a quién llamó Jesús la mujer fuerte?

¿Qué religiosa voz, de mi conciencia  
huir hiciera la impiedad bastarda?  
¿En dónde viera yo sin tu presencia  
al ángel cariñoso de mi guarda?

Madre, tú eres la fe. Cuando en el templo  
mujer de los dolores, solitaria  
levantas tu oración, es el querube  
quien recoge tus lágrimas y sube  
con ellas al Eterno tu plegaria.  
Y es ella, tu oración, tu fe sublime  
tu fe de madre que el Señor bendijo,  
la que bañada en lágrimas redime  
y purifica el corazón de tu hijo.

Tú eres piedad y dulce fortaleza:  
como el ángel que al Hijo sostenía,  
tú levantas del polvo mi cabeza

y también me sostienes, madre mía,  
cuando apuro en mis horas de tristeza  
mi desbordado cáliz de agonía,  
cuando siento que herido de la suerte  
mi espíritu está triste hasta la muerte.

Tu voz cristiana, fervorosa y santa  
que habla con Dios y a la oración invita,  
del santuario de tu alma se levanta  
inspirada, dulcísima y bendita...  
Quizá la duda con su noche impía  
mi fatigado pensamiento puebla:  
pero hablas... y se va como la niebla  
ante la suave claridad del día.

Tú eres, madre, la copa de consuelo  
con que la fibra del pesar se calma,  
y brillas como el iris en el cielo  
tras la deshecha tempestad del alma.  
Madre, tú eres amor, amor bendito  
amor siempre, inmortal, amor sin nombre,  
el único en que encuentra un infinito  
el insaciable corazón del hombre.

Siempre tú, sólo tú... Si me arrancara  
éste mi corazón que siento grande  
porque tú estás en él, y le arrojara  
al viento en mil pedazos,  
en cada uno grabada se encontrara  
la imagen de mi madre entre sus brazos...

¡Siempre tú, no más tú! Que en mi existencia  
sólo tú eres bondad, bien y consuelo;  
sombra de ángel al mundo descendida  
para en sus alas conducirme al cielo;  
fe de mi creencia, luz de mis ideas,  
mitad nunca de mi alma desprendida,  
mi ser, mi amor, mi adoración, mi vida,  
madre, imagen de Dios, ¡bendita seas!

Armonía



¡Salve a la, Juventud! Tienda en el éter  
sus blancas alas salpicadas de oro  
el ángel inmortal de la Poesía,  
arranque altivo, del laúd sonoro  
el divino raudal de su armonía,  
y al batir de sus alas rumorosas,  
cual gotas luminosas  
desprendidas del cielo trasparente,  
derrame Juventud, sobre tu frente  
una lluvia de lirios y de rosas.

¡Salve a ti, Juventud! Nobles coronas  
prepare el porvenir para tus sienes,  
pues a buscar la gloria que ambicionas  
al sacro templo de las artes vienes.  
¡Salve a ti, Juventud, que te levantas  
sonriendo a la victoria,  
y con paso atrevido te adelantas  
por las sendas difíciles del Arte  
al oasis encantado de la gloria!

El Arte... una creación. Cuando el Eterno  
a la nada sombría  
arrojó su genésica palabra,  
el verbo resonando  
en los abismos del no ser profundos,  
como arena lanzada por el viento  
regó en el firmamento  
el polvo diamantino de los mundos.

Y en vasta muchedumbre  
los mundos levantaron su armonía;  
el sol un rayo de su viva lumbre  
lanzó a la tierra y se produjo el día.  
Se cubrieron los campos de verdura,  
de bosque el monte, de cristal el río,  
de pájaros y flores la espesura,  
de plata y de zafir el mar bravío,  
de topacio la atmósfera encendida  
la nube de arbores,  
y palpitó, la tierra estremecida  
-como al beso de amor la prometida-  
al espléndido beso de sus soles.

La gran Naturaleza

era un templo sin nombre  
alzado del Eterno a la grandeza,  
y sacerdote de este templo, el hombre.

Y creador a su vez, el hombre ansioso  
descorrió el ancho velo  
en que Natura su secreto encierra  
desde la inmensa estrella, flor del cielo,  
hasta la flor, estrella de la tierra.  
Prestó su oído, y escuchó en el viento  
el inquieto rumor de los follajes,  
de la paloma tímida el acento,  
el trino de los pájaros salvajes,  
la voz desenfrenada del torrente  
desbordando del cauce que le oprime,  
el estruendo soberbio de los mares,  
y todo ese himno místico y sublime,  
ese eterno cantar de los cantares  
que al nacer y morir de cada día  
la tierra entera al Hacedor envía;  
y de esas notas vagas y dispersas,  
hizo el hombre una voz... ¡Creó la armonía!

Y la Música fue... Voz de las almas  
plegaria del amor, suspiro errante  
que en las almas de un ángel invisible  
palpita y llega al corazón amante.  
¿Quién al oír la grata melodía  
que oyera en otro tiempo conmovido  
no parece sentir lo que ha sentido  
en sus perdidas horas de alegría?  
¿Quién al influjo de una voz cantando  
no siente levantarse dentro el alma  
la voz de algún recuerdo sollozando?

Primera cita del amor, querellas  
de un labio suplicante que nos nombra,  
y a la luz de las trémulas estrellas  
la faz de un ángel pálido en la sombra.  
Palabras en voz baja entrecortadas  
por la caricia férvida, embelesos,  
silencios de las dichas desmayadas  
sonrisas llenas de aleteo de besos.  
El himno de las dichas que pasaron,  
las frases que temblando se dijeron,  
juramentos que luego se olvidaron,  
suspiros que en el aire se perdieron;

anhelos de ambición, sueñas de gloria  
gritos del corazón desesperado,  
aplauso atronador de la victoria,  
trasportes del espíritu lanzado  
al mundo del ideal... todo se agita,  
despierta, canta, se estremece y gime  
cuando embriagado el corazón palpita  
bajo tu ala bendita,  
diosa gentil de la armonía sublime.

La Música es la nota vagabunda  
del alma Amor que en el espacio flota  
y da la vida y la creación fecunda;  
la Música es la alondra fugitiva  
de los jardines del Edén divino,  
que sobre el alma al desplegar su vuelo  
le deja con su trino  
el eco blando de la voz del cielo.

El Arte es creación. ¡Gloria, a tu empeño,  
artista Juventud, la que ambicionas  
el corazón alzar y el pensamiento  
a esa región feliz donde la idea,  
brillando en las creaciones del talento,  
nuevas obras inspira y nuevas crea!

Y llegarás allí, pues que en tu seno  
tienes, sacerdotisa inteligente,  
también a la mujer, alma que sueña,  
fe que no muere, corazón que siente,  
espíritu celeste que derrama,  
con esa fe que el corazón anhela,  
el sacro fuego que la vida inflama  
y el entusiasmo en cuya viva llama  
la inspiración al infinito vuela.

El Arte es creación... ¡Tiende ese vuelo  
espíritu inmortal, hijo del cielo,  
alma del hombre! El porvenir es tuyo,  
el mundo es tu palacio,  
tuya la tierra y la creación entera,  
tuyo el tiempo también, tuyo el espacio  
y más allá la eternidad te espera...!  
Riega doquier las luminosas flores  
del Arte resplandor de la belleza,  
del hombre entre las obras portentosas;  
puebla con ellas la mansión que habitas,

y, obra de Dios, ante Él álzate grande  
de Dios entre las obras infinitas.  
De tu genio inmortal con el tesoro  
engalana la gran Naturaleza,  
como engalana con diadema de oro  
un rey a la mujer de su ternura.  
La soberbia armonía  
arrúllela de tu himno de victoria,  
y encuentre altiva el esplendor del día  
en el sol sin ocaso de tu gloria.

A los niños  
En una función de premios

Estaba la tierra  
desnuda y vacía,  
inmensa tendía  
la noche su caos  
y alzando la Nada  
allí su palacio  
ni tiempo ni espacio  
había... sólo Dios.

Mas ¡Hágase! dijo  
la boca sagrada,  
rasgose la Nada,  
surgió la creación;  
y Dios tendió el cielo  
dejando por rastros  
sus dedos los astros,  
sus manos el sol.

Las aguas llenaron  
el cóncavo abismo,  
la tierra el bautismo  
primer recibió;  
se alzaron los montes,  
se hundieron los valles,  
el agua sus calles  
corriendo se abrió.

Las aves cantaron,  
se abrieron las flores,  
y trinos y olores  
se alzaron al par,  
quedando la tierra  
tan pura y hermosa  
cual virgen esposa  
que llega al altar.

Que toda era bella  
y espléndida toda;  
sus galas de boda  
vistiola el Señor.  
Azul y con gasas  
de nubes, por velo  
la dio el vasto cielo  
de suave esplendor,

Con verdes praderas,  
con bosques umbríos,  
con diáfanos ríos  
la quiso vestir  
y luego ciñola,  
cual cinto de ondinas,

las ondas marinas  
de plata y zafir.

Por manto de noche  
la dio esa tiniebla  
que borda y que puebla  
la flor sideral;  
y eterna diadema  
del cielo en la frente,  
del sol esplendente  
la llama triunfal.

Dios hizo la tierra  
de encantos tan llena,  
que viéndola buena  
al hombre la dio;

y haciéndole de ella  
señor soberano  
propicio su mano  
sobre ella tendió.

Él da a las campiñas  
la lluvia fecunda,  
los prados inunda  
de grato verdor;  
él llena las brisas  
de aromas süaves,  
él viste las aves,  
él pinta la flor.

Él da a los insectos  
las húmedas hierbas,  
las ondas acerbas  
al rápido pez;  
al pájaro errante  
entreabre la espiga,  
y deja a la hormiga  
su grano de mies.

Él da sonora  
su música al río,  
a la hoja rocío,  
sustento al reptil;  
él truena en el rayo,  
retumba en las olas,  
y está en las corolas  
del lirio gentil.

Él surca el nublado  
con sierpes de lumbre,  
enciende en la cumbre  
del monte el volcán;  
y tiende del iris  
las franjas remotas  
tras nubes que rotas  
y prófugas van.

Dios hizo la tierra  
de encantos tan llena,  
que viéndola buena

al hombre la dio.  
Y al hombre, su dueño,  
le dio generoso  
el don más precioso,  
la prenda mejor.

Diole algo más rico  
que el mar y la tierra,  
diole algo que encierra  
en sí la Creación;  
más alto que el astro,  
más raudo que el vuelo,  
más vasto que el cielo,  
más bello que el sol.

Le dio pensamiento,  
le dio inteligencia,  
le dio la conciencia,  
le dio el corazón;  
le dio cuanto grande  
su espíritu alcanza  
a hacerle semblanza  
e imagen de Dios.

Y el hombre, ¡insensato!  
¿irá por la vida  
cual hoja caída  
de efímera flor?  
¿Cual grano de arena,  
cual copo de espuma,  
cual rápida pluma  
que el viento llevó?

¿Irá sin objeto,  
sin luz ni camino,  
a ignoto destino  
perdido al azar?  
Cerebro sin mente,  
pupila sin fuego,  
sonámbulo ciego,  
¿sin alma...? ¡Jamás!

Espíritus libres  
tranquilos y bellos,  
serenos destellos  
de un fuego inmortal,  
vosotros los niños,

las almas de aurora,  
celajes que aun dora  
la luz matinal.

Allí a nuestros ojos  
se extiende bendito  
el campo infinito  
del alma saber;  
allí es donde toma  
su fe la conciencia,  
allí está la ciencia,  
la luz y el poder.

La Ciencia -sabedlo-  
Ciencia es victoria;  
camina la gloria  
siguiéndola en pos.  
La Ciencia es el ala  
flamígera y santa  
que al hombre levanta  
del polvo hasta Dios.

Allí están sus palmas,  
allí están sus bienes,  
ceñid vuestras sienes  
con lauro triunfal;  
y sed nuestro orgullo,  
y sed nuestra gloria,  
dejando a la Historia  
renombre inmortal.

El artista

Dadle aire, luz, espacio... ¡Tended ante su vista,  
de un horizonte de oro  
la vaga inmensidad.  
¡Dejadle libre y grande! ¡Dejadle... es el Artista;  
su numen es el genio, su sueño la conquista,  
y tiene dos amores:  
la Gloria y la Beldad.



De niño, cuando sólo resbala por la frente  
el fuego casto y suave  
del beso maternal,  
su frente de poeta, ya pálida y ardiente,  
estaba pensativa... Poblábase su mente  
de imágenes y sueños  
de un mundo celestial.

La aurora, el sol de fuego, la misteriosa calma  
de la sagrada noche,  
los astros del Señor;  
la brisa que sacude las hojas de la palma,  
la sombra y el silencio, hablaban a su alma  
en un idioma vago  
de dichas y de amor.

Le habló con sus rumores la selva centenaria,  
le habló con su murmullo  
la brisa del pinar;  
y en la remota playa, ardiente y solitaria,  
oyó cómo entonaban magnífica plegaria  
los vientos y las olas,  
los tumbos de la mar.

Y alzó su frente altiva bañada por el día,  
en fuego la mirada,  
en fuego el corazón;  
y cuando al mundo quiso decir lo que sentía,  
una arpa entre sus manos, temblando de armonía,  
para cantar su alma  
de súbito encontró.

Amó... cantó la dicha... Después... vino el tormento.  
Amor, ¿no, eres acaso  
del corazón la cruz...?  
Pero es para el artista fecundo el sufrimiento;  
allí la ciencia aprende del grande sentimiento,  
de aquella triste sombra  
despréndese la luz.

El es el alma inmensa. La humanidad entera  
palpita en el misterio  
de su alto corazón.  
Es el latido de, ella; por ella cree y espera,  
por ella sufre y llora, por ella desespera,  
por ella del martirio

levántase hasta Dios.

Así cruza el poeta la senda de la vida.  
La paz de la ventura  
no se hizo para él.  
Le ignora la fortuna, el porvenir le olvida,  
pero su frente triste y pálida va ungida  
con yo no sé qué beso  
del cielo en su laurel.

¿Qué importa a su alma grande la dicha transitoria  
del oro, la fortuna  
y el rápido placer...?  
Escrita con la cifra de bronce, de la historia  
tal vez al mundo deja la página de gloria  
que el golpe de la suerte  
no puede ya romper.

¡Dadle aire, luz, espacio...! Tened ante su vista  
de un horizonte de oro  
la vaga inmensidad.  
¡Dejadle libre y grande! Dejadle... es el Artista,  
su numen es el genio, su sueño la conquista,  
y tiene dos amores:  
la Gloria y la Beldad.

¡Dejad que su alma sueñe, dejad que su alma espere  
y que su vuelo tienda  
del ideal en pos!  
La gloria de sus sueños es gloria que no muere...  
Espíritu sublime que lo infinito quiere,  
está, lejos del mundo  
porque se acerca a Dios.

¡A las armas!

No tenemos más rey que las leyes,  
no tenemos los libres señor;  
que con sangre se tiña de reyes  
nuestro bello pendón tricolor.

¿Hasta cuándo en vil ocio, hasta cuándo  
yaceréis, mexicanos, dormidos?  
¿Hasta cuándo seréis tan sufridos  
que se os pueda venir a insultar?  
No de paz, no de fiestas y danzas  
es esta hora que pasa tremenda...  
¡aquí mismo, en la patria, su tienda  
ha venido el francés a plantar!

¡A las armas! Oíd cuál resuenan  
de conquista los hurras salvajes..  
¿Para cuándo queréis el valor?  
¿Hasta cuándo vengáis los ultrajes?  
El que lleva en su pecho grabada  
de la patria la imagen querida,  
nunca piensa que juega la vida  
sólo piensa que gana el honor.

Sólo piensa cuando entra en la lucha  
que el oprobio al cobarde le queda;  
sólo busca lugar en que pueda  
la ancha espada mortífera hundir.  
Sólo sabe, ya tinto en su sangre,  
que morir por el niño, la anciana,  
por la madre, la esposa, la hermana  
por su Dios y su hogar..., ¡no es morir!

Es cumplir por la patria bendita  
la misión más sublime del hombre;  
es quizá bautizar con su nombre  
una página de oro triunfal;  
es vivir como vive la fama,  
es vivir como vive la gloria,  
es comprar a la excelsa victoria  
el derecho de ser inmortal.

¡A las armas! ¡El grito de guerra  
como el trueno los ámbitos llene,  
y del Gila al Grijalva resuene,  
del Pacífico al Golfo también!  
¡Y, cual llama de incendio, que el soplo  
de impetuoso, huracán arrebata,  
como tromba que el rayo desata,  
se desplome la guerra doquier!

¡A las armas! ¡Los montes, los valles,

las ciudades vomiten guerreros... !  
¡Luz nos den en el día los aceros,  
y en las, noches alumbre el cañón!  
Y que corra la sangre agostando  
flor y mies en la vasta campiña...  
Cuando el agua de rojo se tiña  
ya podremos lavar el baldón.

¡No haya paz! ¡El flamígero incendio  
del combate la atmósfera abraza;  
cada pecho que el hierro traspase  
multiplique en los otros la fe!  
Y no quede un pedazo de tierra  
que no moje la sangre enemiga...  
Si es preciso, no quede quien diga  
de nosotros: ¡la Patria aquí fue...!

¡Sí...! Primero, primero se tomen  
las ciudades en mudos desiertos,  
y los campos se cubran de muertos,  
y la patria perezca en luchar,  
que sumisos a un amo extranjero  
ofrecer nuestra carne a su vara,  
de vergüenza taparnos la cara  
y cual pobres mujeres llorar...

Nuestro sol es el sol de los libres,  
nuestro suelo es un suelo de bravos;  
pero si hay corazones de esclavos,  
si hay traidores..., ¡maldígalos Dios!  
El traidor no es hermano... Va solo:  
es Caín vagabundo y proscrito;  
Dios escribe en su frente: ¡maldito!  
y sus hijos le ven con horror.

¡Oh mi Patria! En un tiempo la lucha  
sin piedad a tus hijos diezmaba;  
sangre propia tu seno chorreaba,  
sangre extraña tu espada también.  
¡En un tiempo, con mano terrible  
la melena real sacudiste  
del ibero León, y le oíste  
ya vencido rugir a tus pies...!

¿Cómo es que hoy a tu frente divina  
el baldón por el galo se escupe?  
¿Quién de Puebla arrasó el Guadalupe?

¿Quién el sol de tu Mayo apagó....?  
¡A las armas! Doquier el incendio  
de la guerra tus campos alumbre,  
y retiemblen la costa y la cumbre  
al feroce tronar del cañón.

¡A las armas! ¡El sol de la Patria  
no vea más nuestra triste vergüenza!  
¡Es preciso que México venza,  
y en el nombre de Dios, vencerá!  
¡Al cadalso, a la tumba, al oprobio  
rodarán el monarca y vasallos...  
y sus cascos pondrán los caballos  
en la sacra corona imperial!

¡No tenemos más rey que las leyes,  
no tenemos los libres señor,  
ni aquí tienen más trono los reyes  
que el cadalso sin gloria ni honor!

Oda a la patria  
(Cinco de mayo de 1862)

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre  
esplendorosa de granito y nieve  
del excelso volcán, a donde raudo  
entre el fulgor de la celeste lumbre  
tan sólo el cóndor a llegar se atreve;  
donde la nube se desgarrar el seno  
para vibrar el rayo  
y hacer rodar en el abismo el trueno.  
Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa  
del cielo tropical y sobre el ara  
diamantina del Ande  
el augusto pendón de la victoria,  
que aun mereciera pedestal más grande  
la enseña de la Patria y de la Gloria.

¡Oh santo nombre de la Patria...! Escuda

con tu prestigio inmenso  
esta mi audaz palabra tan desnuda  
de elocuencia y vigor; haz que vibrante  
al pie de tus altares se levante,  
y sea como la nube del incienso  
ante el ara de Dios; haz que resuene  
potente, y en su vuelo  
con tu renombre los espacios llene,  
y cubra al mundo y se levante al cielo.

Ayer, -fugaz minuto que a la Historia  
acaba de pasar en las serenas  
y deslumbrantes alas de la Gloria,-  
ayer en la ignorada  
cumbre de una colina que ceñía  
una cinta de frágiles almenas  
y pobre artillería,  
el mexicano pabellón flotaba  
bajo un cielo de brumas,  
como en la frente del guerrero azteca  
rico penacho de vistosas plumas.  
Mas no flotaba al beso voluptuoso  
de las brisas del trópico; crujía  
al soplo tempestuoso  
de un huracán de muerte, y se tendía  
su lona tricolor como del Iris  
sobre la frente negra de los cielos  
la diadema se ostenta  
cuando huyendo flamígera sacude  
su melena de rayos la tormenta.

Y era también un iris de esperanza  
aquel sagrado pabellón erguido  
ante el genio feroz de la matanza,  
aquella enseña del derecho herido,  
alzándose terrible a la venganza.  
Allí del mundo de Colón los ojos  
severos se fijaban, centelleando  
de impaciencia, de cólera y enojos.  
Y quién sabe si airadas  
allá desde los picos solitarios  
de la alta cordillera, silenciosas,  
envueltas en sus pálidos sudarios,  
de nuestros héroes muertos asomaban  
las sombras espectrales  
y el Guadalupe atónitas miraban.

¡El Guadalupe...! Ostenta en sus laderas  
de la Patria las bélicas legiones,  
brillan las armas, flotan las banderas  
y se mezcla al rodar de los cañones  
el toque del clarín, la voz de mando  
y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,  
hinchidas de arrogancia,  
tendiendo al sol las alas voladoras,  
las imperiales águilas de Francia  
conduciendo las huestes invasoras.

Las huestes sin rival. En sus pendones  
cien y cien veces derramó laureles  
propicia la Victoria;  
soldados favoritos de la Gloria,  
en los campos de Europa sus corceles  
han dejado una huella ensangrentada,  
y cien veces sus páginas la Historia  
abrió a la punta de su atroz espada.

Ellos son los que avanzan... ¡Dios Supremo!  
¡Ah! ¿qué va a ser de nuestra pobre tierra  
ante esos semidioses de la guerra...?  
¿Qué va a ser del soldado mexicano,  
soldado humilde, sin laurel ni pompa,  
de esos titanes al tremendo empuje?

¿Qué va a ser...? Vedlo ya...  
Suenan la trompa,  
silba la bala, la metralla ruge,  
se avanzan con furor los batallones,  
se chocan los guerreros,  
se desgarran flotando los pendones,  
crujen tintos en sangre los aceros,  
tiembla la cumbre, tiembla la llanura  
al estruendo mortal de la pelea,  
y de humo y polvo en la tiniebla oscura  
el cañón formidable centellea.

¡Terrible batallar! Potente rabia  
de insensato furor ebrio de sangre;  
festín de la venganza  
en que sólo resuena pavoroso  
el salvaje rugir de la matanza;

en que fiera la vida  
se escapa palpitante por la herida  
del corazón indómito que aun late  
encendido en las iras del combate;  
instante de terror y de grandeza  
en que el débil en bravo se convierte  
y se hace león el corazón del fuerte;  
y convulsa la vida se desgarrar,  
y se goza el Horror y ríe la Muerte.

¡Terrible batallar! Golpe por golpe,  
furor contra furor, vida por vida,  
y sangre nada más; allí la fama  
del francés vencedor y su pericia  
contra el derecho transformado en pueblo,  
y armado de justicia...  
Terribles las legiones,  
cual de la mar las olas turbulentas  
que flagela el furor de las tormentas,  
se encuentran y se chocan y se rompen  
feroces y sangrientas...

¿Y es verdad... es verdad...? Los invencibles,  
los que cejar no pueden,  
los tigres de Inkerman y Solferino,  
¿aquí blanca la faz, perdido el tino  
y con miedo en el alma... retroceden?

¿En dónde está su incontrastable arrojo?  
¿En dónde su furor armipotente?  
¿Dó el llegar y vencer, que suyo haría  
inmóvil de terror el Continente?  
Las águilas francesas  
¿no midieron, cruzando el Océano,  
cuánto eres, Libertad, grande y potente  
bajo el inmenso cielo americano...?

Soberbias te arrojaron sus legiones;  
y viéndolas llegar, en tu mirada  
las iras del ultraje centellearon;  
y vibrando relámpagos tu espada  
sus golpes matadores  
el rayo de la muerte fulminaron;  
sangrienta charca abriose tu pisada,  
nada su rabia de leones pudo:  
y ante tu fuerte escudo  
ellos, los invencibles... se estrellaron.



¡Y tres veces así...! Del Guadalupe  
quedaron las laderas  
de pálidos cadáveres sembradas,  
y de francesa sangre  
y sangre mexicana ¡ay! empapadas.

Y cuando el sol de Anáhuac esplendente,  
bajaba al Occidente,  
el ángel tutelar de la Victoria  
voló a arrancarle su postrero rayo,  
bañó con él de México la frente  
sellándola de gloria  
y con letras del Sol CINCO DE MAYO  
para los siglos escribió en la Historia.

Entonces... tú lo sabes, Puebla mía,  
¡oh, Puebla! cuya heroica bizarría  
nunca ensalzar como merece supe;  
tu nombre, sepultado en el olvido,  
aprendiolo la Francia al estampido  
del cañón que tronaba en Guadalupe.

Cayó ese nombre en la soberbia Europa  
con el ruido triunfal de una victoria,  
cayó vestido con el ampo de oro,  
del sol de Mayo que alumbró tu gloria.

Desde entonces, allá, bajo el sereno  
dosel de auroras que despliega Oriente,  
envuelta en alas de oro por la lumbre  
de aquese sol triunfal, y coronada  
con el lauro que el tiempo no destroza  
del Guadalupe yérguese en la cumbre  
la figura inmortal de Zaragoza.

Las águilas francesas que algún día  
tendieron sobre el mundo  
ebrias de triunfos las potentes alas  
llevando entre sus garras las banderas  
vencidas y hechas trizas  
de naciones altivas y guerreras;  
las águilas que guiaron la fortuna  
sangrienta de los fieros Bonaparte,  
no posaron su vuelo victorioso,  
después, del Guadalupe en el baluarte.

Y queda allí soberbio monumento  
de patriotismo y gloria,  
vistiendo con la sangre no lavada  
la púrpura triunfal de su victoria.  
Allí queda a su planta la esforzada  
guerrera de Atoyac, Puebla la bella,  
la tierra de mi hogar que guarda altiva  
cual cicatrices que la gloria sella,  
sus rotos muros, sus deshechos lares,  
sus calles destrozadas,  
y en pie las ruinas de sus grandes templos  
por la bala francesa acribilladas;  
elocuente padrón del heroísmo  
y del patrio desnudo,  
página de la Historia  
del mexicano corazón sin miedo.

Allí queda la invicta  
amazona mostrando cual trofeo  
la palpitante herida del combate,  
por la cual, ante el sol, como en el roto  
pecho de los guerreros de Tirteo  
se ve el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres  
ante cuyo granito la soberbia  
de los nunca vencidos se destroza;  
¡allí queda ese campo de pelea  
donde hollaron las cruces de Crimea  
los cascos del corcel de Zaragoza!

¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día  
arroja el extranjero  
el grito de la guerra a tu muralla,  
renueva tu osadía,  
vibra de nuevo el matador acero,  
desata el huracán de la metralla,  
fulmina fiero de la muerte el rayo,  
y la sangre del campo de batalla  
seque aún otra vez la esplendorosa  
lumbre de gloria de tu sol de Mayo,

A los alumnos del colegio del estado

(Distribución de premios)

Cuando allá en los confines de la Historia,  
en la aurora del mundo  
cuando el tiempo era niño todavía,  
al Hágase fecundo  
del Eterno, la gran Naturaleza  
sus pompas virginales revestía;  
cuando el hombre salvaje  
y de pieles cubierto,  
vagaba confundido  
con las fieras sin nombre del desierto;  
cuando tenía que partir el fruto  
del árbol con los pájaros errantes  
y disputar al bruto  
los restos de su presa, palpitantes;  
cuando el sol del estío,  
fuego lanzado en la región serena  
y calcinando la desnuda arena,  
abrasábale impío,  
y lo azotaba el huracán violento,  
y le mojaba gélida la lluvia,  
y le punzaba el frío;  
cuando en la playa, a solas,  
contemplaba con ojos espantados  
los mares irritados  
alzar bramando sus tremendas olas;  
cuando, dentro su choza que temblaba,  
él temblaba también, de miedo yerto,  
al escuchar el trueno que rodaba,  
y ver flamear incierto  
el relámpago pálido, alumbrando  
la pavorosa noche del desierto;  
cuando ciego y estúpido, infelice,  
con fatigado paso  
iba el hombre al acaso  
y solo en la Creación... solo en la vida,  
solo con sus dolores sin medida,  
solo con su miseria,  
como la bestia doblegada al suelo  
por el peso mortal de la materia;  
cuando su mente obscura  
ciego abortaba el pensamiento vago,  
y no daba a sus lágrimas dulzura

de la esperanza el cariñoso halago;  
cuando sin ilusiones ni deseo  
se arrastraba en el polvo hasta el olvido,  
el corazón ateo,  
en tiniebla el espíritu perdido,  
errante, débil, infeliz y bravo,

entonces, en tal hora,  
era Naturaleza la señora,  
¡el Hombre... era el esclavo...!

Mas hoy que no hay sobre la vasta tierra  
ningún poder que su poder resista,  
que es para él cada obstáculo una guerra  
y entonces cada guerra una conquista;  
hoy que el fiero Océano,  
sacudiendo su crin de olas rugientes,  
sólo es, para el humano,  
corcel en que cabalga soberano  
visitando los anchos continentes;  
hoy que da a la palabra  
el vuelo del relámpago, y la idea  
rápida como el rayo, por el mundo  
en las alas del rayo se pasea,  
hoy que señala su corriente al río,  
que enlaza las montañas,  
y las hace escuchar, estremecidas,  
el grito del vapor en sus entrañas;  
hoy que ya del profundo  
abismo de la tierra abrió las puertas,  
y ha preguntado a las edades muertas  
el génesis del mundo;  
hoy que sintiendo en su fecunda mente  
del infinito la atracción suprema,  
arroja al cielo su pensar ardiente  
deja atrás la región de las centellas  
y navega, burbuja inteligente,  
en el mar sin confín de las estrellas;  
hoy que su alma ideal, chispa sagrada  
por el Dios encendida,  
no cabe en el instante de la vida,  
y despreciando la mezquina nada  
no ve en la tumba abierta  
al paso del proscrito  
más que la obscura puerta  
que conduce a otro mundo... el infinito;

hoy que encierra saber su pensamiento  
amor su corazón, fe su conciencia,  
que tierra y firmamento  
alumbra con su ciencia,  
y que a sus plantas, el error enclava  
y que lo acerca a Dios su inteligencia,  
¡el Hombre es rey... Naturaleza, esclava!

El Hombre es rey. La Creación hermosa  
como una lira melodiosa y blanda  
como una virgen al amor rendida  
le rodea cariñosa,  
y le brinda en su seno, voluptuosa,  
la copa del misterio de la vida.  
La copa del saber en que se esconde  
del Creador el secreto soberano,  
y cuyo néctar al tocar el labio,  
hace un hijo de Dios del ser humano.  
Que la Ciencia, centella desprendida  
de la inmensa mirada del Eterno,  
y en el humano espíritu caída,  
desde la triste sombra de este suelo  
rasgando la tiniebla de la vida  
le alumbra el mundo y le señala el cielo.

Tú eres, Ciencia, del mundo la señora,  
¡para ti los laureles y las palmas,  
y los himnos del arpa vibradora  
y el culto de las almas!  
¡Para ti los perfumes y las flores,  
para ti lo mejor de la existencia!  
¡Si sólo vivo el corazón de amores,  
sólo vive el espíritu de ciencia!

¡Oh grata Juventud! Alma de aurora  
que vibra estremecida  
a los primeros soplos de la vida;  
dulce generación en Primavera,  
a quien deslumbra el esplendor del día,  
en quien derrama la ilusión primera,  
como una lluvia matinal de flores,  
la inefable pasión de los amores,  
la esperanza, la dicha, la poesía,  
todos los ensueños seductores  
de la mágica edad de la alegría;

Juventud, porvenir que se levanta,  
sangre que hierve, corazón que late,  
guerrera que se apresta  
segura de los triunfos al combate;  
sacerdotisa eterna de la idea  
que en la ara de la Ciencia,  
a la diosa Verdad, en holocausto,  
consagras lo mejor de la existencia;  
hermana Juventud, ¡álzate grande!  
¡Alcanza las conquistas del talento,  
y vuelve a la verdad tu pensamiento  
como el soberbio cóndoro del Ande  
al espléndido sol del firmamento!

En la exposición industrial de Puebla  
Velada artístico-literaria dedicada al general Ulises Grant

- I -

Hay un artista: ¡Dios! Tendió su cielo  
y, cual polvo caído de sus huellas,  
derramó en los espacios infinitos  
un reguero de mundos: las estrellas.

Habló, dijo: ¡la luz! y la sonora  
voz que la inmensidad estremecía,  
del caos huyendo desprendió la aurora  
y de la aurora desprendiose el día.

El día, la vasta luz, el torbellino  
de átomos de oro que al tender su vuelo  
por los campos del éter cristalino  
encienden con su polvo diamantino  
el esplendor magnífico del cielo.  
El día, pompa del sol, regio atavío,  
beso de luz que deja en las corolas  
el trémulo diamante del rocío,  
y chispeando en la cresta de las olas  
tiende un collar de soles en el río.  
El día que viste de esplendor la tierra,

de iris la flor, de púrpura el celaje,  
y en penachos de perlas desparrama  
las olas del Atlántico salvaje.  
El día que enciende con su llama de oro,  
de la ancha tierra el perfumero inmenso  
para que suba al Dios de las alturas  
entre flores y músicas y aromas,  
el himno universal de las criaturas.

A la espléndida luz del primer día  
la tierra, que de amor se estremecía,  
desplegó sus soberbios horizontes,  
puso en calma sus mares turbulentos,  
hundió sus valles, levantó sus montes,  
hizo soplar suavísimos los vientos,  
cargados de perfumes y rumores,  
y al extender del bosque la espesura,  
pobló la soledad de la llanura  
con torrentes y pájaros y flores.

Y en medio de esta luz, de esta armonía  
de este nido de amor, de este embeleso,  
el hombre despertose acariciado  
por el fuego nupcial del primer beso.

Abrió sus ojos, y el divino rayo  
del sol que aparecía  
ante su vista se veló un instante:  
que más bella que el mundo que nacía,  
más esplendente que la luz del día  
era la imagen que tenía delante.

Eva, la flor de Dios, la seductora  
creación del primer sueño, la doncella  
formada en el regazo de la aurora  
para sus bodas con Adán, aquella  
que ya en el Paraíso, tentadora  
cuando apenas nacía,  
rival de Dios después sobre la tierra  
en el alma del hombre se alzaría.

Creía Adán... Los cielos, asombrados,  
con Dios a solas conversar le oyeron  
del Edén en los huertos perfumados,  
y en torno de él para guardale vieron  
la legión de los ángeles alados.

Creía Adán; pero olvidó un instante  
la cara de su Dios, y, en su locura,  
de Eva, al mirar bellissimo el semblante  
se arrodilló temblando y palpitante  
ante el divino sol de la hermosura.

Sintió en su alma otro Dios, desconocido,  
pero hermoso también, también supremo,  
también Creador y grande sin medida;  
el Dios-Amor incontrastable y fuerte,  
y al presentirle idolatró la vida,  
y por gozarle, desdeñó la muerte.

Amó, y su pecho se bañó en ternura,  
y desbordó en su labio la dulzura  
de Eva al decir el delicioso nombre;  
ciñó su talle con gentil abrazo,  
reclinó la cabeza en su regazo  
y olvidado de Dios, quiso ser hombre.

Y Dios celoso le arrojó irritado  
del profanado Edén sobre la tierra,  
de la hermosa mujer acompañado;  
lo arrojó a la expiación, en dura guerra  
con todo lo creado.

Y el hombre se encontró desconocido  
en la vasta Creación; ángel caído  
ausente de su Dios, por un instante  
en los umbrales del Edén perdido  
quizá lloró, quemando fugitiva  
la lágrima primera su semblante;  
¡mas luego irguióse su cabeza altiva,  
lanzó al remoto cielo una mirada,  
abarcó luego la desierta tierra,  
y al sentir en su mente el pensamiento,  
en su brazo el vigor, y el ardimiento  
en su gigante corazón, lanzóse  
contra la hostil Naturaleza en guerra!

- II -

Y de entonces acá, siglo tras siglo,  
infatigable luchador el hombre  
viene escribiendo su triunfante nombre  
en el libro inmortal de las edades.  
Humilló de las fieras la bravura,



con su trabajo fecundó la tierra  
y tapizó de mieses la llanura.  
Derramó en el desierto las ciudades,  
dominó con sus torres el espacio  
y levantó, soberbio, su palacio  
junto al templo erigido a sus deidades.

En vano el mar, rugiendo de coraje  
al sentir en su espalda la barquilla,  
su crin de espuma sacudió salvaje  
y reventó su turbulento oleaje  
en las quietas arenas de la orilla.  
Presintiendo del hombre el poderío  
en su contra llamó las tempestades,  
hizo rodar el trueno en el vacío,  
abrió en la inmensidad sus soledades  
de hondo misterio y de terror sombrío...  
¡Todo en vano...!

¿No veis allá a lo lejos,  
sobre las olas de rizada, espuma,  
del magnífico sol a los reflejos,  
tenderse al aire cual gallarda pluma,  
blanco penacho de indecisa bruma...?  
¡Es el vapor! Su pabellón de gloria  
protege al hombre sobre el mar perdido;  
la inmensidad, el huracán, el trueno,  
la tempestad flamígera, han huido...  
Dragones de la mar ya no la guardan:  
el mar está vencido.

Vencido está como lo está la tierra,  
cuyas entrañas, al trabajo abiertas,  
prodigan el tesoro,  
inagotable de sus venas de oro,  
y en cuyos senos el saber profundo  
ha hecho decir a las edades muertas  
el misterioso génesis del mundo.  
Vencido, como está Naturaleza  
a quien arranca diligente el sabio  
secretos de poder y de grandeza...

¿Que es esa chispa que en la nube oscura  
con ímpetu violento  
lanza el trueno y fulgura y centellea?  
En el cielo es el rayo, entro los hombres  
es el dócil corcel del pensamiento,  
y lleva en su relámpago la idea.

¡Tú eres, Ciencia, del mundo la señora!  
¿Cómo no dominar las tempestades,  
la centella y el piélago bravío,  
cuando al sol detuviste en su carrera,  
y fijándole allí tu poderío,  
arrojaste a la tierra triunfadora  
a trazar voladora  
su curva gigantesca en el vacío...?

¡Oh, Ciencia, eres grandeza!  
Por ti, sólo por ti, pudiera el hombre,  
levantando orgulloso la cabeza,  
llamarse hijo de Dios. Tú eres la llama  
que nuestro frágil ser inmortaliza,  
y transformando en sacerdote al hombre  
y en templo la Creación, le diviniza.

Tú eres vida inmortal. Contigo el Arte  
crece y vive también. ¿No ha transformado  
la tienda que las tribus vagabundas  
alzaban del desierto en las arenas  
y las rústicas aras pastorales,  
en los sagrados pórticos de Atenas  
y de Cristo en las santas catedrales?  
¿No del cincel a los prodigios raros  
bajar hizo a los griegos pedestales  
los magníficos dioses del Olimpo  
a dar vida a los mármoles de Paros...?

¡El Arte es genio, inspiración, grandeza!  
El mismo Dios le teje sus coronas...  
¡El Arte es Rafael robando al cielo  
el rostro angelical de sus Madonas!  
¡Es Miguel Ángel arrancando al suelo  
ancha mole de pórfido y granito,  
y arrojando, pujante,  
de San Pedro, la cúpula gigante  
a la región azul del infinito!

El Arte es esa Italia de Rossini,  
inundando la tierra de armonía,  
es el cisne de Pésara exhalando  
en un himno del cielo su agonía:  
es Ángela, nuestra Ángela llevando  
en el canoro y musical gorjeo  
de su dulce garganta mexicana,

al espléndido alcázar europeo  
el trino de la alondra americana.

¡Y en tanto que la Ciencia es la grandeza  
del hombre, hijo de Dios; mientras el Arte  
derrama el esplendor de la belleza  
en las obras del genio, y se levanta  
rival de la gentil Naturaleza,  
he aquí la Industria que también se acerca  
al festín de la Gloria y la Conquista,  
y el himno hermoso, de los triunfos canta!

¡Gloria al sabio ¡inmortal, gloria al artista!  
Pero, gloria también al artesano,  
trabajador fecundo  
que lleva humilde en su callosa mano  
algo también del porvenir del mundo.  
Gloria al obrero, al hombre del trabajo,  
al hijo del taller, al que constante  
en su obra de adelanto redentora,  
quizá del mundo ante la faz, mañana,  
alto, muy alto con su afán levante  
el nombre de esta tierra mexicana.

- III -

Patria, nido de amor, grupo de flores,  
que besa el sol y que enamora el día,  
santuario de la fe de mis mayores,  
tierra de la beldad y los amores,  
e incomparable amor del alma mía;  
hogar del corazón, patria del alma,  
México la gentil, virgen azteca,  
como Venus nacida de las olas,  
envuelta como Venus en la espuma,  
y robada al amor de Moctezuma  
por las audaces manos españolas;  
tierra del Anahuac, huerto florido  
que en el edén de América descuellas  
con tu cielo de azul y de arreboles,  
donde brillan tan fúlgidos los soles  
y tiemblan tan amantes las estrellas;  
tierra de promisión, tan seductora  
con tus bosques, tus lagos, tus vergeles,  
tus montes de oro, tu tapiz de rosas;  
y tus sabios, tus poetas y guerreros,  
y tus hijas con ojos de luceros

que parecen mujeres y son diosas;  
Patria del corazón, quiero que te amen,  
así cual te amo yo, cuantos te miren;  
¡quiero que bella sin rival te llamen,  
y grande te respeten y te admiren!

He aquí un huésped ilustre. Viene amigo  
un pueblo a visitar, un pueblo hermano  
que de su gloria y su valor testigo,  
al saludarle con aplauso ufano  
no mira en él al grande presidente,  
sino al gran ciudadano,  
al brazo varonil, fuerte y potente  
que más allá del turbulento Bravo,  
hizo pedazos con terrible espada  
la afrentosa cadena del esclavo.

¡Salud al redentor del oprimido,  
y salud a la América potente,  
rival de Europa tras los anchos mares,  
a la tierra de Hidalgo y de Bolívar,  
de Washington, de Lincoln y de Juárez!

Que de la Unión en el extenso cielo,  
brillen siempre gloriosas sus estrellas;  
y el aguila soberbia mexicana  
independiente, libre, soberana,  
vuele tan alto como brillan ellas!

¡Que multiplique América sus grandes  
y le prodigue el porvenir coronas,  
mientras alcen sus cúspides los Andes  
y ruede su cristal el Amazonas!

¡Qué grande, bello, espléndido, fecundo,  
levante Dios con su potente mano  
de las playas de luz americanas,  
para alumbrar la libertad del mundo,  
el sol de las Repúblicas hermanas!

Pintura al pastel

¡Lástima que en verdad no sea de Lola  
la cara angelical que lleva puesta!  
Pero es suya, no más porque le cuesta,  
como dice el soneto de Argensola.

Agréguese a esto la tremenda cola,  
el alto puff, la enmarañada cresta,  
y dígame cualquiera si no es ésta  
una muchacha que se pinta sola.

Mancha ninguna su beldad empaña;  
mas yo, aunque dicen que por ella muero,  
no la quisiera ver cuando se baña;

y sólo pido a Dios mi amor sincero  
que el viento no se lleve su castaña,  
ni lo caiga en el rostro un aguacero.

En el álbum de Pepe

¿La amaste...? Pues olvídala. Esta vida  
de bienes duraderos tan escasa;  
amando y olvidando se nos pasa  
y cuanto más se vivo más se olvida.

Una pasión es fiebre que, homicida,  
se nos mete cual Pedro por su casa  
dentro del corazón, y nos le abrasa...  
No hay, pues, que dar a la pasión cabida.

La mujer es un ángel, no lo niego;  
pero, Pepe, la Biblia es testimonio  
de que la echaron del Paraíso luego:

estaba en relación con el Demonio,  
y, como no han quebrado, a pensar llevo  
que ya hasta contrajeron matrimonio.

## Juanita

Mirad a Juana; su cintura es leve,  
blanquísima su frente sin mancha,  
y envidiará el carmín de su mejilla  
la fresca rosa que el favonio mueve.

¿Quién temerario a resistir se atreve  
el dulce fuego que en sus ojos brilla?  
¿Quién temblando de amor no se arrodilla  
y besa el polvo de su planta breve?

Todo cuanto Natura en esta tierra  
ha prodigado a la belleza humana,  
en Juanita no hay duda que se encierra;

mas ¡ay! que esa beldad tan soberana,  
queriendo escribir guerra pone gerra  
y firma al pie de sus cartitas: Guana.

En un ejemplar de la Divina comedia

La Divina Comedia es el poema  
de este mundo escondido en la secreta  
sombra del corazón, infierno y cielo,  
pecado y expiación, perdón y calma;  
y Dante es sólo el hombre hecho poeta  
errante en los abismos de su alma.

A la Sociedad Literaria Rodríguez Galván

¡Óyeme, Juventud!

Callo en mi labio

el himno de alabanza,  
y abro mi corazón, en donde guardo  
la voz de la amistad y la confianza.

Me llamaste a tu seno, y he venido  
pobre de lo que esperas;  
mas si jamás talento he poseído,  
aun guarda el corazón envejecido  
algo de sus lejanas primaveras.

Aun el fuego divino  
que enciende en esa edad la fantasía  
y alumbra el pensamiento,  
como alumbra el inmenso firmamento  
el rayo de oro, del naciente día;  
aun ese fuego deja  
la última de sus chispas encendidas  
dentro de un corazón que ya se aleja  
de los confines de la edad florida,  
dentro de un corazón que van enfriando  
las nieblas de la tarde de la vida.

Esa chispa se aviva, y a su fuego  
el ánimo se inquieta,  
y yo su impulso irresistible sigo,  
trayendo, más que el canto del poeta,  
la mano cariñosa del amigo.

Deja, pues, que en las cuerdas silenciosas  
del arpa abandonada  
busque yo las antiguas armonías,  
que acaso se llevaron para siempre  
las blandas auras de mis bellos días.

Deja un instante que a tus puertas llame,  
¡dichosa Juventud! Deja que aliente  
tu atmósfera de luz, tu ambiente libre,  
y que a tu hogar mi corazón caliente,  
que a tu festín primaveral me siente  
y que mi canto con los tuyos vibre.

Que, también como tú, cuando mis horas

estaban alumbradas todavía  
por el beso de luz de sus auroras,  
y la ilusión y la esperanza ardiente  
lanzaban tentadoras  
una nube de sueños a mi frente,  
sentí que abrasador el pensamiento  
el raquíptico cráneo me rompía,  
y águila audaz de poderoso aliento,  
en pos de libertad y firmamento  
sus alas impaciente sacudía.

Entonces, como tú, sintiendo estrecho  
a la ansiosa mirada el horizonte  
y al agitado corazón el pecho,  
soñé otro mundo tras el patrio monte  
otro aire azul tras el paterno techo,  
y en alas del amor y la confianza  
busqué otra inspiración a mis cantares,  
otra felicidad a mi esperanza,  
otro incógnito Dios a mi altares,  
¡otro amor a mi amor...!

Febril empeño

mi mente enardecía  
en pos del mundo que forjó mi sueño.

«¡El mundo de mi loca fantasía,  
mi mundo de poeta,  
un pedazo de cielo que se abría

en la región del alma más secreta,  
un enjambre de sueños voladores  
en torno de dos almas cariñosas  
y del alba a los tibios resplandores  
un escondido tálamo de rosas  
para el sueño nupcial de los amores;  
un cáliz desbordado de embriagueces,  
de inmortales delicias,  
un torrente de besos, de suspiros,  
de lágrimas de amor y de caricias...!»

¡El mundo del placer y la ventura  
al arrullo del arpa enamorada



ante el ara gentil de la hermosura;  
y más allá, la fulgurante diosa  
eterno y santo amor del pensamiento,  
la Gloria, señalando majestuosa  
su corona de estrellas al talento!

Y el triunfo austero de la sacra Ciencia  
en la olímpica frente pensadora  
del Hombre-rey, alzando brilladora  
una aureola inmortal: ¡la Inteligencia!

Y la lucha, el combate misterioso  
que el alma varonil libra al destino,  
de la vida en el campo tenebroso;  
y la conquista, la estruendosa fama  
arrojando en sus cánticos un nombre  
al porvenir, heraldo que proclama  
las victorias del hombre.

Y la Ciencia, el Poder, la Gloria, el Triunfo,  
todo ese grupo del ideal sagrado  
que enciende nuestras almas  
y a combate perpetuo las convida,  
agitando magníficas sus palmas  
en torno al gladiador ensangrentado,  
vencedor en las luchas de la vida...

¡Oh esplendor de los sueños vagabundos  
que el espíritu abrasan, tú le encumbras  
al través de los soles y los mundos  
y, sol también, el universo alumbras!

Todo eso en su risueña lontananza,  
todo eso, en los umbrales de la vida  
pintaba ante mis ojos la esperanza...  
¡Culpa no es suya si salió mentida!

¡Pero tú, Juventud, sueña, delira,  
espera y ambiciona!  
¡La gloria del talento no es mentira  
y es esa gloria la mejor corona!

Y vosotras, vosotras, las gentiles  
hijas del Atoyac, cuyos hechizos  
acaso adivinaron  
los que a Puebla en un tiempo

la tierra de los ángeles llamaron;  
vosotras sois las flores  
del mágico pensil de los amores,  
música en vuestra voz, dulce ambrosía  
son esos labios húmedos y rojos;  
como el brillante sol enciende el día,  
amor enciende vuestros lindos ojos.  
¿Quién al veros, de vos no se enamora?  
¿Qué suspiro hasta vos no se levanta?  
¿Qué corazón vuestro desdén no llora?  
¿Qué trovador vuestra beldad no canta?  
¿Quién en sueños no mira vuestra sombra?  
¿Quién no quisiera a vuestras plantas bellas  
tender como una alfombra  
ramilletes de rosas y de estrellas?  
¿No tiembla acaso el alma estremecida  
al eco nada más de vuestro nombre?  
¿No sois del alma la mitad querida,  
las dulces compañeras de la vida,  
la sangre, el ser, el corazón del hombre...?

Pues si todo lo sois; si el cielo quiso  
que el hombre por vosotras olvidara  
el jardín celestial del Paraíso;  
si madre o prometida  
siempre las dueñas sois de nuestra vida,  
¡abrid, abrid al rayo de la Ciencia,  
como la floral sol su cáliz de oro,  
vuestra hermosa y feliz inteligencia!  
De nada sirve incógnito el tesoro,  
la perla más preciosa nada vale  
si siempre oculta entre su concha vive,  
y sólo pedernal es el diamante  
si luz y pulimento no recibe.  
Acreciente el saber vuestra valía,  
en el joyel osténtese la perla,  
¡brille el diamante con la luz del día...!  
Y al ceñir vuestras frentes ruborosas,  
donde tienen su asiento  
también la inspiración como el talento,  
los laureles se mezclan con las rosas,  
vuestro es del hombre el corazón...¡Que os rinda  
también el pensamiento;  
completad sobre su alma la victoria,  
y ya que sois su dicha, sed su orgullo;  
ya que sois su destino, ¡sed su gloria!

¡Dichosa Juventud, sueña, delira,  
espera y ambiciona...!  
¡La gloria del talento no es mentira  
y es esa gloria la mejor corona!

¡Dichosa Juventud, álzate, avanza,  
el sol del porvenir con sus reflejos  
alumbra tu esperanza...!

En tanto el sol que iluminó la mía  
esconde allá a lo lejos  
en las nieblas de ocaso su agonía.

#### Cuarta parte Insomnios

...Las lágrimas vertidas  
del alma alivian la agonía secreta:  
he aquí mis versos, lágrimas sentidas,  
lágrimas melancólicas caídas  
del alma solitaria del poeta.

#### La noche A Juan B. Hajar y Haro

L'Ame du poète, d'ombre et d'amour. C'est  
une fleur des nuits qui s'épanouit aux étoiles

V. HUGO.

¡Salve, noche sagrada! Cuando tiendes  
desde el éter profundo  
bordada con el oro de los astros

tu lóbrega cortina sobre el mundo;  
cuando, vertiendo la urna de la sombra,  
con el blando rocío de los, beleños  
vas derramando en la Creación dormida  
las negras flores de los vagos sueños,  
el fúnebre silencio, y la honda calma  
que a los misterios del no ser convida,  
entonces, como flor de las tinieblas,  
para vivir en ti, se abre mi alma.

Hermosa eres, ¡oh noche!  
hermosa cuando límpida, serena,  
rivalizando con el mismo día,  
rueda tu luna llena,  
joya de Dios, en la región vacía,  
hermosa cuando opaca,  
esa luna, ya triste, se reclina  
en la argentada nube  
que apenas, melancólica, ilumina,  
tan apacible en su divina calma  
que, viéndola, los ojos se humedecen,  
y sin saber por qué, suspira el alma.

Hermosa cuando negra  
como el seno del caos, la eterna sombra,  
insondable y desierta,  
chispea de estrellas, que alumbrar parecen  
pálidos cirios, a la tierra muerta.  
¡Y más hermosa aún, cuando, agitando  
su densa cabellera de tinieblas  
trenzadas con el rayo, la tormenta  
borra los astros, y fulgura y brama,  
y azotando los cielos con la llama  
del relámpago lívido, revienta...!

Entonces, sólo entonces, al aliento  
del huracán que ruga embravecido,  
al rasgar la centella el firmamento,  
al estallar el trueno, es cuando siento  
latir mi corazón, latir henchido  
de salvaje embriaguez... Quieren mis ojos  
su mirada cruzar fiera y sombría  
con la mirada eléctrica del rayo  
fatídica también... Mi pecho ansía  
aspirar en tu atmósfera de fuego  
tu aliento, tempestad... ¡Y que se pierda  
la ardiente voz de mi agitado seno

en la explosión magnífica del trueno!

¡Quiero sentir que mi cabello azota  
la ráfaga glacial; quiero en mi frente  
un beso de huracán, y que la lluvia  
venga a mezclar sus gotas con la gota  
en que tal vez mi párpado reviente!

Noche de tempestad, noche sombría,  
¿acaso tú no eres  
la imagen de lo que es el alma mía?  
Tempestad de dolores y placeres,  
inmenso corazón en agonía...

También así, como en sereno cielo  
de blanca luz y fúlgidas estrellas,  
miré pasar en delicioso vuelo,  
como esas nubes que argentó la luna,  
fantásticas y bellas  
mis quimeras de amor y de fortuna.  
Y así también de pronto, la tiniebla  
mis astros apagó, rasgó la nube  
cárdeno rayo en explosión violenta,  
y en mi alma desataron  
el dolor y la duda su tormenta.

¿Quién como yo sintió? ¿Quién de rodillas  
cayó temblando de pasión ante Ella?  
¿Quién sintiendo correr por sus mejillas  
el llanto del amor, en ese llanto  
mojó los besos que dejó en su huella?  
¿Quién como yo, mirando realizada  
la ansiada dicha que alcanzó el empeño,  
al ir a disfrutar vio disiparse  
en la sombra, en la nada,  
la mentira de un sueño?  
¿Quién de la vida al seductor banquete  
llegó jamás con juventud más loca?  
La copa del festín ¿quién más acerba  
apartó de su boca?  
¿Quién como yo ha sentido  
para tanto dolor el seno estrecho,  
y de tanto sollozo comprimido  
dolerle el corazón dentro del pecho?  
¿Quién, a despecho de su orgullo de hombre,  
ha sentido cual yo, del alma rota  
brotar la acerba gota

de un escondido padecer sin nombre?  
¿Quién soñador maldito,  
al quemar, como yo, sus dioses vanos,  
por sofocar del corazón el grito  
se apretó el corazón con ambas manos?  
¿Quién como yo, mintiendo indiferencia  
y hasta risas y calma,  
atraviesa tan solo la existencia  
con una alma tempestad dentro del alma?

¿Quién busca, como yo, tus muertas horas  
¡oh, noche!, y tus estrellas,  
fingiéndolo que son ellas  
las lágrimas de luz con que tú lloras?  
¿Quién ama como yo tú sombra muda,  
tu paz de muerte, y el silencio grave  
a quien la voz de los misterios diste,  
y tus suspiros que las auras llevan,  
y tu mirada de luceros triste?

Mi alma es la flor, la flor de las tinieblas,  
el cáliz del amor y los dolores,  
y se abre ¡oh, noche! en tu regazo frío,  
y espera así como las otras flores,  
tu bienhechor rocío.

Hijo yo del dolor, tu negra calma  
es el mejor abrigo,  
para ver en la sombra, sin testigo,  
una noche en el cielo, otra en el alma.

Mis sombras  
A mi hermano Agustín

Doux fantômes! c'est là que je rêve dans l'ombre  
Qu'ils viennent tour á tour m'entendre et me parler.

V. Hugo.

Es la hora melancólica y serena  
de la alta noche. En apacible calma

brilla la luna, y a lo lejos suena  
música alegre que entristece el alma.

Música de placer para el dichoso  
que dulces esperanzas atesora;  
música para mí como el sollozo  
de un solitario corazón que llora.

¡Llegad..., llegad, tristezas de la vida!  
y aunque en llanto mis párpados se bañen,  
que en la honda noche de mi fe perdida  
las sombras de mis dichas me acompañen.

En el tranquilo rayo de la luna  
imágenes de amor lleguen flotantes,  
bañándome al pasar, una por una,  
con la serena luz de los semblantes.

Miradlas... Ya se acercan, agrupadas,  
melancólicas, vagas, doloridas,  
de los que amo las sombras adoradas,  
las memorias de mi alma tan queridas.

Imagen de mi madre cariñosa,  
¿vienes a visitarme, madre mía...?  
¿Quién te dijo, que a esta hora silenciosa  
aquí en mi triste soledad sufría...?

¿Sabes que tengo el corazón opreso?  
¿Te escuchaste llamar del hijo ausente,  
y vienes a dejar tu santo beso  
como una bendición sobre mi frente...?

¡Compañera de infancia, hermana mía,  
tu dulce sombra con amor recoja  
esta profunda lágrima sombría  
que a la mejilla el corazón arroja!

Y tú, sangre del alma, mi consuelo,  
flor de mi vida solitaria y triste  
a quien amé con ilusión del cielo  
alma del corazón... también viniste...?

Y vosotras, mis ángeles perdidos,  
las que adoró mi corazón creyente,

las que al pasar dejasteis suspendidos  
tantos sueños de amor sobre mi frente;

mujeres de mi amor, las cariñosas  
creaciones del placer y la fortuna,  
llegad, llegad flotantes, siempre hermosas  
al tibio rayo de la casta luna.

Recuerdos todos de mis bellas horas,  
locas memorias de mis locos días,  
venid y recoged consoladoras  
en vuestras alas las tristezas mías.

¡Mirad mi corazón! Le ha consumido  
esta fiebre de amar nunca saciada;  
en pos de un imposible ha envejecido,  
en pos de un sueño... que será la nada.

¡Venid, sombras, venid! Yo necesito  
en estas horas en que sufro tanto,  
algo consolador, algo bendito,  
a cuyo amparo derramar mi llanto...

¿Es que ya nada el corazón alcanza  
del porvenir en la estación desierta...?  
¿Cayó también la flor de mi esperanza  
¡ay! en la tumba de mi dicha muerta...?

Yo no sé lo que busco, lo que anhelo;  
yo no comprendo lo que mi alma quiere;  
tan sólo sé que en el ingrato suelo  
lleno de vida el corazón se muere...

Que hay en el alma idealidad sublime  
y realidad vulgar sobre la tierra;  
y que del mundo la estrechez oprime  
al corazón que lo infinito encierra.

Que hasta que vaya a reposar tranquilo  
en el negro sepulcro mi cabeza,  
irá conmigo a mi postrer asilo,  
amiga inseparable, la Tristeza.



Horas negras  
...Sangrando está mi herida...

¡He amado a esta mujer!

J. M. Altamirano.

Escúchame, mujer:

Tiembla mi labio,  
sin poderte nombrar... ¿Cuál es el nombre  
bastante infame, sí, para el agravio  
de pisotear el corazón de un hombre?  
¡Escúchame, mujer! ¡Yo necesito  
arrojar a tu frente mancillada,  
del corazón que te adoró maldito  
la envenenada sangre, y que a tu pecho  
penetre el hondo grito  
del alma inexorable en su despecho...!

Mas si del seno herido  
el veneno llevara la voz mía,  
y su acento llegara hasta su oído,  
¡ese acento, mujer, te mataría!

Pero no, tú no sufres, tú no puedes  
ni siquiera sufrir... Si formidable  
hiende el rayo los robles soberanos,  
jamás ha herido el talle miserable  
de la rastrera flor de los pantanos.

Deshojaste la flor de mis amores  
por ceñir a tus sienes  
la corona nupcial... Entre las flores  
castas del azahar, tu linda frente  
has escondido todavía caliente  
del beso voluptuoso  
del amante de ayer... ¿Qué importa eso?  
Esta noche en el tálamo, el esposo  
su huella borraré con otro beso...

Esta noche tu seno  
que el oro compra y al placer se vende,  
despojarás de las nupciales galas...  
mientras que vela, de sonrojo lleno,

su faz el ángel del amor, y tiende  
de ti muy lejos con rubor sus alas.

Pero, ¿qué importa el virginal tesoro?  
¿Qué la dicha de amar y ser amada,  
si a rico precio de oro  
vendió la desposada  
el alma, la belleza y el decoro...?

¿No tendrás un magnífico atavío,  
sedas que crujan, fúlgidos diamantes,  
y lujo y vanidad y poderío?  
¿No cubrirán las gasas y las perlas  
la desnudez del corazón vacío  
que todo lo vendió para tenerlas?  
El reflejo de tu oro poderoso  
¿no encenderá de dichas los fulgores  
en el fondo de tu alma tenebroso  
donde murió la luz de los amores?  
¿No apagarás acaso en el ruido  
de tu vida opulenta  
esta mi voz postrer, este crujido  
de un corazón amargo que revienta?

Oyeme: no es amor esta tristeza.  
Brotan malezas de la peña rota,  
rompiste el corazón, y la maleza  
hoy de los odios en sus quiebras brota.

Si alguna vez en tu vivir sombrío,  
al encontrar mi nombre en tu memoria,  
por divertir tu hastío  
recordaste mi historia,  
y ya sin corazón reíste del necio  
que te elevó de adoración un trono:  
¡acuérdate, mujer...! ¡No te desprecio,  
porque no te perdono!

Manchando de tu vida la limpieza  
arrancaste de mi alma la esperanza  
y arrojaste a mi frente la tristeza...  
Te pagaré mi deuda de venganza.

Réprobo del amor, y descreído,  
con el alma sombría,  
iré a buscar a mi dolor olvido

en el vértigo loco de la orgía...  
Y cuando esté mi juventud marchita,  
y rugada mi sien y ya en sosiego  
este, que inmenso de pasión palpita,  
salvaje corazón de llanto y fuego;  
entonces ¡oh, la bella desposada!  
Tu alma es una alma vil y profanada,  
y digno de ella encontrarás la mía.

Te espantarás de tu obra, tú a quien plugo  
que todo lo que es bueno en mí muriera;  
a buscarte vendré... ¡como en un día...!  
Temblarás ante mí, tú, mi verdugo,  
y a mis pies, lastimera,  
me darás de tus ayes el encanto,  
la dicha me darás de tus dolores,  
y al rumor delicioso de tu llanto  
yo te hablaré ¡feliz! de mis amores.  
¡Entonces te diré cómo se ama,  
te diré de las almas la tormenta,  
cómo la pena el corazón inflama,  
cómo la pena el corazón revienta...!

No me podrás huir... Iré a arrancarte  
de entre los brazos del esposo mismo,  
y con risa satánica a lanzarte  
a la negra abyección en que me abismo.

¡Oh, rayos de mis sueños de venganza,  
cuánto al alma halagáis desesperada...!  
Mas si a lanzaros mi poder no alcanza,  
¿qué importan a la bella desposada?

Sí, ¿qué le importa mi delirio ciego,  
qué le importan mis bárbaros pesares,  
si de mi hoguera no marchita el fuego  
su corona de blancos azahares...?  
¿Qué le importa llegando a los altares  
hollar sobre sus gradas, desdeñosa,  
mi destrozado corazón sangriento?

¿Qué te importa, mujer...?  
Por si te alegras,  
he dejado que lleve mi lamento  
algo de sombra de mis horas negras.

María  
A Manuel de Olaguibel

...De luce incoronata.

María, pronta ascendiste al mío dolore.

Tasso.

Del roto corazón en las ruinas  
solloza mi dolor... Y a su gemido  
resucitada y pálida despierta  
de las cenizas de mi dicha muerta  
¡ay! la memoria de mi amor perdido.

¡Trae la visión que mi dolor ansía,  
insomnio del dolor...! ¡Trae el delirio  
y la ventura de mi fe de un día...!  
Ángel de mi pasión y mi martirio,  
¿en dónde estás, María...?

Aquí estás, junto a mí. Tu forma blanca  
se dibuja en la sombra  
cuando del labio trémulo se arranca  
el profundo sollozo que te nombra.  
Aquí estás, melancólica María,  
tan pálida de amor, tan dulce y bella  
como, en los cielos, al morir el día  
sobre la frente de la tarde umbría,  
-lágrima de oro- la primer estrella.  
Aquí estás, compañera silenciosa  
del alma enamorada,  
como el misterio de la noche hermosa,  
como la misma luz, inmaculada.

Del destino en las aras  
el alma te eligió por compañera;  
¿en qué mundo encontraras  
quien lo infinito de mi amor te diera...?

Era el instante en que a vivir apenas  
se despertaba el corazón creyente,  
cuando cambia por rosas y verbenas  
la Diosa Juventud en nuestra frente  
de la infancia las muertas azucenas.

Era la aurora, el esplendente día  
del alma en Primavera.  
Sediento, ya mi corazón se abría  
a ese inmenso raudal de poesía  
que trae consigo la ilusión primera.  
Y ya, impaciente, soñador, poeta,  
con loco afán, con esperanza inquieta,  
ebrio de mi ternura  
y entre mis propios sueños indeciso,  
buscaba la pasión y la hermosura,  
la Eva gentil, enamorada y pura  
del mundo en el risueño Paraíso.

¡Era la vida! La embriaguez celeste  
de aire, de luz y libertad que lanza  
al ave joven de su nido agreste.  
La aparición primer de la Esperanza  
en los senderos mágicos de flores  
de la alma juventud con su diadema  
de ardientes resplandores  
¡Era la vida! ¡La encantada copa  
rebotando promesas y delicias,  
conquistas y placeres,  
torrentes de suspiros, de caricias  
y de trémulos besos de mujeres...!

¡Hora de bendición! En ese instante,  
hija suprema de la luz del día  
y del sueño de mi alma delirante.  
¡A mí llegaste, celestial María...!  
¡Y conmovido, deslumbrado, ciego  
puse a tus pies mi corazón de fuego  
mi juventud de vida palpitante  
y la inmensa pasión del alma mía!

Y de mi corazón sobre mi lira  
desbordó sus raudales de ternura  
la inspiración en que encendió mi pecho  
el sereno esplendor de tu hermosura.

Eras tan bella que al mirar tus ojos  
temblaba el corazón y se sentía  
algo... yo no sé qué... como si el alma  
se arrodillara y te adorase muda  
en éxtasis de amor... ¡Eras tan bella  
que al verte parecía  
que asomaba una estrella  
y que esa estrella derramaba el día!

¡Con qué pasión te amé! ¡Con qué delirio  
tomaba entre mis manos  
tu frente melancólica de lirio  
para besar tus ojos soberanos!  
¡Cómo te idolatré! ¡Mi vida entonces  
era un perpetuo abrazo  
de mi alma con la dicha  
en el nido de amor de tu regazo!

Jamás, jamás en el ingrato suelo  
tal dicha tuvo nombre...  
¿Te acuerdas de esas noches en que el cielo  
miraba un ángel adorar a un hombre?  
Temblaba mi alma en tu divina boca,  
entre mis brazos te llamaba mía,  
y muriendo de amor, llorando loca,  
yo besaba tus lágrimas, ¡María!  
¡Y de ventura y de pasión perdidos,  
en un abrazo delirante presos,  
ocultamos los rostros confundidos  
empapados en lágrimas y besos...!

¡A tu grito de amor, grito sublime,  
nuestras férvidas almas desposamos...!  
¡Ah! ¿qué se hicieron nuestras dichas...? dime...  
Para siempre, después, nos separamos.

Pero yo te llamaba, te esperaba,  
porque mi corazón se me moría...  
¡Con qué inmensa ternura sollozaba  
este nombre de arcángeles: María!  
Y luego de los céfiros errantes  
yo le escuchaba en los volubles giros,  
y respiraba en ellos,  
el ámbar de tu aliento y tus cabellos  
con el vago rumor de tus suspiros.  
Y demandaba a la Creación entera

la inmortal compañera de mi suerte...  
Me sentía morir... Porque la muerte  
no era perder la vida pasajera,  
no era dejar el mundo: era no verte...!

Hoy en la triste calma  
de mis insomnes noches, silenciosa  
siento venir tu imagen cariñosa  
a la callada soledad de mi alma.  
Conmigo estás aquí porque has oído  
la voz de mi dolor... ¡Oh! ¡si supieras  
cuánto... cuánto, irá bien, he padecido!

Como náufraga tabla destrozada  
va mi existencia, sola,  
al viento del dolor abandonada  
del mundo ingrato en la funesta ola.

Marchitas ya las flores de mi vida,  
ya deshojadas por el llanto mío,  
heme aquí con el alma descreída,  
con la esperanza del amor perdida  
viendo avanzar el porvenir sombrío.  
Murió con mi esperanza mi deseo,  
los Dioses que adoré me abandonaron,  
y en el hogar del corazón ateo  
ni las cenizas de mi fe quedaron.

Ha mucho tiempo que mi vida es triste,  
que busco el aislamiento,  
que de luto se viste  
en la sombra de mi alma el pensamiento;  
que llevo oculto en mentirosa calma  
un corazón en ruinas,  
y un alma... ¡pobre alma!  
coronada de lúgubres espinas.

Temprano ¡ay! encontraron  
mis creencias en el mundo  
el Gólgota, la cruz en que espiraron  
entre escarnio y baldón... Ansia sublime  
sintiendo de lo grande y de lo bueno,  
¡Tengo sed! -gritó el alma, ¡y le llevaron  
cáliz de hiel hasta los bordes lleno...!

Mi espíritu ha cruzado por desiertos

sin camino ni luz, mudos, sombríos  
como los campos en que están los muertos,  
como la noche de los duelos míos.

Tú, mi ángel, no caminas a mi lado;  
estoy solo, tan solo que me espanta  
la senda pavorosa  
por donde va mi fatigada planta.  
Nada en mi derredor; ante mis ojos  
la inmensa soledad del mundo triste,  
y dentro el corazón, como un gemido,  
que no calla jamás, el dolorido  
acento de tu adiós cuando partiste.

¿Por qué dejarme en la espantosa calma  
de un mundo para mí yerto y vacío?  
¿Por qué, divino corazón de mi alma,  
tu espíritu de amor no asiste al mío?  
¿Por qué me desamparas, mi María?  
¿Que muera loco de sufrir deseas?  
Pues, ven a sonreírme en mi agonía,  
y te diré al morir: ¡bendita seas!

Amame, y moriré... Mas, ¡ven conmigo!  
Pondré, al morir, mi espíritu en tus ojos...  
Mas, ¿por qué me abandonas, si te sigo  
miserable arrastrándome de hinojos...?

Palidece mi lámpara. Es de día.  
He soñado el delirio de mi amor;  
la noche se refugia al alma mía,  
con su sombra la imagen de María...

Volvamos a la vida y al dolor.

Mi padre muerto  
A mi hermano Luis

...Disperato dolor che'l cuor mi preme...



Dante.

¡Gracias, gracias, Señor...! Me has dado llanto  
y he llorado por fin... ¡Gracias, Dios mío!  
¡Un pobre corazón que sufre tanto,  
un pobre corazón que está vacío  
de esperanza y de fe, necesitaba  
para no reventar en mil pedazos  
reventar en el llanto que le ahogaba...!

¡Gracias aun otra vez, porque tu oído  
abriste ¡oh Dios! a mi aflicción, y has hecho  
que al romper los sollozos de mi pecho  
haya mis propias lágrimas bebido!  
¡Gracias, inmenso Dios, gracias...!

Y ahora

¡apura, corazón, el hondo cáliz  
del inmenso pesar que te devora!  
¡Solo, ante Dios, en tu dolor sin nombre  
inagotable llora  
las más acerbadas lágrimas del hombre,  
y a ese viento que gime, a esas tinieblas  
en que flota el pavor, a ese callado  
tan espantable caos del infinito,  
arroja delirante,  
desesperado corazón, tu grito...

¡Hora de los misterios, noche amiga,  
deja que el alma mártir  
tu soledad bendiga...!  
Sólo tú tienes para mí consuelo,  
si así puede llamarse  
hundirse en tanto duelo,  
remover los pedazos doloridos  
del roto corazón, y abandonarse  
al amargo placer de sus gemidos...

¡Hay algo de la tumba que yo amo,  
en tu tremenda calma;  
hay algo de la muerte entre tu sombra,  
y tengo triste hasta la muerte el alma;  
toda ella es amargura,  
indecible dolor jamás sentido,  
noche en la noche misma, más oscura

que el negro manto en la Creación tendido...!

Ayer era feliz... y lo ignoraba...  
Ayer era feliz... En mis hogares  
la dulce paz de la virtud moraba,  
y mucho tiempo hacía  
que a su umbral no llegaban los pesares,  
sino que en cada sol, una alegría  
el Señor de los buenos les enviaba  
como el pan celestial de cada día.

De mi padre la frente  
iba cubriendo apenas  
la primer nieve de la edad, luciente,  
como el pico elevado  
de la montaña, el hielo,  
para significar, inmaculado,  
la ya cercana vecindad del cielo.

Y allí, sobre esa frente veneranda,  
cual rayo oculto que en serena tarde  
de la pérfida nube se desprende  
y la alta encina hiende,  
del mismo modo la desgracia impía  
vibró su rayo de dolor y muerte,  
y en menos ¡ay! de lo que dura un día,  
sin el adiós siquiera de la agonía  
la sacra vida quebrantó del fuerte.

Era un sueño ¿es verdad...? Estaba loco...  
¡Oh! ¡decid que no es cierto,  
que no ha podido ser que delirante  
golpease mi cabeza  
sobre la tumba de mi padre muerto...!

¿Puede acaso morir quien da la vida...?  
¿De un mismo corazón puede una parte  
caer en la tumba mientras otra existe?  
Y Tú, que nos ordenas adorarte,  
y Padre y Justo y Bienhechor llamarte,  
Dios de inmensa bondad..., ¿Tú lo quisiste...?

¡Padre, mi padre, escúchame, responde...!  
-¡Horrible desvarío!-  
¿Es esto un ataúd...? ¿Aquí se esconde  
el autor de mi vida? ¿Aquí, Dios mío...?

¿Aquí donde se estrella  
convulsa de dolor el alma loca,  
y besos tantos con sollozo inmenso,  
con desesperación deja mi boca...?

¡Dejadme... porque quiero entre mis brazos  
estrechar su cadáver...! ¡Estrecharle  
y con mi propia vida reanimarle,  
sobre mi corazón hecho pedazos...!  
¡Un beso más en su serena frente,  
un beso más en su cabello cano...!  
¿Queréis que el corazón se me reviente...?  
¡Yo no le vi morir... estaba ausente...  
no me bendijo a mí su santa mano!

¡Al cerrarse sus ojos no me vieron,  
buscome su alma, me llamó... y no estaba!

¡Mis labios en los suyos no bebieron  
el suspiro postrer... ni recogieron  
la lágrima que dicen que rodaba  
única por su faz, cuando sus ojos  
en el eterno sueño se durmieron!

¡Oh! ¡dejadme, llorar...! ¡Acaso el grito,  
de las entrañas mismas arrancado,  
del corazón de un hijo es infinito...!  
¡Quizá traspase la mortuoria losa  
y a través de la tumba y del olvido  
llegue a la Eternidad donde reposa  
el pedazo del alma más querido...!

¡Es mi postrer adiós... el que la muerte  
no quiso que te diera, padre mío,  
ni me lo dieras, tú.... cuando por verte  
un instante brevísimo siquiera,  
al féretro sombrío  
donde duermes, mi padre, te siguiera...!

¡Mas calla, corazón; rómpete y calla...!  
¿Quién traduce en palabras el crujido  
de un alma de hijo que al dolor estalla...?  
El féretro está allí... ¡Dios lo ha querido...!

Sombra bendita de mi padre muerto,  
heme aquí sollozando y de rodillas,

empapadas en llanto las mejillas  
y de honda herida el corazón abierto...  
Huérfano, en mi dolor no pido al cielo  
el alivio mezquino del consuelo;  
sólo quiero tenerte, padre mío,  
en amor, en espíritu, en imagen,  
de mi recuerdo en el altar sombrío.  
Y hasta el instante en que también sucumba,  
con mi amor y mis llantos esconderte  
en la secreta tumba  
del alma entristecida hasta la muerte.

A media noche  
A Juan de Dios Peza

Ne frappe-ton pas á ma porte?

Dieu puissant! tout mon corps frissonne Qui vient? qui m'appelle?- Personne.

A. de Musset.

Era la noche; y en mi estancia lóbrega  
crecía la oscuridad.  
Chisporroteaba pálida mi lámpara  
agonizando ya,  
y derramaban sus reflejos lívidos  
siniestra claridad.  
Afuera, el viento mis ventanas, áspero,  
hacía rechinar;  
azotaba, cayendo con estrépito,  
la lluvia mi cristal,  
y al rasgar con su espada de relámpago  
el caos la tempestad,  
inmenso grito de dolor y cólera  
del cielo herido ya,  
ronco rodaba por el ancha bóveda  
el trueno funeral,  
y temblaba la tierra y más horrísono  
bramaba el huracán.  
Yo estaba solo, y en mi estancia lóbrega

crecía la oscuridad.  
Al fulgor instantáneo del relámpago,  
en rápido zig-zag,  
figuras mil en los oscuros ángulos  
parecían asomar,  
y por el muro en escuadrón fantástico  
en enjambre fugaz,  
sombras, bosquejos y perfiles rápidos  
de contorno infernal,  
caras terribles y a la par ridículas  
miraba yo pasar.

Sonaron doce campanadas lúgubres,  
y la última al vibrar,  
en silencio y de súbito mi lámpara  
apagose...

¿Quién va...?

¿Quién a estas horas a mi puerta, insólito,  
así puede llamar?

Nadie... Es el viento que empujó colérico  
las puertas al pasar.

Mas ¿quién se queja...? ¿Qué lamento tétrico  
es ese funeral?

¡Se diría que del seno de algún féretro  
ha venido ese ay...!

Nadie... Es el viento que en sus alas rápidas  
trajo un eco... No más.

No llueve ya. Desenfrenada y prófuga  
la tormenta allá va.

Y entre los rotos nubarrones lóbregos  
la luna al asomar,

tiene yo no sé qué de cadavérico,  
de torvo y espectral,

como de un muerto la pupila hórrida,  
su disco... Mas ¿quién va?

He visto la cortina de aquel ángulo  
a alguno levantar...

Oigo un paso ligero, suave, rápido...

¿Quién es...? ¿quién llega...? ¡Ah...!

Inmóvil, negro, pavoroso, fúnebre,  
sentado en un sitial,

un bulto informe, junto a mí, fatídico,  
está en la oscuridad.

Quiero gritar... mas mi garganta anúdase  
y no puedo gritar,

tiembla mi carne, y llénase mi espíritu  
de pánico mortal...

La sombra, negra en la tiniebla, fúnebre,  
en el sitial está;  
nada de humano, sin figura, tétrica,  
sin contorno ni faz,  
sin ojos... Pero yo siento, fatídica,  
su mirada espectral  
helada y pavorosa, hasta la médula  
de mis huesos entrar...  
¿Quién eres? -digo, con la lengua trémula-  
¿quién eres...?, ¡Por piedad...!

Y se cambia la sombra en una lívida  
y vaga claridad.  
Es una forma de mujer angélica  
pero difunta ya;  
y veo un rostro de virgen... ya muy pálido,  
tras un velo nupcial;  
y la conozco... y mis miradas ávidas  
devorándola están,  
cuando los muertos y cerrados párpados  
comenzó a levantar...  
Un soplo helado pasa por mi espíritu  
y ya no supe más...

El blanco, rayo de la aurora fúlgido  
me encontró al despertar  
arrodillado, y con la frente pálida caída -en el sitial.  
Y murmurando con los labios trémulos  
el nombre celestial  
de aquella mártir de mi amor, dulcísima,  
que ha tanto tiempo, ¡ay!,  
a la sombra del sauce melancólica  
durmiendo el sueño de la muerte está.

Orgía  
Al Sr. Ignacio M. Altamirano

Oh! que n'ai-je aussi, moi, des baissers qui dévorent

Des caresses qui font mourir!

V. Hugo.

¡Ven, cortesana...! ¡Abrásame en delicias!  
Quiero las tempestades del placer,  
tropicales, frenéticas caricias  
con que reanime mi cansado ser.

El fuego del deleite reverbera  
en tu pupila brilladora... ¡ven!  
En la férvida llama de esa hoguera  
quiero quemarme el corazón también.

¡Prendan el fuego del deseo tus ojos,  
alumbren tus miradas el festín,  
mis labios beban en tus labios rojos  
ansia perpetua de placer sin fin!

Del bacanal en el disorde ruido  
pase el mañana con el triste ayer...  
¿Qué importa al corazón lo que hayas sido...?  
Eres hermosa... ¡bésame, mujer!

Beldad de los festines, en tu seno  
quizá mi corazón olvidaré,  
mi corazón de tempestades lleno,  
el corazón imbécil con que amé.

Sí, ¡bésame, mujer...! Dame el olvido  
que busco en la demencia del festín...  
entre besos y copas, aturdido...  
¿Qué me importa la dicha que perdí?

¡Llenad las copas, que desborde el vino!  
¡Hay algo aquí que necesito ahogar;  
que pase por el alma un torbellino  
y barra en ella cuanto en ella hay!

¡Miserable de mí! ¿Cómo no puedo  
ahogarte con mis manos, corazón...?  
Venid, bebamos, porque tengo miedo  
de volver a eso... que llamáis razón.

¡Bebed, amigos! La existencia es sueño,

y mentira de un sueño es la mujer,  
de sus caricias al letal beleño  
soñemos la mentira del placer.

¡Bebed, amigos! Si al vivir soñamos,  
¿despertaremos al morir quizá...?  
¿Qué será despertar...? Y bien... ¡bebamos...!  
¡Qué importa lo que traiga el más allá...!

Arde mi frente -es un volcán- ¡me abraso!  
¡Oh si llegara de mi vida el fin...!  
¡Dame un beso, mujer...! ¡Llenad mi vaso...!  
¡Qué grato es el arrullo de un festín...!

Llena, Mercedes, la apurada copa;  
bebamos... hasta el fin... así... vacía.  
Y ahora... ¡desgarra la importuna ropa,  
desnuda el seno al beso de la orgía.

Mitiga de esa lámpara, la llama,  
porque quiere un crepúsculo el placer,  
el misterio nupcial que se derrama  
del velo de la sombra en la mujer.

Destrenza tu magnífico cabello  
sobre la desnudez de tus hechizos;  
¡cómo seducen en contraste bello  
tan blancos hombros y tan negros rizos!

¡Qué bella estás, Mercedes! ¡Me sofoca  
el vértigo letal de las delicias,  
tus besos de mujer queman mi boca,  
la angustia del placer son tus caricias!

¡Mujer, mujer...! ¡Hay fiebre en tus abrazos,  
fiebre en tus labios con furor impresos...  
¡Hurra... la orgía...! ¡El choque de los vasos  
sea la música ardiente de los besos!

Basta... pasó. Tu frenesí y el mío  
apaga el tedio con su mano helada;  
fantasma del placer, en el hastío  
escondes la vergüenza de tu nada.

Siempre en la copa del placer el tedio,



siempre en la copa del amor el duelo;  
para el alma ya enferma no hay remedio,  
para un maldito corazón no hay cielo.

Y en vano el llanto con la pena crece...  
¿De qué sirven las lágrimas mezquinas  
si el recuerdo verdugo se guarece  
del roto corazón en las ruinas...?

¿De qué sirve el amor, chispa que el cielo  
prende en el alma y lo ilumina todo,  
si en vez de alzarse se rebaja el suelo  
como reptil para arrastrarse en lodo?

¡El amor..., el amor! ¡Ah! Hubo un día  
en que su llama enardeció mi ser;  
en que se alzó dentro del alma mía,  
rival del mismo Dios, una mujer.

Y a Dios negué mi culto, mi creencia,  
y ante ella -¡miserable!- me postré...  
Disfrazada de un ángel de inocencia  
era una meretriz la que adoré...

¿Conoces la embriaguez de una sonrisa?  
¿De un suspiro el deleite sobrehumano?  
Como la hoja al aliento de la brisa,  
¿has temblado al contacto de una mano?

Lleno de turbación ¿has recogido  
tu sentir, tu pensar y tu alma entera  
para ponerlo todo en el oído  
y oír de un paso la armonía ligera...?

¿Has escuchado al corazón violento  
cómo en cada latir a su Dios nombra...?  
¿Te ha desvelado el eco de un acento?  
¿Besaste el muro, en que pasó una sombra...?

¿Y presentiste el cielo en todo eso,  
y de rodillas, pálido, caíste,

sobre tus labios al sentir un beso...?  
Dime, ¿has amado así... y aborreciste...?

Así amé y hoy detesto... Y roto hubiera  
el corazón mezquino tanto duelo,  
si el vino de la orgía no escupiera  
a esa memoria del perdido cielo...

¡Oh! la vida... la vida es una orgía;  
de llanto y hiel ante la copa llena,  
siéntese en el festín de la alegría  
espectro el corazón, ebrio de pena.

¡Sueñe el laúd y desparramen flores...!  
Y, agonizando del placer en brazos,  
escupamos la cara a los dolores  
con la sangre del alma hecha pedazos.

¿No es mejor levantar a los placeres  
un insolente altar, a pleno día,  
y llamar... por su nombre a las mujeres  
y saber lo que son en una orgía;

que envilecer el alma y estrecharla  
a un pobre culto que jamás la encierra,  
y a todo su pesar, arrodillarla  
ante mezquinos ídolos de tierra...?

¡Oh! si el alma es la luz, la llama santa  
que al soplo del Señor queda encendida,  
por qué no de este fango se levanta  
en que yace tan ruin y envilecida?

¿Dónde está el Dios que enalteció su hechura  
y vio su imagen, complacido, en ella...?  
Empapada de infamia y amargura  
está la tierra que el humano huella.

¡Dios... el Señor...! Su maldición escrita  
está en mi frente doblada al suelo...  
Desde esta tierra de pasión maldita  
no alcanzo a verle en su dichoso cielo.

Incomprensible Ser, cuando te invoco,  
¿es que te busco...? ¿que tus iras temo...?  
Yo no lo sé... Perdóname si loco

en el delirio del sufrir blasfemo.

Dios de mi madre en quien, ayer creía,  
¿no eres ya tú mi Dios...?  
¡Mi labio calla,  
y al frenético trueno de la orgía  
mi carcajada de dolor estalla...!

¡Oh! yo bien sé que si dijera al mundo  
lo que el dolor desesperado calla,  
si dejara escapar el ¡ay! profundo  
del tempestuoso corazón que estalla;

sí, yo bien sé que réprobo y blasfemo  
la austera sociedad me llamaría,  
y del llanto de fuego en que me quemo  
el corazón, la sociedad reiría.

La sociedad... la sociedad... Perdida  
meretriz que de diosa se disfraza...  
Al través de mi copa enardecida  
la veo pasar con su risible traza,

con su rico tesoro de pobreza,  
con el llanto y dolor de sus placeres:  
fealdad, al través de su belleza;  
al través de sus ángeles..., mujeres.

Los hombres con su honor y su decoro,  
con su virtud las púdicas doncellas...  
Ellos no tienen más honor que el oro,  
oro que compra la virtud de aquellas.

¿En dónde está el Poeta, sacerdote  
implacable y severo de la idea,  
que en tu carne crujir haga el azote?,  
¡oh, sociedad hipócrita y atea!

El poeta para ti sólo es un paria;  
pero -ignorado Prometeo del suelo-  
en su alma lleva inmensa y solitaria  
la sacra lumbre que robara al cielo.

El poeta, el soñador, el rey proscrito,  
hijo del pensamiento y la visión,  
cruza la tierra y marcha al infinito,

a solas con su ideal en la Creación.

En alas de sus sueños vagabundos,  
espíritu de amor va de él en pos,  
y, rota la cortina de los mundos,  
le busca allí donde se busca a Dios.

¡Hurra...! ¡bebed...! En la imposible senda  
de la vida, tocamos con la nada;  
levantemos, viajeros, nuestra tienda,  
y pongamos ya fin a la jornada.

¡Hurra...! ¡bebed! En deliciosos lazos  
el importuno día nos halle presos...  
¡Hurra...! ¡bebed...! ¡El choque de los vasos  
sea la música ardiente de los besos!

¡Vino...! ¡más vino aún...!  
¡Aquí está el día...  
Sol que la tierra miserable alegras,  
al opacar las luces de la orgía  
tomas las horas de mi vida negras!

Las estrellas  
A D. Antonio Fernández Merino

¿Sois pupilas de Dios, blancas estrellas?

Amo la noche El corazón ansía  
sus sombras y su calma.  
Para el mundo y los hombres es el día,  
la noche y su misterio para el alma,

Cubrir parece el tenebroso velo  
un mundo que no existe,  
el pensamiento se levanta al cielo  
profundamente religioso y triste.

Errante vaga y se dilata y sube

hasta el dosel inmenso,  
como en los templos del Señor la nube  
aromática y pura del incienso.

Que templo es la Creación, templo bendito  
del Dios de los mortales;  
llena su inmensidad el infinito,  
y se sienta el Misterio en sus umbrales.

¿Dónde está Dios? -pregúntase burlando  
el hombre miserable  
del torpe mundo en el turbión nefando-  
¿Dónde está Dios? ¡Que se revele y hable!

Y es verdad, es verdad... A la impureza  
y al orgullo del hombre  
esconde, al parecer, Naturaleza  
la presencia de Dios y hasta su nombre.

¿Dónde está Dios? -Dejad vuestros salones  
do alumbra esa bujía,  
que parece que ve nuestras pasiones  
y tiembla y se avergüenza ante la orgía.

Dejad la cárcel y el estrecho muro  
de la ciudad ruidosa,  
y la vista tendad al cielo oscuro  
donde reina la noche silenciosa.

¡Allí su trono está...! Dulces y bellas,  
cual flores de topacio,  
cintilan temblorosas las estrellas  
en los oscuros campos del espacio.

Mundos de oro y de luz ruedan sin nombre  
en aparente calma,  
como los sueños del amor del hombre  
en la infinita soledad de su alma.

Pero Dios está allí... Yo le he buscado  
al pie de los altares,  
yo su nombre magnífico he escuchado  
en el ronco retumbo de los mares.

Yo, cuando aurora sus celajes tiende  
del cielo americano

en el diáfano azul, quien los enciende  
creo que es de Dios la luminosa mano.

Está en la soledad, cuando Natura,  
al parecer inerte,  
bajo las alas de la niebla oscura  
en el regazo de la Noche duerme.

Yo he sentido pasar cual de su aliento  
la llama abrasadora,  
en la tormenta que dispersa al viento  
la legión de las nubes voladora.

Y cuando tempestad en lo infinito  
flamígera pasea,  
páreceme leer su nombre escrito  
del rayo en el zig-zag que centellea...

Pero nunca te vi, nunca, Dios mío,  
como al tender su velo  
la noche en las llanuras del vacío:  
la tierra olvido y me remonto al cielo.

Ante él, entre la sombra, solitario  
siento que espero y creo;  
el cielo de la noche es el santuario,  
mi Dios, mi eterno Dios, donde te veo.

Cada astro, de tu nombre es una letra,  
cada rumor te nombra;  
allí me hablas, Señor, allí penetra  
tu incomprensible espíritu mi sombra.

Alondra de lo inmenso, tiende el alma  
sus vuelos vagabundos,  
y se pierde, y se pierde en la honda calma  
del eterno silencio de los mundos.

¿Dónde entonces están la tierra triste,  
el hombre, y su delito?  
El mundo de los hombres ya no existe...  
¡Estoy solo con Dios en lo infinito...!

Solemnes van las horas y tranquilas;  
y en tanto que así velo,

me miran cintilando esas pupilas  
que llamamos, estrellas, desde el cielo...

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

